



El desafío de ser varón y padre en la actualidad



Roberto González



UNIVERSIDAD DEL
ACONCAGUA

El desafío de ser varón y padre en la actualidad

Roberto González

***El desafío de ser varón
y padre en la actualidad***



**UNIVERSIDAD DEL
ACONCAGUA**

González, Mario José Roberto

El desafío de ser varón y padre en la actualidad / Mario José Roberto González.
- 1a ed. - Mendoza : Universidad del Aconcagua,
2022. 123 p. ; 21 x 16 cm.

ISBN 978-987-4971-55-5

1. Psicología. 2. Estudios de Género. 3. Paternidad. I. Título.
CDD 155.33291

Diagramación: y diseño de tapa: Arq. Gustavo Cadile.

La imagen que ilustra la portada ha sido descargada de Pixabay y pertenece a Mohamed Hassan.

Copyright by Editorial de la Universidad del Aconcagua.

Catamarca 147(M5500CKC) Mendoza.

Teléfono (0261) 5201681.

e-mail: editorial@uda.edu.ar.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723.

Impreso en Mendoza – Argentina.

Primera edición: noviembre de 2022.

I.S.B.N.: 978-987-4971-55-5

Miembro de



Reservados todos los derechos. No está permitido reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir ninguna parte de esta publicación, cualquiera sea el medio empleado –electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.–, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

a mis hijos
Lautaro y Azul

*Un libro implica un proceso motorizado por el deseo de transmisión,
por eso agradezco a los que me acompañaron en esta apuesta.*

*A mi compañera de vida Claudia.
A la memoria de mis padres y a mi familia en general.*

*A la Facultad de Psicología de la Universidad de Aconcagua,
donde hice mi carrera de grado, mis carreras de posgrado y donde ejerzo la
docencia desde hace casi 35 años, posibilitando además esta publicación.*

*Y en especial a la Dra. Beatriz Rodríguez,
por su generosidad, lectura y sugerencias que propiciaron este producto.*

Índice

Prólogo	13
I. Apostilla preliminar	15
II. Masculinidad	23
La bisexualidad desde el Psicoanálisis: fantasma bisexual	26
La pasividad inicial.....	33
La infidelidad masculina	39
Masculinidad, género y narcisismo	40
La sexualidad y el significante	49
La masculinidad como síntoma	52
¿Qué significa el pene para los hombres?	54
Masoquismo.....	58
Deseo parricida y violencia masculina	60
El goce autoerótico y la soltería masculina	63
La cobardía	64
III. Paternidad.....	67
La dimensión del padre en la obra de Freud.....	67
El padre desde Lacan.....	69
¿Qué significa para el hijo tener un padre?	72
El padre y las nuevas configuraciones familiares.....	74
La función paterna desde el Psicoanálisis vincular	75

En nombre del padre, del hijo y del hombre.....	78
El efecto del castigo del padre, una lectura psicoanalítica	81
La mirada del padre y su incidencia en la masculinidad del hijo y la feminidad de la hija.....	83
El deseo de ser padre	86
¿Qué envidia el varón?	88
El padre soltero	90
El padre es no-todo	92
Las carencias paternas	97
El amor del padre y el amor hacia el padre	98
El padre muerto	102
IV. Homoparentalidad	105
V. Colofón	113
Bibliografía.....	115
Sobre el autor	123
Mario José Roberto González	123

Prólogo

Todo texto implica, de alguna manera, algo íntimo y personal de su autor, y el que aquí se presenta no es una excepción, pues se origina en la Tesis Doctoral de Roberto González: “Avatares del sujeto en el proceso de devenir varón y padre”, que he tenido el privilegio de dirigir. Prologar este libro entonces, despierta mi entusiasmo a partir del reconocimiento a su formidable labor.

Roberto González nos brinda una obra erudita, rigurosa y profunda que, sin solemnidad, aborda un tema complejo y polémico a la vez: las representaciones convencionales de lo masculino y de la paternidad que transitan por el imaginario social; desanudando los mitos, los ideales, los lugares comunes que la cultura entrama a dichas identidades.

Este es un libro clave, porque nos permite reparar en hechos que, tal vez por conocidos, no han sido advertidos en su verdadera dimensión; es valioso, porque interroga acerca del universo de la masculinidad hegemónica, y lo hace con sensibilidad y respeto, evidenciando la vasta experiencia en la práctica psicoanalítica de su autor.

Afirma Roberto González que el psicoanálisis explora en la singularidad de cada sujeto del inconsciente; en su despliegue de un modo único de goce y de deseo. Pero “ver el árbol no le impide observar el bosque”. Así, su recorrido fluye espontáneamente entre una madura reflexión teórica y su poderosa herramienta clínica. Se detiene en la cotidianidad, en el dato pequeño, en la anécdota costumbrista; para luego volver a la contundencia del pensamiento psicoanalítico.

Así, sin eludir la formalidad académica, el autor logra en su escrito un lenguaje acogedor y convocante. No agregaré, por lo tanto, más que una invitación a la lectura de este texto inteligente, necesario, y hasta imprescindible.

Beatriz M. Rodríguez

I. Apostilla preliminar

Este libro se originó en la investigación realizada para mi tesis doctoral: “Avatares del sujeto en el proceso de devenir varón y padre”.

Motivaron esta investigación los interrogantes que me interpelan como varón, como padre y como analista; y es desde allí que pretendí profundizar acerca de algunos de los avatares que debe atravesar un sujeto para devenir varón y padre.

Para el Psicoanálisis, la sexualidad, la paternidad, la maternidad y la filiación no están determinadas por la biología, sino que se trata de construcciones simbólicas en las que intervienen factores tales como el contexto familiar, histórico y social.

Desde la clínica emergen cuestiones acerca de ¿Qué es ser varón en la actualidad? ¿Qué se espera de un varón? ¿Por qué la dificultad para responder como tal ante la mujer? ¿Por qué la dificultad para el sostenimiento de vínculos afectivos, familiares y laborales?

Es la clínica la que muestra el sufrimiento de varones que consultan, cada vez más, con diversos síntomas: algunos con disfunciones sexuales, otros que funcionan como niños, anclándose en el lugar de eternos hijos, dramatizando el “síndrome de Peter Pan”. Están también los paralizados o inhibidos que se cronifican en carreras universitarias que pocas veces terminan. Aparecen además los “mantenidos” que hacen “como que” buscan trabajos ideales, que casi nunca encuentran, y si aparece alguno rara vez lo sostienen en el tiempo.

En contrapartida, están aquellos que se abocan de lleno al trabajo y a su oficio o profesión, creyendo encontrar sentido en ese lugar a una existencia vacía. En este exceso se encuentra un goce solapado, ya que detrás del exitismo y el

progreso económico que los constituye en omnipotentes proveedores materiales, aparecen por otro lado como esposos y padres ausentes.

Esta lista incluye también a los infieles empedernidos; los hipocondríacos; los celosos; los depresivos con ideas suicidas; los que ejercen violencia de género e intrafamiliar; los que permanecen en posiciones masoquistas; quienes dudan de su identidad sexual; quienes presentan una sexualidad diferente y los que manifiestan las más diversas conductas adictivas y de riesgo.

En relación a la paternidad, mi inquietud también aparece de la mano de la clínica, pues trabajé muchos años en un dispensario donde atendía una gran cantidad de niños que eran derivados desde escuelas aledañas; cuyos motivos de consulta más frecuentes eran problemas en el aprendizaje, trastornos de conducta, fobias y enuresis, entre otros. En aquel momento mi mirada estaba centrada en la dupla madre-hijo; los padres rara vez asistían y en pocas oportunidades había una actitud de compromiso sostenido en el tratamiento de sus hijos. Ello fue lo que llevó a preguntarme ¿Qué pasa con los padres de estos niños y púberes? El padre, ¿está borrado?; ¿lo borra la madre? O el padre es una “borra”, en tanto resto o desecho como la borra de café, con los consecuentes efectos en la vida de sus hijos.

En nuestros días, la literatura psicoanalítica, tal como lo expresan Tort (2008) Burín y Meler (2009) y Julien (1993), enfatiza el tema de la caída del padre; de su inconsistencia a la hora de cumplir sus funciones y de representar la ley sin creer que es la ley; de ejercer autoridad y no autoritarismo como un intento de encubrir su inseguridad e intentar defenderse de una madre-esposa que hace estragos con sus hijos y con él.

Afirma Julien que “...durante el siglo XX se produce una declinación social de la paternidad” (Julien, 1991, p. 17).

En tanto que Tort se interroga: “¿Qué lugar le cabe al psicoanálisis en este contexto, donde el orden paterno, [ha sido] privado de sus pilares tanto en el dominio político (...) como familiar...? Para este autor “el padre ha perdido sus poderes”, toda vez que “las nuevas relaciones de género y de sexo reordenan su lugar” (Tort, 2008, p. 435).

La clínica, en articulación con la teoría, procura construir un padre capaz de sostener una relación afectiva e intensa con sus hijos sin perder la asimetría;

para poder posicionarse como un sujeto deseante, no solo de su mujer, sino de otros señuelos, como el mundo laboral, social e intelectual que les muestren a sus hijos que no es completo. ¿Será este sólo un ideal teórico?

Ciertamente, es que ser varón y ser padre implican una serie de avatares, definidos como cambios, vicisitudes y obstáculos, que los hombres tenemos que superar a modo de pruebas que nos impone nuestra cultura; vallas que se inoculan y naturalizan tempranamente en nuestra subjetividad, tales como destrezas relacionadas a la dominación, la competencia, el poder y el control. Estas proezas no son sin costo, pues dejamos en el camino jirones de nuestro ser.

El varón no nace, se hace, y lo hacen. Es una construcción simbólica, imaginaria y real, sometida a las vicisitudes y mandatos sociales e históricos que dejan su impronta, que marcan el cuerpo y la psiquis del hombre.

Ello puede remitir a otro mito: el de Edipo en Colona, cuyo destino ya estaba anticipado en el Oráculo. Después, en su auto-destierro, acompañado por su hija Antígona, Edipo se arranca los ojos tras descubrir que cometió incesto y parricidio, pronunciando la frase: “Ahora que nada soy acaso me convierto en hombre”¹ (Lacan, 1953-54/1996, p. 344). Esa experiencia desgarradora es la que tiene que enfrentar cada sujeto masculino en el proceso de devenir varón y padre.

A partir de lo expuesto se delimitó el problema a investigar, con la pregunta central: ¿Cuáles son los avatares, es decir las vicisitudes, los cambios, los obstáculos que tiene que atravesar un sujeto para devenir varón y padre?

En *El malestar en la cultura*, Freud (1930/1986) plantea su concepción frente a la vida, al mencionar las tres amenazas de sufrimiento para el sujeto: el propio cuerpo, el mundo externo y los vínculos con otros humanos; afirma respecto del tercero que “al padecer que viene de esta fuente lo sentimos tal vez más doloroso que cualquier otro” (Freud, 1930/1986, pp. 76-77).

La presente investigación hace referencia a este sufrimiento, en lo que atañe específicamente al vínculo padre-hijo, y los efectos que ello acarrea en la construcción de la masculinidad.

1 Sófocles emplea el genérico *hombre*, ya que el pensamiento griego no equiparaba las categorías varón – mujer.

Para Lacan, por ser sujetos deseantes somos seres en falta, una falta en ser, pues perdimos la naturalidad instintiva por ser atravesados por el lenguaje aun antes de nacer; esto nos diferencia de los animales: “El deseo es una relación de ser a falta. Esta falta es, hablando con propiedad, falta de ser. No es falta de esto o de aquello, sino falta de ser por la cual el ser existe” (Lacan, 1956-57/ 1996, Seminario IV, p. 334). “El ser llega a existir en función misma de esta falta” (Lacan, 1956-57/ 1996, Seminario IV, p. 335).

Como somos seres en falta, tenemos que construir nuestro ser sexuado y nuestra posición paterna y materna que serán diferentes en cada sujeto, debiendo para ello atravesar diversos avatares. Por ello, sería posible hablar de diferentes masculinidades, feminidades, paternidades y maternidades

Según la Real Academia Española, la palabra “avatar” tiene tres acepciones: por un lado, significa fase, cambio o vicisitud; para la religión hindú, encarnación terrestre de alguna deidad, en especial Visnú; y por último se la define como reencarnación, transformación.

Acuerdo con Silvia Bleichmar (2009) quién sostiene que el psicoanálisis tiene una deuda con los hombres que se han animado al diván. Esto es así, pues siempre se ha trabajado más sobre la femineidad con la pregunta: ¿qué quiere una mujer? Con el enigma femineino: ¿qué es ser mujer? ¿existe la mujer? ¿Con qué goza una mujer?, y poco se ha dedicado al abordaje de los enigmas de la masculinidad.

Según el diccionario Magister (1966), deuda (del latín debita) implica obligación: la de pagar o restituir algo, pecado, culpa, ofensa.

El concepto de deuda para el psicoanálisis es trascendente para muchos varones heterosexuales. Sin pretender generalizar, se habla de la deuda a los padres por habernos dado la vida, una deuda imposible de pagar. Pero, además están las deudas que los hombres tenemos históricamente hacia las mujeres: nuestras madres, esposas, amantes, hermanas e hijas.

A las madres, por ese primer vínculo idílico que nos marcó con la ilusión de un amor incondicional, al que podíamos dirigir nuestras demandas eróticas y hostiles creyendo que siempre iban a estar para aguantar todo, creando con el aporte cultural la concepción de que esa santa mujer siempre iba a estar presente; que por amor a su hijo era capaz de entregar la vida, que no tendría

errores ni faltas y mucho menos deseos sexuales. Pero si algo de esto aparecía en ella, era objeto de una marcada agresividad y una crítica lapidaria desmoronando la creencia en su amor incondicional.

A las esposas, elegidas para encajar -no sin forzamientos-, en este modelo de mujer signada por la abnegación y la entrega -nuestra madre-. Ese modelo nos llevó a ejercer durante siglos dominio y sometimiento sobre ellas, en la creencia de que era la forma de ser hombres, siendo proveedores de sexo y dinero. La situación se nos complicó cuando empezamos a elegir como esposas a mujeres independientes, trabajadoras y profesionales, que salieron al mundo demandando igualdad de oportunidades. Aquí aparece nuestra primera contradicción: por un lado, queremos que se parezcan a nuestras madres fieles y servidoras en cuanto a los cuidados y atenciones que deben propiciar a su marido e hijos; pero, por otro lado, aparece cierto orgullo narcisista al tener una esposa que trabaja y hace su aporte económico en el sostén del hogar, aunque eso nos quite poder, al tiempo que no siempre estén cuando queremos y como queremos y es ahí donde aparecen o buscamos a las otras.

A las amantes, al mejor estilo freudiano; muchos hombres tenemos nuestro objeto de amor bifurcado: por una parte, la esposa, el modelo de la madre y por otra, la puta, que oficia de objeto distractor, que nos hace tolerable la rutina del matrimonio con la adrenalina que aporta la clandestinidad. Pero esto no es sin costo, pues estos objetos sexuales -muñecas inflables- pasan a cobrar vida; al igual que en la historia de Pinocho, se convierten en sujetos deseantes cuando nos involucramos afectiva y sexualmente con ellas y comienzan a realizar las mismas demandas que nuestras esposas: quieren tiempo, dinero y espacio en nuestras vidas; en definitiva, buscan ser reconocidas y valoradas como personas. Es aquí donde nos sentimos tironeados; en consecuencia, por salir de trampa, caemos en nuestra propia trampa y muchas veces recurrimos a un analista para que nos diga qué hacer, ya que detrás de la duda se aloja nuestra cobardía, no nos animamos a decidir, porque no queremos perder nada.

A nuestras hermanas; eternas rivales por conseguir el primer lugar frente al amor de nuestros padres. Con ellas aprendemos a ejercer desde niños nuestra “dominación masculina”, pues por ser varones creemos tener más derechos que ellas, son ellas las que tienen que aprender y ayudar en las tareas de la casa. El problema se presenta cuando se les ocurre brillar intelectualmente,

destacarse en un deporte o mostrarse bellas, seductoras y socialmente exitosas; ahí se tornan peligrosas, puesto que comienzan a opacarnos. Entonces, aparecen nuestros celos, hostilidad y una fuerte descalificación que encubre envidia y deseos incestuosos inconfesos.

A nuestras hijas. Así como Freud planteó que no hay amor más perfecto que el que está presente entre la madre y su hijo varón -por la ecuación simbólica (pene-niño)-, también creo que algo de esto se juega entre un padre y su hija, pues desde el narcisismo masculino, en ella se proyectan los aspectos femeninos inconscientes del padre, los aspectos idealizados de la madre, de la esposa y de la hermana y, por otro lado, lo “peor”, lo “ominoso”, lo familiar inquietante, lo siniestro, lo tanático e incestuoso de estas figuras femeninas depositadas en esa niña, su hija, haciendo de ella en algunos casos una Antígona. Terrible y despiadado poder, podríamos llegar a ejercer los padres sobre nuestras hijas encubierto por los anhelos de protección y amor tierno.

Los hombres también tenemos una deuda hacia otros hombres:

A aquellos que muestran una orientación sexual distinta; a los que tratamos con apelativos despectivos y humillantes -tales como maricas, putos-, en quienes depositamos muchas veces nuestros propios fantasmas homosexuales, que nos atemorizan y que en el mejor de los casos nos atrevemos a abordar cuando estamos en análisis.

A nuestro Padre, o al Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre... Desde el discurso freudiano se habla de los deseos parricidas que tenemos los hijos varones ante un padre interdictor que nos priva de la madre como objeto de deseo. Luego, Lacan (1957/8-1999) nos hablará del signifiante Nombre del Padre, que inscribe la ley “del no todo” y produce la apertura del sujeto deseante. Además, el padre deja las insignias del ideal de masculinidad que, a modo de títulos, el niño podrá ejercer cuando sea adulto desde la exogamia. Al parecer estas insignias están dictadas por un patriarcado que nos marca que ser hombres es ser dominantes, fálicos, sexualmente potentes, fértiles y proveedores exitosos. Para Freud, padre del psicoanálisis, la masculinidad se obtenía vía identificación del hijo con el padre del mismo sexo, sus pensamientos fueron revolucionarios para la época en la que le tocó vivir; sin embargo, no pudo abstraerse de su propio contexto histórico.

Lacan (1971), con la lógica de la sexuación, produce un movimiento conceptual al afirmar que en cada sujeto hay una parte macho y una parte hembra, posibilitando una apertura que permite hablar de posición masculina y posición femenina en el sujeto del inconsciente. No obstante, en su enseñanza, siguió sosteniendo la premisa universal del falo para ordenar la sexualidad humana (que por cierto es bastante desordenada) considerando a la mujer como un sujeto cuyo órgano sexual no tiene representación psíquica.

Fueron Silvia Bleichmar (2009), en Paradojas de la sexualidad masculina, y Mabel Burín e Irene Meler (2009), en Varones. Género y subjetividad masculina, quienes retoman los estudios de Gilmore sobre la tribu de los Sambia de Nueva Guinea, señalando que, con los rituales de masculinización, se produciría una fantasía de incorporación anal de la potencia del padre por parte del hijo varón, como el modo de lograr la identificación masculina. Es paradójal que esta masculinidad se construyera sobre un trasfondo de fantasmas homosexuales, que nada tienen que ver con la premisa de homosexualidad universal de la que habla Freud.

A nuestros hijos varones, en quienes nos vemos reflejados, tanto en lo parecido como en lo distinto, estamos en deuda porque los trajimos al mundo y no sabemos por qué, ni para quién, sí para reafirmar nuestra masculinidad y fertilidad y continuar narcisísticamente nuestro linaje, nuestro apellido, o para probar nuestra potencia y entregar ese hijo como objeto de don a una mujer que causó nuestro deseo.

Lo cierto es que ellos esperan insignias, que les demos letra de cómo empezar a escribir su historia como varones. ¿Cómo hacerlo, si recién estamos revisando las nuestras? Estamos escribiendo, aún, el texto de nuestra masculinidad en cuya trama vislumbramos mandatos familiares y sociales que nos confunden, pues los parámetros van cambiando por el avance de la tecnología y los medios informáticos de comunicación, que transmiten información más rápido a nuestros hijos que la que, como padres, podemos transmitir. Estos hijos están permanentemente conectados entre sus pares, pero desconectados de sus padres.

Para conformarnos construimos una impostura afianzada en el poder, el tener y el controlar; refugiados en el trabajo, ensalzamos nuestro rol de proveedor económico que le permite disfrutar de cierto nivel de vida gracias a nuestro

sacrificio, que más de una vez le reprochamos al mejor modelo de madre sacrificial judeo-cristiana. Encubrimos de esta manera nuestras angustias, nuestros vacíos frente al no saber cómo llegar a él, a ese hijo niño o adolescente, al que sentimos distante, pero racionalizamos pensando que son adolescentes y que esta etapa va a pasar, como pasamos nuestra turbulenta adolescencia.

Encubrimos también nuestras lágrimas, puesto que son la manifestación de nuestra debilidad que nos puede hacer sentir menos hombres.

A partir de los enunciados expresados, que lejos están de ser prejuicios sociales, se pretende analizar nuestra cultura heteronormativa, poniéndola en cuestión en la investigación realizada. En relación a la heteronorma, coincido con Santiago (2018), quien sostiene que hay un decir hegemónico que pre-existe al sujeto favoreciendo ciertos significantes, usos y costumbres: “El sujeto constituye sus modalidades de goce en función de lo que tiene a disposición en el campo del Otro que es variable, muta y se transforma con la historia” (Santiago, 2018 p.156).

De lo antedicho se desprende que el psicoanálisis apunta a la singularidad de cada sujeto del inconsciente, que se caracteriza por desplegar un modo de goce y de deseo que es singular y único.

Esto dará lugar a pensar en el devenir de distintas masculinidades y paternidades, algunas en concordancia y otras alejadas de la heteronorma.

II. Masculinidad

El diccionario de la Real Academia Española, señala que “varón” proviene del latín *varo-onis*, que significa fuerte y esforzado. Varón es la persona de sexo masculino, hombre que ha llegado a la edad viril, hombre de respeto u otras prendas. En tanto que “masculinidad” se define como el conjunto de características consideradas propias del hombre y “masculino” hace referencia a un ser que está dotado de órganos para fecundar, perteneciente o relativo a este ser; varonil enérgico.

A partir de estas definiciones es posible analizar los distintos atributos simbólicos que se le adjudican al varón.

En principio, aparece la cualidad de fuerte y esforzado; tamaña exigencia la de responder a ese mandato cultural de fuerza y esfuerzo, para ese cachorro humano indefenso y vulnerable que depende de un adulto significativo que le permita vivir, a quien se demanda fuerza y esfuerzo solo por haber nacido con órganos sexuales masculinos, de los cuales ni siquiera es consciente hasta que pueda ir construyendo, primero su identidad de género y reconociendo después su diferenciación sexual anatómica.

Ahora bien, cuando dice hombre que ha llegado a la edad viril, es posible leer ahí que la masculinidad es un proceso que implica tiempos cronológicos y lógicos para “llegar a esa edad viril”; se tendrán que atravesar ritos de iniciación marcados por cada cultura y con la impronta de cada época. Estos ritos hacen a los avatares inherentes al proceso de masculinización.

Al mencionar hombre de respeto u otras prendas, permite pensar que solo se es varón cuando se es respetado como tal, al poseer las “prendas”, las insignias y los atributos simbólicos que, desde la cultura, lo diferencian de la

mujer y que implican necesariamente el reconocimiento social. Cabe aclarar que de esas prendas algunas serán delegadas por el padre con el auspicio de la madre, pero para adquirir otras tendrá que apostar a la incertidumbre y al desafío de enfrentar el vacío y allí se jugará el destino de su particular masculinidad.

Cuando se refiere a que masculino alude a un ser dotado de órganos para fecundar, perteneciente o relativo a este ser, me permito aclarar que partiré de la concepción psicoanalítica de Lacan (1954/ 1983), para quien el sujeto es un ser en falta y una falta en ser; por lo tanto ontológicamente lo que define este ser es la falta misma, a partir de lo cual la masculinidad será un arduo camino impregnado de avatares: vicisitudes, cambios y obstáculos que tendrá que sortear, y que van más allá de los órganos reproductivos con los que biológicamente nació, ya que estos constituyen un dato insuficiente para constituirse e instituirse como varón.

Considero que el varón no nace, sino que se hace y lo hacen, en tanto se trata de un proceso inacabado, dinámico, pues está en constante devenir; ello implica un arduo camino por recorrer lleno de incertidumbres, temores y soledad pues no hay garantías ni certezas.

Por un lado, hay mandatos sociales y culturales atravesados por cada época; por otro, los mandatos y marcas familiares de padres no elegidos y que no sabemos qué eligieron, pues esto remite al deseo inconsciente de cada uno de ellos y a las contingencias que se jugaron en esa pareja y en esa escena familiar cuando cada quien llega al mundo. Padres, con sus aciertos y sus errores, que posibilitan y dificultan el devenir de la subjetividad del hijo/a.

No sin temor frente a lo incierto de cada parto, esta mujer y este hombre afrontaron por primera vez, o una vez más, el atrevido desafío de ser padres. Ya en la clínica se encendió esa luz celeste, esa luz es un signo –según Lacan, un signo es lo que representa algo para alguien– para ese padre que está afuera esperando. ¿Qué habrá representado saber que tenía un hijo varón? La misma pregunta es pertinente para la madre, seguramente con repercusiones distintas y particulares. Desde hace años las ecografías de avanzada tecnología diluyeron la mágica incertidumbre de ese momento, haciéndolo predecible.

“Macho, dijo la partera” (o el ecógrafo); ese decir implica ya un predicado para ese sujeto que va a seguir sujetándose al lenguaje, a lo simbólico y a lo

real del deseo inconsciente de estos padres que permitirán alojar la vida de este infans. Pero, macho es un significante que representa al sujeto para otro significante; es un término cargado de significaciones provenientes de lo social-histórico y de la estructura familiar que, junto con otros dichos que lo preexisten y con otros que lo secundan, irán construyendo el mito individual del neurótico, que en cada varón tendrá implicancias distintas, con cierto peso determinante, aunque no en forma absoluta.

Entre las marcas que impone la sociedad en la construcción de la masculinidad, se encuentra la impronta de la cultura patriarcal signada por la dominación masculina, la violencia y la degradación de la mujer. En este sentido, Castillo y Azia definen la masculinidad hegemónica o machismo como:

...conjunto de prácticas, actitudes, leyes, usos y costumbres que justifican la desvalorización de niñas, jóvenes y mujeres, siendo sus expresiones más extremas la violencia física y/o psicológica ejercida contra ellas (Castillo y Azia; 2010, p.195).

Cabe aclarar que esta hegemonía masculina, no solo ataca a las mujeres, sino también a los varones que no responden a los mandatos e ideales masculinos impuestos por esa hegemonía.

Pretendo analizar la masculinidad como un proceso distinto de la paternidad, pues un sujeto puede desarrollarse adecuadamente como varón, pero ello no significa que pueda habilitarse como padre; o a la inversa, puede responder sin mayores dificultades al rol paterno, pero ser un varón inconsistente a la hora de hacer frente a las demandas de una mujer, a la posibilidad de sostener un trabajo y de responder a lo que la sociedad espera de él en tanto hombre.

La experiencia clínica evidencia que el hijo/a siempre se identifica con el progenitor² que tiene más poder, basado en el estado de indefensión con que nace el bebé. Ello podría sustentarse a partir de la dupla que sustenta la supervivencia: niño débil e impotente / madre fuerte y omnipotente; luego, esa omnipotencia podrá virar hacia el padre o no, en la medida en que pueda separar la dupla madre-hijo (indispensable al principio para posibilitar la vida y la libidinización del cuerpo del niño), haciendo del Otro primordial de los

2 Padre o madre.

primeros cuidados, una madre no-toda y presentándose a sí mismo como un hombre, un padre no-todo. A partir de esta dinámica, sería posible pensar la subjetivación del hijo.

No obstante, es de destacar que el niño seguirá identificándose con el adulto que detenta el poder, tanto en la toma de decisiones como en el proveer y manejar el dinero, en la implementación de normas, de castigos y recompensas y, sobre todo, a medida que va creciendo en un ambiente familiar donde circula un sutil o manifiesto discurso que descalifica a unos y pondera a los otros.

A partir de la caída de este sistema patriarcal, se comienza a observar el resquebrajamiento de la aparente consistencia masculina, que hace que la mujer busque igualdad de oportunidades en el campo laboral, intelectual y político, lo que interpela la supuesta omnipotencia masculina.

La bisexualidad desde el Psicoanálisis: fantasma bisexual

En Tres ensayos de teoría sexual, Freud sostiene:

Desde que me he familiarizado con el punto de vista de la bisexualidad considero que ella es el factor decisivo en este aspecto, y que sin tenerla en cuenta difícilmente se llegará a comprender las manifestaciones sexuales del hombre y la mujer como nos las ofrece la observación de los hechos. (Freud, 1905/1950, Vol. VII, p. 201)

Con la creación del microscopio se pudo observar que el embrión humano tenía una potencialidad masculina y otra femenina. A través de Claus y luego de su amigo Fliess, Freud adoptó la tesis de la bisexualidad. En 1909 Fliess reclamó para sí la paternidad del concepto de bisexualidad; otros afirman que ese concepto es anterior –1903– y que pertenece al filósofo Weininger, quien murió muy joven.

Fliess construye una teoría en la que sostiene que la bisexualidad biológica se prolonga en el hombre en una bisexualidad psíquica, a través de la bilateralidad izquierda-derecha. Freud no toma esa tesis y se queda con la idea de la bisexualidad psíquica y la desarrolla en distintos artículos de su obra.

En Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad, asevera:

El significado bisexual de síntomas histéricos, demostrable por lo menos en numerosos casos, es por cierto una prueba interesante de la aseveración, por mí sustentada, de que la disposición bisexual que suponemos en los seres humanos se puede discernir con particular nitidez en los psiconeuróticos por medio del psicoanálisis. (Freud, 1908/1986. Volumen IX, p.146)

También en La Interpretación de los sueños afirma:

En muchos sueños, una interpretación cuidadosa podrá establecer que se los debe comprender como bisexuales, pues ofrecen una irrecusable sobre-interpretación (Freud, 1900/1950, Vol. V, p. 399).

Sin embargo, aquí Freud aclara que no todo sueño debe ser interpretado bisexualmente, como sostenían Stekel y Adler, pues le parece una generalización no sustentable.

Trabaja el concepto de bisexualidad en numerosos textos: Múltiple interés del psicoanálisis (1913); Historia de una neurosis infantil. “El hombre de los lobos” (1914); Pegan a un niño (1919); Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina (1920); El Yo y el Ello (1923); Autobiografía (1924); Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica (1925); Dostoyevski y el parricidio (1927); El Malestar en la cultura (1929); Sobre la sexualidad femenina (1931); La Femenidad (1932) y Análisis terminable e interminable (1937).

Schneider (2003) toma a Freud en Tres ensayos de teoría sexual (1905), para destacar cómo el autor deja deslizar que la piel es lo más vulnerable, que conmueve al sujeto desde el exterior provocando el proceso de excitación, asociado a lo femenino. Por otro lado, el placer terminal que implica la descarga motriz de la eyaculación con el consecuente alivio de tensión, está asociado a lo masculino:

Hombre y mujer quedan así en oposición y al mismo tiempo anexo el uno al otro, como si constituyeran, respectivamente, la entrada y la salida de un mismo organismo andrógino. La circulación de la excitación (...) entra por la sensibilidad femenina y concluye expulsada

vigorosamente en el acto terminal masculino, acto que recurre a la “energía motriz” (Schneider, 2003, p. 37).

La autora destaca aquí una división de roles: al varón le atribuye la motricidad y a la mujer la piel, de tal manera que en la periferia excitante se encuentra lo femenino y en el centro, lo masculino. Se subraya, además, la estimulación de la piel del glande del pene por la mucosa vaginal; sostiene que la piel (*haut* en el idioma alemán) corresponde a mucosa y que solo la menciona Freud para atribuirle el lugar femenino.

De esto se puede deducir que la mucosa en tanto piel está asociada a la bisexualidad, pues varones y mujeres la poseen, al igual que la descarga motriz orgásmica.

Pero antes, en *El Banquete de Platón* (1871/1983), aparece la idea de la bisexualidad a través del discurso de uno de los comensales llamado Aristófanes, quien desarrolla la teoría de que primitivamente la naturaleza humana era muy distinta de la de hoy, pues existían tres especies de seres humanos redondos: uno era todo masculino con dos cabezas, dos penes y cuatro brazos y piernas; otro todo femenino, también dotado de dos cabezas, dos vaginas y cuatro miembros superiores e inferiores y una tercera especie, llamada “andróginos”, que era mitad hombre y mitad mujer, considerado el menos puro, pues era una mezcla de hombre y mujer.

Por su forma esférica, se desplazaban con ruidosa velocidad y molestaban a los dioses; en consecuencia, Zeus les mandó un rayo y los cortó por la mitad. Desde entonces cada mitad desea unirse con su otra mitad y no van a dejar de intentarlo hasta encontrarse y fundirse nuevamente.

Este mito de Aristófanes posibilitó, a algunos psicoanalistas de pareja, pensar la etapa de enamoramiento, cargada de narcisismo, como aquella en la que se explican los tres tipos de amor: el hombre que busca su otra mitad en otro hombre –el amor homosexual–, la mujer que busca su otra mitad en otra mujer –el amor lésbico– y por último el hombre que busca su mitad en la mujer y viceversa –el amor heterosexual–. Este mito cobró popularidad con el aforismo conocido como la búsqueda de “mi media naranja”.

Lacan (1960) también trabaja *El Banquete de Platón* en el Seminario 8 para dar cuenta del amor de Transferencia, circunscribiéndose al discurso de Só-

crates, en el que introduce el saber de una mujer, Diótima la pitonisa, quien le cuenta que el amor se engendró en el encuentro entre Poros, el dios de la riqueza y Penia, la pordiosera que representa la pobreza.

Ello ocurre en una fiesta entre los dioses del Olimpo con motivo de celebrar el natalicio de Afrodita, la diosa de la belleza, a la que nadie podía entrar si no estaba invitado. Poros se desplazaba borracho y Penia, del otro lado de la cerca, lo llama y le ofrece un brebaje con más alcohol; él acepta y cae sobre la manija que abre la puerta; entonces, ella entra y se acuesta con él; así “hacen el amor” y literalmente lo engendran.

De esta manera puede entenderse que, cuando un enamorado percibe que es igualmente correspondido, se siente pleno, poderoso y rico por la herencia del dios Poros. En cambio, cuando no es correspondido, el enamorado puede funcionar como un pordiosero, mendigando el amor de su amada.

En principio, este mito muestra la posición asimétrica y de poder entre el (hombre) dios Poros, dios de la riqueza y la producción y Penia o aporía, la (mujer) pobre y pordiosera. No obstante, Lacan le otorga un lugar de privilegio a la mujer, porque encarna la falta misma, el vacío donde se puede alojar el deseo.

Otro relato mítico que hace referencia a la bisexualidad, es el mito de Tiresias. Cuenta que Tiresias se encontró con dos serpientes copulando en la montaña; al golpearlas con su vara, logró separarlas; en el acto, quedó transformado en mujer, llegando a ser una afamada prostituta. Después de siete años en esta condición, volvió a encontrar dos serpientes acopladas y al repetir su intervención, fue devuelto a la condición de hombre.

En cierta ocasión, Zeus y su esposa Hera se encontraban discutiendo, pues ella reprochaba al dios sus infidelidades y éste las justificaba sosteniendo que él tenía que practicar el coito varias veces con distintas mujeres, porque la mujer gozaba mucho más que el hombre, argumento con el que Hera dissentía. Recordando la experiencia bisexual de Tiresias, lo buscaron para que desde su sapiencia respondiera quién gozaba más en el coito, si el varón o la mujer. Él respondió de la siguiente manera: En la escala del uno al diez, quizás exceptuando la primera vez, una parte se lleva el hombre y nueve la mujer.

Hera, enfurecida por sentirse descalificada en su aseveración y expuesta, dejó ciego a Tiresias, pero Zeus –al no poder sacarle el castigo impuesto por su esposa– lo recompensó otorgándole el don de la clarividencia; de esta manera, a pesar de estar ciego, podía ver lo que los demás no podían ver, ni predecir.

Es interesante que estas predicciones de Tiresias se produjeran en la observación del comportamiento de las aves o, más precisamente, al escuchar los sonidos que éstas emitían³.

Volviendo a Freud, resulta pertinente señalar que el concepto de bisexualidad psíquica es independiente del sexo biológico.

Lacan, por su parte, sostiene en el Seminario 21:

No hay nada que se parezca más a un cuerpo masculino que un cuerpo femenino, si se sabe mirar en cierto nivel, en el nivel de los tejidos. Esto no impide que un óvulo no sea un espermatozoide y aquí yace la cosa del sexo (Lacan, 1974, p.103).

Lacan trabaja aquí las fórmulas de la sexuación, con relación a la excepción articulada con la castración.

La bisexualidad es un momento genético inevitable del erotismo masculino, corresponde al polimorfismo perverso y cabría extrañarse de que parezca tan poco difundido en nuestras sociedades, mientras que en las antiguas constituía la norma. (...) Esta bisexualidad (...) es causada por el amor al padre (Pommier, 2009, p. 178).

Gerard Pommier (2015), sostiene que el género masculino o femenino solo puede producirse sobre la base de la bisexualidad de cada sujeto, que es una lucha interna que libra cada quien, pues la masculinidad de los hombres se decide partiendo del rechazo de su propia feminización.

Tanto los niños como las niñas están demandados a ser el falo materno, comienzan a serlo antes de tenerlo y esto produce una excitación peninana y clitoriana, pues estas zonas se constituyeron en zona fálica, lo que propende

3 Ello nos lleva a pensar que, a falta de la mirada, se agudizó la escucha, una función fundamental del psicoanalista, el saber escuchar, en el que la mirada en ocasiones hace obstáculo imaginario, siendo el diván un elemento facilitador que brinda el dispositivo analítico.

a la masturbación. Ello les genera culpa porque es una manera de no responder a la demanda materna de ser su falo.

A partir de esta lógica la única vía para aliviar la culpa es recibiendo un castigo del padre. Este castigo salvaguarda el amor de la madre, al mismo tiempo que produce excitación sexual. Según el autor, esto ocurre gracias al masoquismo que condiciona la sexualidad humana, de tal manera que los golpes del padre seducen, pues de agente de la castración pasa a ser el primer seductor tanto para la niña como para el niño. Es importante aclarar que estos golpes del padre no son recibidos necesariamente en la realidad, pero sí en la fantasía, por lo tanto, se constituyen en realidad psíquica:

La vergüenza y la prohibición consolidan en lo inmediato el placer masturbatorio peniano o clitoriano. Ante los golpes del padre, la fantasía que pone en erección tanto al varón como a la niña los feminiza y da su sentido inmediato a la bisexualidad psíquica. Por un lado, el bebé es feminizado por el padre cuando recibe los golpes, y por otro es masculinizado pues este castigo lo pone en estado de erección. Esta bisexualidad psíquica es, en el fondo, correlativa de la castración, su sinónimo (Pommier, 2015, p. 44).

Se observa, entonces, cómo de la respuesta que dé cada uno depende la elección de género sexual. Están los que rechazan la feminización y entran en una lucha parricida contra el padre (lucha que les genera excitación), y las que aceptan la feminización, pero no del todo; este género se produce independientemente del sexo biológico.

Aquel que quiere defender su masculinidad debe ser violento; así se observan peleas callejeras entre varones, en el tránsito o a la salida de los “boliches”, muchas veces borrachos, como un intento de afirmar su masculinidad, de demostrar y demostrarse quién es macho y quién no lo es. En realidad, luchan contra su feminización dando golpes a los demás como los que creen haber recibido del padre.

Por el lado de la mujer, Pommier sostiene: “La mujer es no toda feminizada: continúa siendo un poco, mucho o apasionadamente masculina” (Pommier, 2015, p.46).⁴

4 De esto deduzco que las mujeres también escapan a la seducción del padre.

Al principio, ambos sexos se separan de la madre pagando el costo de entrar bajo la seducción del padre. Luego, ambos buscan matar a ese padre seductor e incestuoso, pero por distintos caminos según su género: los varones asumiendo una posición bélica parricida y las niñas amando a un hombre exogámico que le hace la guerra al padre.

Desde su fantasía el varón busca seducir, así como el padre los ha seducido a él y a la madre; de esta manera el niño seducido femeninamente, buscará seducir virilmente desde la dominación.

Para Pomier, la elección de género va a depender del lugar que los padres le den al niño, según se comporten con él como si fuera un varón o una niña, y de la fuerza impredecible de estos padres entre ellos y hacia el niño, que en términos de Lacan tiene que ver no solo con lo imaginario y lo simbólico sino también con el registro de lo real, lo imposible de decir.

El enfrentamiento del padre con el hijo varón en sus correctivos educadores, viriliza al hijo, aunque no necesariamente tiene que ser golpeado física o psíquicamente.

La relación de la madre con el hijo varón es privilegiada, pero corre un riesgo con la madre, pues cuando a la feminización esperable que le depara el padre, se agrega la feminización por parte de una madre que trata de liberarse de su virilidad depositándola en el hijo, éste puede feminizarse y orientarse hacia una homosexualidad pasiva.

Ahora bien, podríamos preguntarnos qué le ocurre al varón heterosexual y monógamo en relación con este fantasma bisexual.

En el varón heterosexual monógamo, está presente la bisexualidad y el amor al padre que incidió en su masculinización, sólo que este varón encontró en una mujer –llamada por él la suya: “mi mujer” – el mejor objeto externo, ese otro alter ego donde depositar su mujer, su feminidad, que remite a la bisexualidad.

En este varón heterosexual monógamo, el fantasma bisexual se actualiza paradójicamente en el momento del coito, pues en él puede encontrarse con su otra parte, el sexo que no tiene, que en algún momento imaginariamente fantaseó que fue suyo, como aparece en la figura del “andrógino”, planteada por Aristófanes en El Banquete de Platón. Ese

ser único reuniría los dos sexos porque, separados por el rayo enviado por Zeus, no dejaban de buscarse hasta fundirse en un reencuentro, que en este caso representa el encuentro sexual, que en el fondo no produce más que desencuentro. A su vez, en ese mismo acto sexual, el varón busca afianzar y confirmar su masculinidad.

La pasividad inicial

Todos al nacer somos pasivos, pasividad basada en la vulnerabilidad y desamparo originarios; esto marca una relación asimétrica con el Otro primordial de los primeros cuidados, ese ser omnipotente para el niño llamado Madre, teniendo en cuenta además que ella es el primer objeto de amor para ambos sexos.

En el Proyecto de una psicología para neurólogos, Freud da cuenta de cómo se constituye el psiquismo humano a partir de la experiencia de satisfacción y de la experiencia de dolor:

El organismo humano es incapaz de llevar a cabo la acción específica; esta sobreviene mediante el auxilio ajeno (Freud, 1895/1950, Tomo I, p. 362).

De esta vivencia de satisfacción queda un resto que es el deseo y por el lado de la vivencia de dolor, queda como resto el afecto.

Frente a la necesidad de asistencia externa es que Freud plantea el Complejo del Prójimo:

Supongamos ahora que el objeto que brinda la percepción sea parecido al sujeto, a saber, un prójimo. En este caso el interés teórico se explica sin duda por el hecho de que un objeto como éste es simultáneamente el primer objeto-satisfacción y el primer objeto hostil, así como el único poder auxiliador. Sobre el prójimo, entonces, aprende el ser humano a discernir (Freud, 1895/1950, Tomo I, p. 376).

En la afirmación precedente, se observa a la madre asumiendo un rol activo, siendo el prójimo que auxilia al bebé y que realiza por él la acción específica. Queda claro que no es tan específica, pues no hay relación unívoca

sujeto-objeto, pero en su acción algo llega y se inscribe y algo no llega, quedando como experiencia de dolor, un dolor irreductible que hará su aparición en distintos momentos a lo largo de la vida.

Esta indefensión inicial se manifiesta con el grito del bebé, que se transforma en llamado –dirá Lacan (1957-58) –cuando es escuchado e interpretado por la madre. Se podría denominar “poder del Grito” del bebé, expresión pulsional que irrumpe en el psiquismo de la madre y el poder de ella en responderle o no; sin embargo, hay una madre que le habla, que lo mira, que lo toca o que le depone la mirada ensordeciendo sus oídos a ese llamado, con efectos devastadores que ponen en riesgo la vida del niño.

Piera Castoriadis Aulagnier, en su libro *La violencia de la interpretación*, sostiene que:

La palabra materna derrama un flujo portador y creador de sentido que se anticipa en mucho a la capacidad del infans de reconocer su significación (Castoriadis Aulagnier, 1977, p. 33).

Y continúa diciendo:

El orden que gobierna los enunciados de la voz materna no tiene nada de aleatorio y se limita a dar testimonio de la sujeción del yo a tres condiciones previas: el sistema de parentesco, la estructura lingüística y las consecuencias que tienen sobre el discurso los afectos que intervienen en la otra escena. Trinomio que es la causa de la primera violencia, radical y necesaria que la psiquis del infans vivirá en el momento de su encuentro con la voz materna (Castoriadis Aulagnier, 1977, p. 34).

El bebé demanda la presencia incondicional de su madre, significando así las primeras marcas de lo que será el amor, necesario para vivir, tal como lo expresa Silvia Bleichmar respecto de lo que se pone en juego del lado del hijo:

La dialéctica vida-muerte, perder el amor de la madre, pone en juego el aniquilamiento del sujeto, equivale a ser expulsado del universo que conlleva el des-auxilio total (Bleichmar, 2009, pp. 23-24).

La autora, con el término des-auxilio, hace referencia a esa angustia desbordante del inicio de la vida que amenaza con hacer desaparecer el resto de nuestra existencia.

Ahora bien, ese amor maternal no es tan incondicional ni tan puro, está cargado de un interés narcisista y ansias de poder, con aristas ambivalentes que pueden llegar al filicidio, como lo sostuvo Arnaldo Rascovsky:

El filicidio directo, o matanza de los hijos, y sus formas atenuadas en todas sus variantes: negligencia, maltrato, denigración, mutilación y abandono, va en aumento en el mundo contemporáneo conforme al creciente desarrollo del proceso sociocultural (Rascovsky 1981, p. 234).

En esta afirmación queda plasmada la inexistencia del instinto materno, pues al lado del amor tierno aparece el odio, el fastidio, el cansancio de vivir en función de este pequeño tirano, que se adueña de sus tiempos, su descanso y su sueño, ya que –como toda dialéctica– ahora él es el Amo y ella, el esclavo.

Así oscilarán en estas posiciones, hasta que llegue a ser adulto si es varón y busque ser el Amo dominante, que somete a su esclava –la mujer–, ubicándola en un lugar subalterno; en ocasiones, se invierte la posición, pasando el varón a ser el esclavo, el lacayo, que coloca a la mujer en el lugar del Amo y señor.

Considero necesario tener en cuenta lo que le acontece a muchas mujeres a nivel físico y psíquico, durante el embarazo y el puerperio, vivencias compatibles con sentimientos de extrañeza y despersonalización, cambios en su esquema corporal, que inciden en el manejo del tiempo y del espacio; y no por eso son psicóticas, sino que actualizan un real (en términos de Lacan), que a muchas las angustia, sin poder expresarlo en palabras. Estas terribles sensaciones, a veces ominosas⁵, tienen que ver con su propio nacimiento, implicando su posición de vulnerabilidad inicial con la propia madre –algo de lo no tramitado cuando ella estuvo en esa posición de desamparo inicial–, que se actualiza frente a ese niño que salió de su cuerpo y que la perturba, pues se siente sin recursos simbólicos para enfrentar esta posición desconocida y movilizante que es ser madre.

Se comprende así, la desesperada demanda de presencia incondicional que estas novicias madres hacen a sus propias madres y que extienden, en forma de quejas y exigencias, a sus confundidos y aturridos esposos.

5 En tanto familiares e inquietantes.

Volvamos ahora a ese primer tiempo en que el niño está en la posición pasivo-femenina, que algunos autores –como Gilbert Herdt, que convivió con los Sambia de Nueva Guinea, y Robert Stoller (1982, en Meler, 2009) – llaman profeminidad.

La primera hipótesis que plantean es que cuanto más estrecha, placentera y prolongada sea la simbiosis madre-hijo varón sin la intervención interdictrora del padre, más posibilidades tiene el niño de volverse femenino y hasta devenir transexual.

Sostienen que las madres de los hijos transexuales, en su propia infancia, fueron niñas masculinizadas, que evitaron la homosexualidad femenina adaptándose, a veces forzosamente, a la heterosexualidad. Cuando tienen un hijo varón al que consideran hermoso, “buscan compensar sus frustraciones mediante la presencia y contacto constante con su hijo” (Meler, 2009, p.119).

Esta afirmación se relaciona con Freud y Lacan en tanto destaca que, cuando la niña se ve privada de pene, hace la ecuación simbólica: pene-niño-falo. En la cita aparece el término frustración, que para Lacan (1956/1994), es un daño imaginario, que diferencia de las otras dos formas de faltas de objeto, que son la castración –una falta en lo simbólico– y la privación –una falta en lo real–. De esta manera articula los tres registros con el concepto de falta.

Ahora bien, en relación con la privación, queda claro que la mujer no está privada de pene, pues la mujer es sin pene, como el varón es sin vagina.

Volviendo a esa primera hipótesis, podría pensarse que en esa fuerte simbiosis madre-hijo varón, la madre proyecta en su pequeño hijo sus deseos eróticos y sus propios aspectos masculinos reprimidos en la infancia, obteniendo una sensación de completud narcisística al tomar al hijo como una extensión de sí misma, actitud reforzada por un padre inoperante. Estos conceptos se ven claramente plasmados en Freud (1905) cuando señala:

Por regla general, la madre dirige sobre el niño sentimientos que brotan de su vida sexual, lo acaricia, lo besa y lo mece y claramente lo toma como un sustituto de un objeto sexual de pleno derecho (Freud, 1905/1950, Tomo VII, p. 203).

En esta afirmación, Freud expresa los fuertes y tempranos lazos de fusión que se dan entre la madre y su hijo.

La segunda hipótesis que plantean los autores respecto de la profeminidad, remite a que el niño varón tiene que consolidar fuertes defensas contra su deseo de simbiosis con la madre. Si supera esta relación simbiótica, el niño deja de ser un objeto narcisístico de la madre:

Puede avanzar hacia cuestiones edípicas, o sea, desear tenerla para sí en lugar de ser como ella. Para ese fin se identificará con el padre, a quien admira (Meler, 2009, p. 121).

La defensa que esgrime el niño frente a sus deseos de fusión con la madre, aparece en la siguiente explicación de Irene Meler:

La masculinidad social convencional es el resultado de esta defensa contra la simbiosis e implica envidia y temor ante la mujer, necesidad de mantenerla a distancia y rebajarla, aunque se la desee. La rudeza, el machismo y la homofobia son manifestaciones defensivas para renegar de cualquier aspecto femenino de sí mismo (Meler, 2009, p. 120).

Aquí se menciona el término *renegación*⁶; si renegar es colocar una presencia en el lugar de una ausencia, podría pensarse que cuando el sujeto varón pierde su masculinidad o duda de ella, ésta se ausenta de su subjetividad, pues “la masculinidad (...) es un punto de llegada del cual el sujeto puede ser destituido” (Bleichmar, 2006, p. 27). Es posible que coloque la presencia de la violencia, el machismo y la homofobia, frente a la ausencia de significantes consistentes y absolutos que funcionen como garantes permanentes de su masculinidad.

Desde allí puede explicarse que la mujer para él constituya algo del orden de “lo ominoso, lo siniestro”, *unheimlich*. Cuando Freud habla de lo ominoso, en 1919, trabaja con el término *heimlich* como:

...perteneciente a la casa, no ajeno, familiar, doméstico, de confianza e íntimo (...) el bienestar de una satisfacción sosegada, etc., una calma placentera y una protección segura como la que produce la casa (Freud, 1919/1950, Tomo XVII, p. 222).

6 Concepto que en Psicoanálisis se aplica a la perversión cuando es estructural, pero también la clínica nos muestra que es posible observar la renegación en las neurosis.

Se podría pensar que está refiriéndose al cuerpo de la madre como la casa segura del bebé que le brinda una satisfacción sosegada.

Otra acepción que toma de esa palabra es:

Mantener algo clandestino, ocultarlo para que otros no sepan de ello ni acerca de ello, escondérselo (Freud, 1919/1950, Tomo XVII p. 223)

En general, quedamos advertidos de que esa palabra “Heimlich” no es unívoca, sino que pertenece a dos círculos de representaciones que, sin ser opuestos, son ajenos entre sí: el de lo familiar y agradable, y el de lo clandestino, lo que se mantiene oculto (Freud, 1919/1950, Tomo XVII, p. 225).

Se puede deducir, entonces, que lo que es familiar es el cuerpo de la mujer, nuestra primera casa desde que fuimos concebidos y de esa primera mujer que todo varón tuvo que es su madre, por lo que fue cuerpo de mujer y lo que tiene que mantener oculto, clandestino, es su propia feminidad, la que, no obstante, en ocasiones sale a la luz.

Es desde esta perspectiva que pienso que la mujer, con considerable frecuencia, se le presenta al varón como algo ominoso en tanto familiar e inquietante, que, en la actualidad, a muchos varones, se les presentifica como lo siniestro, algo por atacar, controlar y dominar.

Lacan (1959-60/1988) crea un término, lo éxtimo, lo más externo y a la vez, lo más íntimo a mi ser. El autor expresa que lo real está tanto adentro como afuera en relación con el objeto “a” y también menciona lo éxtimo en relación con lo simbólico, pues sostiene que el Gran Otro es algo extraño a mí, aunque está en mi núcleo. Podría pensarse, entonces, que la mujer para el hombre se le presenta como lo éxtimo: lo íntimo de su ser y lo más externo a él. Ello le produce, como efecto, algo que lo inquieta y lo alborota, sintiéndose paradójicamente perseguido y excitado por esa mujer; por eso, en muchos casos la tiene que subestimar, maltratar, dominar, poseer sexualmente, cosificar y finalmente descartar.

Quando la masculinidad se edifica sobre el repudio de la dependencia, los deseos pasivos son proyectados sobre las mujeres. Éstas pasan entonces a ocupar un lugar inferior (Meler, 2009, p. 92).

En estos casos algunos hombres, para compensar su masculinidad, buscan mujeres dependientes afectiva y económicamente, con baja autoestima, con vulnerabilidad familiar y social, de manera tal que se presentan como salvadores, necesarios y proveedores, reeditando la pretérita relación asimétrica activo-pasiva, que tuvo lugar, allá y entonces, entre su madre y él como bebé.

La infidelidad masculina

Un número importante de estos hombres llega a la consulta diciendo: no me enamoro, no sé por qué no me puedo involucrar con ninguna y paso de una a otra, llegando a ser muchas veces el clásico “mujeriego” no pudiendo ser fiel a una.

La fidelidad para muchos es una norma impuesta desde la cultura con influencia de la religión judeo-cristiana, que produce una tensión y un malestar particular que cada pareja debe tramitar, hasta que se internalice como un valor.

Acuerdo con Paul Verhaeghe (2005) quién sostiene que la búsqueda de la fidelidad en varones y mujeres tiene su raíz en querer perpetuar ese vínculo de “exclusividad” que tuvo el bebé con su madre.

En otros contextos existe la poligamia, sin embargo, persiste el conflicto, pues lo que acarrea el malestar en la cultura, es la sexualidad misma y la renuncia pulsional impuesta por la sociedad, a la que el sujeto se resiste. Esto incluye a varones y a mujeres.

Pueden confluir varias posibles respuestas que dan cuenta del por qué un varón no se involucra con una mujer siendo compulsivamente infiel:

- El deseo es insatisfecho por estructura, esto puede provocar una disconformidad que hace que ninguna mujer lo satisfaga. Además, es deseo de lo prohibido, recordemos el mandamiento cristiano: “no desearás la mujer de tu prójimo”, pues es esa la prohibida, ¿Quién no ha pecado de pensamiento, palabra, obra u omisión?

- Puede ser que una sola mujer no le alcance para proyectar su propia femineidad a la que teme y está siempre al acecho.
- Que no encuentre en ella, ese rasgo paterno que hace que la elija como objeto único reconocedor, como una vez lo fue su padre.
- Que no encuentre en ella, los atributos femeninos valorados que encontró en su madre, al mejor estilo del clásico Edipo freudiano.
- Que sus contactos sean intermitentes y con distintas mujeres, puede deberse al temor de ser devorado si permanece con una, entonces “toco, penetro, eyaculo y me voy”, a modo de descarga, frente a lo potencialmente peligroso: una boca de cocodrilo que amenaza con engullir su pene.
- La infidelidad masculina compulsiva, puede deberse también a un marcado narcisismo y a la herencia del patriarcado, cuyo mandato es “mientras más mujeres tengas, más macho serás”, denigrando y cosificando a la mujer. Esto responde al dicho popular: “dime de qué te jactas y te diré de qué careces”, ya que en muchos “don Juan” subyace un fantasma homosexual que tratan de reprimir con esa conducta infiel y hasta promiscua.

Comparto con Lacan, quien sostiene que cuando un varón se enamora se feminiza y se infantiliza, pasa a depender afectivamente de una mujer, la toma como madre o patrona y depone las armas de la dominación, el control y el poder que el patriarcado le delegó.

Masculinidad, género y narcisismo

Según el diccionario de la Real Academia Española (1970), género es el conjunto de seres que tienen uno o varios caracteres comunes; clase a la que pertenecen personas o cosas.

La publicación científica *Género, Mujer y Salud en las Américas* define género como:

...una construcción social basada en la diferenciación biológica de los sexos (fenotipo y genotipo), que se expresa a través de relaciones de

poder-subordinación, representadas en la adscripción de funciones, actividades, normas y conductas esperadas para hombres y mujeres en cada sociedad (Gómez Gómez, 1993, p. 13).

Un punto central dentro de la óptica de género, es la noción de la división sexual del trabajo, es decir, la segregación de funciones sociales sobre la base de pertenencia a uno u otro sexo.

Hablar de género implica recurrir a la noción de representaciones sociales; éstas son, de acuerdo con Moscovici (2002), producto y proceso de una elaboración psicológica y social de lo real, “imágenes que condensan un conjunto de significados; (...) categorías que sirven para clasificar las circunstancias, los fenómenos, los individuos” (Jodelet, 1986, p. 472).

Las representaciones corresponden a actos del pensamiento en los cuales el sujeto se relaciona con el objeto. El género se utiliza para hacer referencia a construcciones sociales y culturales que se implantan desde temprano en el psiquismo del niño a través del vínculo con el Otro materno inolvidable de los primeros cuidados y que se irá retroalimentando en la interacción.

En consecuencia, el género es una construcción social, histórica y cultural, que atraviesa la subjetividad del niño mediante el proceso de aprendizaje y socialización. Es un concepto que incluye una dinámica, pues va cambiando según la etnia, la religión, la cultura y la época.

Con relación al género masculino, Connell (1997) sostiene que la principal característica de la masculinidad es la dominación hacia las mujeres.

Según Gosende (2004), el modelo de varón idealizado, que forma parte de lo que se llama hegemonía masculina, tiene que ser blanco, joven, bello, heterosexual, profesional exitoso, con pene grande, casado con una esposa fiel y sometida, debe manifestar un deseo sexual eréctil siempre activo para satisfacer a sus amantes, mostrándose además fuerte, competitivo y agresivo.

En oposición, estarían las masculinidades devaluadas y subordinadas que son los varones indígenas, homosexuales, desempleados, pobres, no viriles y miedosos. Señala Gosende que estos varones suelen compensar su baja autoestima mediante la violencia intrafamiliar, cometiendo en ocasiones

abuso sexual, además de consumir alcohol y drogas como una forma de compensar su cuestionada hombría.

La gran paradoja del sistema patriarcal es que esta hegemonía masculina dominadora, no solo oprime a las mujeres sino también a los varones, ya que – al igual que a las mujeres– se les imponen roles, formas de comportamiento y actitudes socialmente esperables. El que no las cumple es discriminado con violencia, pues no solo se descalifica a los varones homosexuales, también a los discapacitados, a los que son portadores de rostros hermosos por ser “negros” y vivir en barrios urbano-marginales y a los descendientes de pueblos originarios. Según Gosende (2004), esta es la violencia de género que padecen los varones.

Silvia Bleichmar (2006); distingue tres tiempos en la adquisición del género:

1. En el primer tiempo se instituye la identidad de género, que aporta los atributos en relación con la bipartición identitaria (varón-mujer), impregnada por la cultura, que hace que el niño/a prefiera determinados tipos de juegos y de vestimenta. Esta etapa coincide con la sexualidad pregenital, llamada polimorfismo perverso, y se destaca la importancia de la relación del niño con el otro:

El niño mismo identifica al yo propio con el del otro, mide las diferencias e inscribe las similitudes, y ello no desde la inmediatez de algún tipo de percepción inmanente sino a través del recorrido de un sistema de enunciados que marcan su posibilidad de inscripción en las redes libidinales del otro. Las atribuciones de género son entonces efecto de un significado al sujeto (Bleichmar, 2006, p. 28).

Esta instancia identitaria sostendrá las identificaciones secundarias futuras.

2. En el segundo tiempo se produce la diferenciación anatómica de los sexos; aquí Bleichmar sostiene que en el niño varón el pene tiene que ser investido de una potencia genital que proviene del fantasma de incorporación del pene del adulto –generalmente, el padre–; solo así se posibilitará en el futuro el ejercicio de la masculinidad heterosexual. Esto implica una paradoja pues la incorporación del pene paterno recrudece la angustia homosexual, a la vez que constituye la

condición necesaria para instalar la virilidad. Además, se articula con la valoración que la mujer le da al pene del hombre y al pene de su hijo, cuyas significaciones provienen seguramente de su historia en relación con los hombres de su familia⁷ y con aquello que la madre le transmitió en relación con su feminidad. Esta compleja trama incide en los mensajes conscientes e inconscientes que se le darán al niño y que constituirán las bases sobre las cuales irá construyendo su masculinidad.

3. En el tercer momento se producen las identificaciones secundarias con base en los ideales que demarcan, a modo de mandatos familiares, lo prohibido y lo permitido; como dice la autora:

Ya no se trata de **ser hombre** –inscripto narcisísticamente en el yo–, sino de qué clase de hombre se debe ser (Bleichmar, 2006, p. 30).

Sin embargo, nada hay determinado en forma absoluta y acabada:

Esto quiere decir que, en el momento del ejercicio y la asunción de la elección de objeto de amor genital, una complejidad predeterminada se encontrará con algo del orden del acontecimiento, de lo azaroso, que coagulará en cierta dirección las dominancias posibles (Bleichmar, 2006, p. 31).

Para Bleichmar, el padre ejerce una influencia temprana en el hijo a través de los primeros cuidados, cuando pone en contacto su cuerpo con el cuerpo del niño, marcando a modo de un mapa la topografía del cuerpo del hijo, libidinizando unas zonas más que otras:

Es entonces, como metonimia de la madre, que el padre inscribe huellas cuyos indicios no se subsumen en la polarización que ejerce el cuerpo materno. Estas inscripciones precoces constituyen la base erótica sobre la cual se inscribirán los deseos eróticos por el padre, resignificados a posteriori por los fantasmas de masculinización a los cuales hemos aludido (Bleichmar, 2006, p. 33).

Esta aseveración da cuenta del carácter seductor y excitante que ejerce el padre desde el principio (ya no sólo como interdicator del goce ma-

7 Padre y hermanos.

terno), del que Gerard Pommier dice: “El padre seduce hasta cuando está durmiendo” (Pommier 2015, p. 45).

En su libro *Las teorías sexuales en psicoanálisis*, Silvia Bleichmar sostiene que “la identidad masculina se define primero por oposición y luego por afirmación” (2014, p.251):

Esta es siempre una oposición por negación, vale decir, de lo que no se es (Bleichmar, 2014, p. 252).

En relación con esta postura, Juan Carlos Volnovich (2010) plantea que el varón teme tanto a la pasividad como a la femineidad, que hace que la masculinidad se presente como una reacción:

- *Yo no soy mi mamá*
- *Yo no soy un bebé*
- *Yo no soy una mujer.*

De esta manera dirige una protesta hacia su madre:

- *Yo no soy ella*
- *Yo no soy como ella*
- *Yo estoy contra ella* (Volnovich, 2010, p. 42).

Al parecer, el camino que tiene el niño para devenir varón es a través de la separación de su madre, oponiéndose a ella y alejándose de ese lugar mágico de “Su Majestad el bebé”, que le pertenece a una Reina: su Madre, lugar de privilegio que captura la mirada de ésta y que lo puede llevar a identificarse con ella, dado que esa captura es recíproca.

De acuerdo con esto es posible pensar que este proceso de diferenciación de su madre, que hace el varón desde la niñez hasta la vida adulta, implica un costo enorme, pues el idílico amor incondicional del comienzo va tomando matices progresivamente más ambivalentes, hasta tornarse violento. Esta violencia primero la dirige hacia la madre; luego, en el futuro, hacia otras mujeres: pareja, hermanas, hijas, jefas, compañeras de trabajo.

Esta agresión también se dirige contra sí mismo, ya que se constituye en una forma de atacar sus propios aspectos femeninos inconscientes; por otra parte, le impide disfrutar de vínculos gratificantes con las mujeres.

Ahora bien, detengámonos en el postulado del Psicoanálisis que sostiene que en el inconsciente no existe la negación:

En el inconsciente como sabemos no existe el NO, y no hay distinción entre los opuestos. La negación solo es introducida por el proceso de represión (Freud, 1917/1950, Tomo XVII p. 75).

Es decir que, sobre la base de toda negación, reside una afirmación; el niño estaría diciendo:

- *Yo soy mi mamá*
- *Yo soy un bebé*
- *Yo soy una mujer.*

Y debajo de la protesta, habría una alianza:

- *Yo soy ella*
- *Yo soy como ella*
- *Yo estoy a favor de ella.*

Articuladas con el texto de Freud Introducción del Narcisismo, estas afirmaciones encajan adecuadamente con el tipo de elección de objeto narcisista que él plantea:

1. Según el tipo narcisista:
 - a. A lo que uno mismo es
 - b. A lo que uno mismo fue
 - c. A lo que uno querría ser
 - d. A la persona que fue parte de sí mismo propio
2. Según el tipo de apuntalamiento:
 - a. A la madre nutricia
 - b. Al hombre protector (Freud, 1914/1950, Tomo XIV, p. 87)

Si se enlazan las afirmaciones del niño con el tipo narcisista, se puede arribar a la siguiente enunciación:

1. A lo que uno mismo es: “yo soy mi madre” (momento de no diferenciación madre-hijo).
2. A lo que uno mismo fue: “yo soy un bebé que fue parte de mi madre”
3. A lo que uno querría ser: “yo quisiera ser una mujer como mi madre”
4. A la persona que fue parte de sí-mismo propio: esta última afirmación y las anteriores, están basadas en el hecho de que, en la vida intrauterina, “fui parte del cuerpo de esa mujer”, es decir, “fui cuerpo de mujer”. Ello remite a los autores ya mencionados, Herdt y Stoller, que acuñan el concepto de protofeminidad (en Burín y Dio Bleichmar, 1996).

Didier Anzieu (1985, en Schneider, 2003) destaca que hay una continuidad entre lo materno y lo cutáneo; al referirse a la piamadre, que es la piel que recubre las meninges, señala: “Etimológicamente, el término designa la madre-piel”. Desde esta aseveración, Schneider (2003, p. 44) expresa que “la piel de la madre es la piel primera”. Entonces, esta piel primera materna es femenina y estaría recubriendo el cuerpo de todo sujeto, varón o mujer.

A partir de la lógica planteada, es posible dimensionar el arduo trabajo psíquico que tiene que realizar un sujeto para devenir varón, el que puede articularse con el Comentario hablado sobre la Verneinung⁸ de Freud, de Jean Hyppolite, que Lacan (1954/1985) incluye en sus Escritos 2.

Aquí destaca el término de Hegel *Aufhebung*, que significa negar, suprimir y conservar, expresándolo del siguiente modo:

Presentar el propio ser bajo el modo de no serlo, de eso es de lo que se trata verdaderamente en esa *Aufhebung* de la represión que no es una aceptación de lo reprimido (Lacan, 1954/1985, p. 861).

El sujeto que habla dice: Esto es lo que no soy. En lo que respecta a la masculinidad, el varón dirá: “No soy una mujer”, “no soy un niño”, “no soy mi madre”; pero, la represión sigue presente bajo la forma de no aceptación:

8 La negación.

Voy a decirle lo que no soy, cuidado, es exactamente lo que soy (Lacan, 1954/1985 p. 860).

En este mismo texto, postula que aparecen dos tipos de juicios: el juicio de atribución y el juicio de existencia, remarcando que en el primero se trata de expulsar algo o de introyectar algo, que dará cuenta luego de la dimensión de lo exterior y de lo interior.

En el caso de los Sambia, el ritual de masculinización no solo propulsaba la felación de los púberes a los hombres adultos⁹, sino que además se le provocaban dolorosas sangrías que, junto a los vómitos inducidos, estaban destinados a expulsar la leche materna y con las hemorragias, la sangre femenina que se consideraba contaminante y que contenía el cuerpo del niño¹⁰:

Para ingresar a la horda masculina es necesario no solo el reconocimiento de la diferencia sino la expulsión de lo diferente –leche, sangre materna– y la inclusión de lo idéntico. El pene de otro hombre que proporcione leche masculina (Bleichmar, 2006, p. 57).

Ahora bien, para seguir pensando en el proceso de masculinización, entiendo que es importante abordar además la elección según el tipo de Apuntalamiento, puesto que el sujeto para devenir varón puede que elija en el futuro como objeto de amor al modelo de la madre nutricia, momento fundante de su constitución, pues dejó su impronta en nuestro cuerpo y algo de la añoranza del paraíso perdido que todo hombre busca reencontrar en el encuentro con otra mujer, porque tiene que ser otra u otras para evitar el incesto.

Por otro lado, también podrá elegir al hombre protector, que sería el padre¹¹, ese padre que ejerció cuidados precoces, miradas que acariciaron su cuerpo de hijo, que lo colocaron en conexión con su propio cuerpo, con su propia piel, ejerciendo un efecto erotizante y seductor que luego caerá bajo los efectos de la represión, pero que nada tiene que ver con la perversión, pues no hace del cuerpo de su hijo un objeto de su goce.

9 Introyectar el semen, lo masculino.

10 Expulsar lo femenino.

11 Aunque puede aparecer bajo la figura de una mujer.

En referencia al trabajo de Bleichmar (2006), Burín y Meler (2009) con el fantasma de incorporación del pene paterno, remiten a los estudios de Gilmore y Herdt sobre el ritual de los Sambia, que toma significación a modo de metáfora en nuestra cultura occidental: este hombre-padre protector es lo que todo niño necesita para desarrollar como tal su masculinidad.

El hijo siempre va a esperar el pene del padre metaforizado de distintas maneras y discursivamente a través de distintas “Demandas”. Como sabemos, a partir de Lacan, toda Demanda es Demanda de amor y de presencia incondicional ya no de la madre sino de su padre, que se expresa en pedidos tales como: papá, enséñame a manejar; después, préstame el auto, dame guita para salir, préstame las llaves de la oficina (o de la casa de fin de semana) que quiero llevar una minita.

Aquí suele hacerse presente la búsqueda de cierta complicidad: Ah, eso sí, no le digas nada a la vieja. Ese secreto encierra, parece ser, un acuerdo tácito que solo se da entre hombres, en el que esa mujer –su madre– queda excluida. Esto es, tiene que traicionar a su primer amor a fin de hacer su salida exogámica y para eso, cuenta con este hombre, su otro amor –su padre–, ahora convertido en testigo, aliado y autoridad que le habilita el pasaporte para salir de la endogamia materna feminizante. De esta manera, empieza, no sin temor, a transitar los diversos caminos de los varones; eso sí, cargado de excitación, soledad e incertidumbre.

Esa costumbre particular de usar la ropa del padre, desde las remeras, la ropa interior, la afeitadora y hasta las zapatillas, ¿será un intento inconsciente de estar en contacto con la piel del padre, con su cuerpo? Cuerpo que en algún momento lo erogenizó y lo sedujo.

Muchas veces la hostilidad hacia el padre no es más que una defensa para no encontrarse con el amor erótico hacia él, figura amada e idealizada como poderoso y omnipotente. Pero cuando este padre se presenta imperfecto, fallado o ignorante, se lo destituye ejerciendo una fuerte y lapidaria crítica descalificante. Aquí se hace presente el deseo parricida del que Freud nos habló en *Tótem y Tabú* (1912-1913/1950).

Considero que en la constitución de todo varón queda la nostalgia de este objeto perdido: la madre nutricia y el padre protector, que sentarán las bases de la bisexualidad psíquica, a partir de la cual cada niño tendrá que atravesar

estos avatares para poder devenir varón. Tal como lo expresa Pommier (1995, p. 178):

La bisexualidad (...) es la consecuencia del amor del padre y del recubrimiento de su imagen por una figura femenina con vistas a la preservación del género. Es, por lo tanto, solamente propia del hombre, ya que la feminización solo para él constituye una amenaza.

Ello constituirá las bases de lo que serán las múltiples masculinidades, pues no hay una sola forma de ser varón. No se trata, sin embargo, de elecciones a la carta, pues hay una multiplicidad de causas que incidirán en que un sujeto tenga una disposición particular a ser un tipo de varón y no otro.

Considero necesario aclarar que la masculinidad, si bien es una construcción simbólica, nunca se consolida a perpetuidad, es decir, de una vez y para siempre; tiene que ser afianzada y afirmada continuamente, ya que es un proceso en constante devenir.

La sexualidad y el significante

Retomé a Freud y a Lacan para dar cuenta de que la sexualidad humana no es instintiva ni natural como en el animal; en estos últimos se da un orden natural regido por las leyes del instinto sexual, por la que el macho busca copular con la hembra cuando está ovulando, lo que desencadena en el macho el comportamiento de cortejo. Es necesario destacar que este proceso se produce en determinadas etapas del año y que tiene como objetivo instintivo la reproducción y la perpetuación de la especie.

Para acercarme a lo que sucede con la sexualidad humana, decidí abordar el artículo que Lacan escribió en 1958, La significación del falo; allí sostiene:

Es sabido que el complejo de castración inconsciente tiene una función de nudo.

1. En la estructuración dinámica de los síntomas en el sentido analítico del término, queremos decir de lo que es analizable en las neurosis, las perversiones y la psicosis.

2. En la regulación del desarrollo que da su radio a este primer papel: a saber, la instalación en el sujeto de una posición inconsciente sin la cual no podría identificarse con el tipo ideal de su sexo, ni responder sin graves vicisitudes a las necesidades de su partenaire en la relación sexual, e incluso acoger con justeza las del niño que es procreado en ellas (Lacan, 1958/1985; p. 665).

Es a este segundo punto al que dedicaré mayor atención porque está directamente relacionado con la constitución de la masculinidad y de la paternidad.

El falo es tomado aquí como un significante privilegiado en tanto no necesita de otro significante para tener existencia; se sabe que un significante es una pura diferencia, que se inscribe por oposición a otro significante. Esto no ocurre con el falo, ya que es considerado como una común medida respecto de la sexualidad, pues el sujeto del inconsciente carece de sexo, pero puede identificarse con el tipo ideal de su sexo.

Aquí Lacan comienza a establecer tres diferenciaciones:

1. El sujeto puede identificarse con el tipo ideal de su sexo, es decir, si nace con genitales masculinos, identificarse con un varón, respondiendo a lo que socialmente se espera de un varón¹².
2. Responder a las necesidades de su partenaire en la relación sexual. En este punto, Diana Rabinovich (1995) sostiene que el término necesidades del partenaire va a ser sustituido por “deseo” del partenaire, pues de lo que se trata es del sujeto deseante.
3. La tercera cuestión se refiere a la paternidad y a la maternidad, ya no como hechos biológicos, sino como hechos subjetivos simbólicos que deparan funciones simbólicas, tales como las funciones materna y paterna, que permitirán responder con justeza o no a las necesidades del niño que es procreado en ese encuentro sexual. Ese chico pasará del estatuto de niño al de hijo de... creándose una relación de filiación, que hace que ese hijo forme parte de un eslabón dentro de una cadena generacional.

Un sujeto puede funcionar en algún/os de los tres puntos de esta diferenciación y en otro/s no. Así, un sujeto puede asumir la paternidad haciendo frente

¹² Lacan introduce la noción de género, sin aclararlo.

a las vicisitudes y tropiezos que ella implica, pero puede fallar en responder como varón en los encuentros sexuales con una mujer, cuestiones que atañen al deseo y que se pueden instalar en formaciones sintomáticas, como la eyaculación precoz u otras formas de impotencia.

Esta situación, en la que el varón puede “hacer agua” frente a una mujer, no incluye lo sexual¹³, sino que implica la subjetividad de cada uno que lo lleva a funcionar como niño, hijo, padre, madre, hermano/a, amigo/a, maestro, alumno, golpeador o golpeado, entre otros modos de posicionarse frente a una mujer.

Por otro lado, en ocasiones puede responder medianamente bien frente a los deseos de una mujer en los encuentros sexuales, es decir, ser un “buen amante”, pero no tener recursos internos y simbólicos para responder como padre frente a ese niño que es su hijo, que todavía no ha sido significado como tal.

Ello puede acontecer porque está rivalizando con el niño por un lugar de privilegio con relación a la mujer-madre, o porque le representa inconscientemente lo ominoso antes descrito, como lo familiar inquietante, ese lugar de vulnerabilidad que le muestra la propia indefensión, que experimentó allá y entonces frente a un deseo materno, el que al mismo tiempo que libidiniza y erotiza en función de la vida, también puede devorar a ese cachorro humano y producir estragos.

Esa misma sensación de indefensión es la que experimentó pasivamente frente a su padre, aquel que lo sedujo y lo feminizó, proceso sin el cual no hubiera podido virilizarse, aunque despertara en él los incurables deseos parricidas. Estos fantasmas pueden actualizarse e incidir para imposibilitar o dificultar que un sujeto varón pueda posicionarse como padre, de tal manera que en ocasiones podrá ser genitor, aunque no podrá asumir la función paterna.

Por otro lado, Lacan sostiene que, cuando el hombre ama, se feminiza, esto puede explicar algunas formas de violencia, ya que puede responder con agresividad para defenderse de esa feminización por un lado y por temor a encontrarse con el deseo y el goce del Otro encarnado en una mujer, sin saber qué lugar de objeto está ocupando allí, frente a ella.

13 Que algunas veces podrá compensar con la pastilla azul.

El goce es del reino de lo real, que viene a desorganizar y a interpelar los placeres que se suponían serían naturales entre el hombre y la mujer. Aquí no hay elección sexual, ni identidad sexual, no hay un sujeto que pueda decir “Yo soy varón” porque el que comanda este asunto es el goce de cada uno.

En relación a esto, es interesante pensar qué sucede actualmente entre los varones y las mujeres. Y al respecto, pensamos que nuestra época en tanto cultura del consumo, de la inmediatez y de la cosificación, hace que las relaciones entre el hombre y la mujer sean cada vez más superficiales, virtuales y efímeras.

Las nuevas tecnologías en la comunicación que, por un lado, pueden facilitar el contacto; por otro, permiten que los sujetos hagan público lo que debería ser privado, proliferando el narcisismo, el exhibicionismo, el voyeurismo, que conducen a un goce autoerótico y solitario.

Además, se ve cuestionado el tradicional y patriarcal binarismo varón-mujer y se comienzan a visualizar nuevas sexualidades que antes (y aun actualmente) hay quienes consideran patológicas

La masculinidad como síntoma

Se tendría que definir el síntoma desde el Psicoanálisis, a partir de Freud (1895/1950) como una formación de compromiso; desde Lacan en Instancia de la letra (1957/1975), como una metáfora. Para ambos es multicausado y en relación al Otro.

La masculinidad también es multicausada y está en relación con el Otro, es decir, nos hacemos hombres por los otros y a través de los otros.

Podría pensarse que la masculinidad es un síntoma, un malestar actual con el que los hombres llegan a la consulta.

Ser varón en esta época no es sencillo, pues son muchos los factores sociales, culturales y familiares que funcionan como mandatos, generando expectativas y exigencias exitistas en el terreno laboral, profesional, intelectual, de-

portivo, social y sexual, a las que hay que responder y que, a algunos varones, se les imponen como imperativos categóricos.

Es imposible no fallar en alguna o en varias de estas exigencias; de ahí que los varones hagamos síntomas en lo que atañe a nuestra subjetividad masculina y busquemos, más que antes, ayuda profesional para aplacar nuestro sufrimiento, nuestro síntoma, que a modo de condensación de goce y deseo, se enquista en distintas áreas de nuestra vida:

- En el área laboral: nos quejamos porque no conseguimos trabajo o porque no estamos satisfechos con el que tenemos, o porque ganamos poco o ganamos, pero no nos gusta lo que hacemos, o por los problemas de relación con los superiores o los compañeros, incluidos los que tienen una profesión y se cuestionan para qué la eligieron.
- En el área intelectual: cronificándonos en carreras que pocas veces terminamos, sintiendo que no respondemos a ese mandato familiar y social que nos impele a estudiar, a ser profesionales, propuesto como la forma de poder ser y pertenecer a este sistema. De acuerdo con el contexto social el ser un varón profesional exitoso, es un ideal preponderante que generalmente se impone.
- En el área deportiva: un joven que no practique un deporte es un varón desvalorizado; parecería que el mandato es: hay que aplacar las pulsiones y qué mejor que practicando un deporte, de paso se desarrolla la aptitud competitiva y un cuerpo atlético. Esto hace que no siempre se disfrute la práctica deportiva que se realiza, ya que la exigencia es ganar, pues lo que está en juego es el reconocimiento social que marca un ideal: para ser valorado hay que ser un “ganador” y en todos los órdenes, ya que eso depara amigos y chicas.
- En el terreno sexual: quizás uno de los más conflictivos pues es donde se concentra lo que los griegos llamaban: “tomar la parte por el todo”, colocar en esa parte, en esa porción de mi cuerpo – “el pene” – el sustento de mi virilidad y de mí ser. De esto se desprende que un joven que no ha debutado sea devaluado por sus pares.

¿Qué significa el pene para los hombres?

Si a los hombres les tocó poseer una carne genital protuberante que se erigió –cultura mediante– con un valor narcisístico máximo, a las mujeres les tocó una carne genital interior cóncava, escondida, sangrante (Alizade, 1993, L3, p. 1).

Aquí la autora plantea que, ante la premisa fálica, tanto los niños como las niñas intentan buscar el pene en ambos cuerpos, ya que lo visible –el pene– aplaca la angustia de lo invisible que le presentifica la castración. Sostiene, además, que la carne abierta de los genitales femeninos huele a desconocimiento y despierta primitivos fantasmas que el varón no puede nominar.

Considero que ello encierra una paradoja, pues por un lado la mujer ejerce sobre el varón heterosexual una fuerte atracción que lo impele a penetrarla, poseerla, dominarla, hacerla causa de su deseo e intentar satisfacerla; esto funcionaría como una garantía ilusoria de su virilidad. Frente a esta demanda de respuesta, muchas mujeres astutas saben cómo responder con jadeos y orgasmos fingidos para dejar conforme a este inseguro varón, dramatizando ambos una escena tragicómica. Aquí se juega algo del “poder”: el poder masculino de dar placer al otro, de dominarlo y el poder femenino de hacerle creer al varón que es así.

El otro polo paradójico es que, en ocasiones, esa misma mujer represente para el varón lo ominoso, lo familiar inquietante, que puede provocar angustia pues tiene que ver con el misterioso y temible interior del cuerpo femenino-materno en el que fue engendrado y del que salió, situación que lo lleva a aferrarse fuertemente a su pene y a una posición fálica dominante.

Para Schneider (2003), cuando Freud trabaja *La Cabeza de Medusa* (1922/1950) trata de destacar que la erección del pene y su exhibición, funciona como un arma que le sirve para ostentar poder, mostrando una rigidez eréctil desafiante a modo de espada, para defenderse de algo que teme y que es el terror de ser devorado por el sexo femenino. Se trata de una imagen compatible con la fantasía de vagina dentada de la que hablara Melanie Klein (en Segal, 1975) el círculo dentado de los Baruya o de la Mantis

religiosa a la que refiere Lacan, en el Seminario 8 (1960), cuando describe a ese insecto hembra que, después de copular con el macho, se lo come.

Para muchos el pene es todo; “esa libra de carne”, diría Lacan (1962/2007), debe sostener a ese sujeto que dice ser hombre, pues siente que es en la medida que tiene y mientras más tenga mejor, ya que la medida cuenta en tanto maximiza la virilidad de quien la detenta. “Cuanto tienes es cuanto vales”, medida fálica capitalista que se extiende a otros órdenes de la vida de un varón, que abarca no solo el tamaño de su pene, sino la cantidad de mujeres, hijos, saberes y de bienes económicos, que le brindan una posición de poder y de reconocimiento social.

Juan Carlos Volnovich (2010) afirma que el pene es símbolo de omnipotencia, pero también de extrema debilidad y que, en ocasiones, funciona como un amo despótico que tiraniza al varón condenándolo a la incertidumbre de ese momento.

Sostengo que el pene, para algunos varones, llega a tomar autonomía como si tuviera vida propia y comienza a ser tratado por el hombre también como **lo íntimo**, lo más íntimo a su ser y lo más externo, a veces extraño, ya que no siempre responde con la erectilidad esperada; no lo podemos manejar a nuestra voluntad. En este sentido, en ocasiones, se observa que el varón trata a su pene como “el amigo que no me tiene que fallar” o “me falló el muñeco”, con la mentirosa justificación frente a su compañera: “te juro que es la primera vez que me pasa” o “me llora el nene”; además, le coloca un nombre, “Pedrito”.

Chiste:

Pregunta: ¿Cuál es la parte menos sensible del pene?

Respuesta: El hombre (Garcés, 2014, p. 63).

Desde la perspectiva patriarcal si el hombre se muestra sensible es poco viril.

¿Tantas significaciones tienen su órgano sexual? Le sirve además para cumplir con la función excretora de la micción, ofreciéndole su mirada no solo en ese proceso de descarga urinaria, sino cuando lo higieniza al bañarse, cuando lo sorprende erecto durante el dormir o al despertar, cuando lo fric-

ciona y lo acaricia en esa actividad autoerótica que le proporciona placer y descarga pulsional, brindándole la ilusión de un goce asegurado, eso sí en soledad porque se produce sin el otro, pues es la presencia del otro y del otro mujer lo que llena de ansiedad y desconcierto ese momento.

Esto que llamo “goce asegurado” –porque está bajo su control, aunque a veces se torna incontrolable para algunos varones, pues sienten que se les impone en forma compulsiva– es la masturbación, primer “quitapenas” según Freud en *Malestar en la Cultura* (1930/1986), que hace que difícilmente desaparezca del todo de la vida de un hombre.

En *Contribuciones para un debate sobre el onanismo* (1912/1986, p. 240), Freud vincula la masturbación con las fantasías histéricas, su estrecha relación con la bisexualidad y con la amenaza de castración.

Volnovich cita a Emmanuel Reynaud, quien le quita omnipotencia al pene diciendo:

El sexo del hombre es la parte más vulnerable de su ser. Es más bien en la mujer donde asienta eso que concebimos como potencia sexual, ya que el verdadero falo no es propiamente el pene, ese pene endeble que solo consigue erección cuando está en confianza y al que hay que mimar para que acepte expulsar su blanco fluido almibarado: el verdadero falo, siempre listo, dispuesto a todo, es el sexo de la mujer (Volnovich, 2010, p. 58).

Quizás uno de los grandes enigmas masculinos es: ¿cómo ser hombres y sentir que lo somos, más allá del poder y el control que nos brinda ilusoriamente nuestro miembro viril? Queda claro que ese poder y control constituyen una mera ilusión, pues la performance no depende de la voluntad consciente sino del deseo y de la pulsión que transitan los caminos del cuerpo, con sus inhóspitos recovecos que comanda un capitán: el inconsciente.

Se abre, entonces, otro interrogante: ¿Por qué esa exigencia de estar siempre erectos, listos y competitivos, en todos los contextos, lugares y funciones?

Esa gran exigencia fálica, el sostener esa impostura, no es sin costo, pues la pulsión de muerte acecha y muchas veces gana la partida; recordemos que

numerosas investigaciones muestran que el promedio de vida de los hombres es inferior al de las mujeres en 7 u 8 años.

Por su parte, Volnovich aporta su posición en relación con la masculinidad:

Tal parecería ser que los hombres no solo tenemos que renunciar a la feminidad que nos amenaza por los cuatro costados, sino que tenemos que renunciar a la masculinidad normativa que nos impide convertirnos verdaderamente en hombres.

Si está loco el travestido que se cree una mujer, también está loco el varón que se cree un hombre. Y está loco porque percibe la atribución simbólica de su virilidad como basada directamente en la realidad de su ser, en el pene que posee (Volnovich, 2010, p. 58).

Tal vez una de las posibles repuestas al enigma masculino, es que podamos construir una masculinidad que se ejerza desde la “detumescencia fálica”, ya que la dominancia fálica es pura impostura, que nos lleva a construir un “falso y vacío ser” y como toda vacuidad, en determinados momentos se hace presente produciendo angustia. Entonces, necesitamos llenarla con proezas sexuales, económicas, deportivas y muchas veces con violencia, buscando recuperar ese brillo fálico narcisista que seduce y nos seduce a nosotros mismos, con el alto costo antes mencionado, pues también nos reduce en nuestra dignidad subjetiva a tener o ser el falo para ser “varones”.

Intentando articular algunas categorías aristotélicas –lo Universal, lo Contingente, lo Necesario y lo Particular– con la masculinidad, podría decirse que cuando los varones aprendamos a vivir sabiendo que lo Universal es ser sujetos deseantes –y que, por lo tanto, pueda ser cuestionada la premisa de que el falo sea la insignia principal de nuestro ser eréctil–, podremos inventar otras insignias, que nos permitan ir de-construyendo y construyendo nuevas y variadas formas de ser varón. Ahora bien, en lo Universal siempre hay una excepción, no todo hombre en todo momento es deseante; el deseo aparece y desaparece, teniendo en cuenta además que siempre está el goce en mayor o menor medida.

Respecto de la segunda categoría, la erección no es más que una de las tantas Contingencias del deseo, como lo es la detumescencia, ya que el encuentro-desencuentro entre el varón y la mujer es una Contingencia en sí

misma, porque implica manifestaciones libidinales y pulsionales imposibles de anticipar y de controlar.

En relación con la tercera, tampoco es Necesario ejercer nuestro lugar de varones desde la dominación, el control y la subestimación de las mujeres y de esos hombres que, al no ajustarse al modelo imperante normativo, calificamos de masculinidades fracasadas, anormales o patológicas. Sí es necesario animarnos a transitar nuevos horizontes en los que nos permitamos construir a modo artesanal, nuevas formas de masculinidades, cada vez más alejadas de pretéritos modelos perimidos.

Por último, es Particular en cada uno de nosotros el apostar con valor a esa construcción incierta, siempre en proceso, por lo tanto, inacabada, que se llama masculinidad.

Masoquismo

Roudinesco (2005) sostiene que este término fue acuñado en el año 1886 por Richard von Krafft-Ebing en relación a Leopold von Sacher-Masoch, escritor austríaco que vivió entre los años 1835 y 1895. Este concepto da cuenta de un tipo de perversión sexual, pues el sujeto obtiene satisfacción a partir del sufrimiento: recibiendo golpes, flagelación y humillación física o moral.

Freud (1924/1950) retoma este término y describe el masoquismo de la siguiente forma: “Ser amordazado, atado, golpeado dolorosamente, azotado, maltratado de cualquier modo, sometido a obediencia incondicional, ensuciado, denigrado” (p. 68). Distingue tres tipos: el masoquismo moral, el femenino y el erógeno, y muestra que el masoquismo femenino es típico del hombre; en este sentido, señala: “Sabemos que el deseo de ser golpeado por el padre, tan frecuente en fantasías, está muy relacionado con otro deseo, el de entrar en él en una vinculación sexual pasiva (femenina)” (p. 175).

También Gerard Pommier identifica el masoquismo en el varón:

El masoquismo femenino, tal como Freud lo definió, atañe esencialmente a los hombres. En efecto, los hombres se feminizan cuando

caen en el amor paterno y esta violencia supone masoquismo de su parte por cuanto afecta a su sexo (Pommier; 1995, p. 171).

Es posible considerar este masoquismo como estructural en todos, pero al hacer hincapié en la subjetividad masculina, es importante recordar que Freud, en Proyecto de psicología (1895/1950), menciona que el bebé es incapaz de realizar la acción específica por lo que necesita el auxilio ajeno de otro primordial de los primeros cuidados que generalmente encarna la madre; de esta manera, algo llega y se inscribe en el psiquismo del niño como huella del placer y algo no llega y queda como huella de dolor. Como puede observarse el dolor está presente desde que nacemos o aún antes, lo que se puede articular con el trauma del nacimiento al que refiere Arnaldo Rascovsky (1977), quien considera que hay un psiquismo fetal que, al momento del parto, experimenta una intensa experiencia de dolor y de angustia, debida a la expulsión del útero materno que le proporcionaba lo que necesitaba a través del cordón umbilical.

Para poder seguir viviendo, es necesario atravesar esa experiencia paradójicamente dolorosa y a la vez, posibilitadora que se llama separación. Al separarse del cuerpo de la madre, el niño tiene que respirar por sí mismo, con sus propios pulmones, por lo que aparece el primer intercambio con el mundo externo a través de un orificio de su cuerpo. Este orificio comenzará a ser una zona erogenizada, imantada, libidinizada, que es su boca, ávida y receptiva de esa leche materna, que recibe de ese cuerpo de mujer, del seno materno o de la mamadera, pero en contacto con esa piel, con ese calor, ese olor, esa textura que le proporciona el cuerpo de su madre, que desde entonces será lo éxtimo, lo más externo a él, pero también lo más íntimo.

Paralelamente, seguirán erogenizándose otras zonas de su cuerpo que aún percibe desintegrado; estas zonas son el ano y su pene con sus funciones excretoras. Pero, no olvidemos que Lacan menciona otras dos pulsiones: la escópica que es la mirada, donde ambos –madre y niño– quedan capturados y fascinados y la pulsión invocante gracias a la cual el niño registra el tono, el timbre, la cadencia de la voz de la madre que penetra en él y a su vez él emite sus gritos, sus llantos que son interpretados por su madre como un llamado, esta interlocutora privilegiada es la que ejerce según Piera Castoriadis Aulagnier (1977) la violencia de la interpretación.

Esta correspondencia entre el estado de desamparo originario del bebé y la presencia de ese Otro materno que le proporciona (supuestamente) lo que necesita, es una ilusión pues no hay complementariedad entre lo que llega de la madre y lo que el niño experimenta como necesidades, que ya no serán biológicas sino lógicas, porque están reguladas por el lenguaje y por la demanda de amor, de presencia-ausencia de esta madre. Ahora bien, este amor materno no es tan incondicional, está cargado de narcisismo, ambivalencia afectiva y también de pulsión de muerte, dado que –según Rascovsky (1981)– el filicidio puede ser directo, matando al hijo, o atenuado, con abandono, negligencia y maltrato.

La descripción precedente da cuenta de cómo el dolor y el placer están presentes desde el principio y sentarán las bases del masoquismo.

Deseo parricida y violencia masculina

Un texto que merece una reflexión especial es Tótem y Tabú (Freud, 1912-1913/1950), pues a partir del mito del padre de la horda primitiva Freud intenta poner de manifiesto cómo se funda la sociedad a través de la presencia de un padre terrible que goza de todas las mujeres y prohíbe a los hijos el acceso a las mismas. Como ya refiriéramos, un día, estos hijos se rebelan a este padre tiránico, lo matan y se lo comen. De esta manera se explica el nacimiento de la sociedad basada en la prohibición del incesto como ley que regulará las estructuras elementales de parentesco y la manifestación de la culpa y la moral entramada con la prohibición del parricidio. En relación a este texto de Freud, Lacan sostiene:

El padre primordial es el padre anterior a la prohibición del incesto, anterior a la aparición de la ley, al orden de las estructuras de parentesco, en una palabra, anterior a la aparición de la cultura. Por eso Freud lo convierte en el jefe de la horda, cuya satisfacción, de acuerdo con el mito animal, no tiene freno (Lacan; 2011, p. 86).

Del lado del hijo se actualiza el fantasma parricida: “Con la ley y el crimen comenzaba el hombre” (Lacan, 1950, en Gerez Ambertín, 2004, p. 85). Este crimen primordial que es el parricidio, hace que la culpa sea parte de la estructura subjetiva. El Nombre del padre impone la ley que prohíbe el

incesto y el parricidio, ordena la subjetividad y posibilita el lazo social, pero a su vez le acarrea al sujeto la deuda y la tentación.

La ley siempre tiene fallas y allí se instalan las tentaciones que incitan a la repetición del crimen. Según Gerez Ambertín (2004), la culpa está al servicio de la pasión de la ignorancia, por eso se desconoce su causa; de allí que la repetición provoque la culpa y ésta incite a la repetición. En el texto *Las voces del superyó*, Gerez Ambertín (1993) describe tres dimensiones de la culpa articulándolas a los tres registros: la culpa muda o necesidad de castigo que se da en el registro real, el sentimiento de culpa o culpa imaginaria, que se da en el registro imaginario y la culpa inconsciente que se registra en lo simbólico. Este anudamiento de las tres culpas articuladas con el objeto “a”, se relacionan estrechamente con el superyó.

La ley prohíbe el goce, pero con sus fallas no deja de instigarlo y para eso se sirve del superyó, que convoca al goce y a la no castración; de esta manera acaece la coacción a la repetición, que es la insistencia que incluye la diferencia; por eso, el retorno nunca es de lo igual.

De allí que se puede decir que, cuando en el hijo se presentifica este fantasma parricida metaforizado de diferentes maneras, alguna dimensión de la culpa se está actuando en él, con sus diversas consecuencias, que pueden ir desde un superyó feroz que impele a gozar repitiendo el crimen, aunque en forma diferente, hasta apelar al Otro a modo de demanda de amor, no solo reconociéndose culpable sino responsable; así, podrá ir aceptando las fallas de la ley del padre que no ofrecerá ni certezas ni garantías.

En relación con lo expresado se puede establecer un nexo posible entre la violencia de género que ejercen algunos varones y el deseo parricida. Según Pommier (2009, p. 136), el acto de matar es un equivalente del lazo homosexual con el padre, pues el uso de la violencia es luchar contra la feminización.

Algunos hombres hacen de su mujer un fetiche, para no enfrentar la castración, creando con estas mujeres un vínculo dependiente y patológico. Cuando la mujer se niega a seguir ocupando ese lugar, intenta separarse de él o simplemente deja de amarlo y comienza a amar o desear a otro, aparece una violencia despiadada hacia ella que, al oficiar de fetiche, cobra el estatuto de objeto fijo, insustituible y condición de goce para el hombre.

Al ser cosificada y des-subjetivizada, se constituye en un objeto de su propiedad que puede ser desechado y destruido, en tanto desecho y resto.

Aquí puede estar operando lo que el Psicoanálisis kleiniano (Segal, 1987, p. 86) denomina la triada maníaca: control, triunfo y desprecio. Desde una masculinidad dominante, empoderada, “se controla” la propia feminidad temida y se la deposita en la mujer, luego “se triunfa” sobre ella con críticas lapidarias para afianzar la propia endeble virilidad y finalmente, “se la desprecia” y se la degrada, triada que puede llevar a que muchos varones ejerzan violencia psicológica y física, que puede provocar un pasaje al acto que culmine con el feminicidio.

Articulando el análisis de Freud en *Tótem y Tabú* (1912-1913/1950) respecto del deseo parricida y lo elaborado por Pommier (2015), quien destaca que el varón elige a una mujer que tenga un rasgo paterno, es pertinente inferir que se puede actualizar ese fantasma parricida a través de una pulsión acéfala destructiva, matando al padre en su mujer, asesinando a dos en uno, pues se hace presente, en él, el escenario de desamor y abandono que experimentó por parte de ambos: de su padre y ahora de su mujer.

Otra lectura posible consiste en pensar que, para que un sujeto devenga varón, no tiene que matar al padre (aunque sea metafóricamente), sino que el padre tiene que morir en él. En muchos sujetos el padre vive en ellos: en sus mandatos superyóicos, en ideologías políticas o religiosas que funcionan como dogmas incuestionables, que deben perpetuar y transmitir por respeto a la tradición paterna. También el padre vive en los síntomas, en las fallas e inconsistencias, entramadas inconscientemente en la subjetividad del hijo, cercenando su libertad, entrampado en la repetición, anudada a la identificación a un rasgo paterno: para ser varón tengo que parecerme a él, aunque no sea en lo mejor de él. Esto se produce porque el padre es tomado como un referente de amor que aporta un sustento a la masculinidad del hijo: “Amado será el hombre, aunque la mujer pueda provocar el deseo”

El goce autoerótico y la soltería masculina

Freud en la carta 79 (1912/1986) sostiene: Se me ha abierto la intelección de que la masturbación es el único gran hábito que cabe designar “adicción primordial”, y las otras adicciones solo cobran vida como sustitutos y relevos de aquella (el alcoholismo, el morfínismo, tabaquismo: etc.) (Tomo I, p. 314).

Lacan en *Televisión* (1973) aludió a la “ética del soltero” para dar cuenta del goce solitario masturbatorio del idiota; se trata de una posición que algunos sujetos eligen para evitar enfrentar una realidad percibida como amenazante o frustrante.

La búsqueda de un partenaire y el sostenimiento de una relación con él, genera un malestar y un costo que muchos sujetos no están dispuestos a pagar, pues algunos varones se sienten perturbados; malestar y turbación que los traslada a la mas-turbación, goce autoerótico que produce un alivio transitorio, pues implica una satisfacción sexual sin pasar por el cuerpo del otro. Las distintas adicciones responden a esta ética en tanto el objeto droga viene a reemplazar la relación con el otro, sumergiendo al sujeto en un goce solitario que lo lleva a sustituir el lazo con el otro y en ocasiones de franca patología, estas adicciones representan el efecto de la ruptura o ausencia del lazo social.

La época actual favorece este goce solitario, pues el avance tecnológico con internet y las distintas aplicaciones utilizadas en la telefonía celular, si bien en algunos casos puede favorecer los encuentros, muchas veces los evita, constituyendo solo un histeriqueo superficial y virtual, en el que se desliza un franco narcisismo con pinceladas de seducción que transita los carriles de la exhibición y el voyeurismo.

Celular que puede funcionar como fetiche (en tanto objeto fijo que reniega de la castración: no necesito enfrentarme en el espacio de la realidad con el partenaire) u objeto contrafóbico (ya que con este objeto aplaco la angustia y la ansiedad que me despierta la presencia del otro); no es raro ver en un restaurant una pareja en la que cada uno está conectado a su celular.

Dichos populares como “lobo estepario”, “el buey solo, bien se lame” o “más vale solo que mal acompañado”, significan en realidad más vale solo

que acompañado en tanto constituyen metáforas que dan cuenta de que muchos varones se las arreglan mejor con su órgano que con el cuerpo de una mujer, evitando de esa manera el establecimiento de un vínculo amoroso pero incierto con ella.

El goce se produce siempre en el cuerpo del Uno, pero por medio del cuerpo del Otro. En este sentido el goce siempre es autoerótico, siempre es autístico. Pero al mismo tiempo es autoerótico porque incluye el cuerpo del Otro incluso en la masturbación masculina, en la medida en que el órgano del que se trata está fuera del cuerpo (Miller, 2008, p. 411).

La clínica nos muestra cada vez más que una franja importante de varones adhiere fervientemente a la “ética del soltero”. Muchos son divorciados, solteros ascetas, intelectuales arrogantes, hijos crónicos que no se independizan; algunos de ellos salen de manera intermitente con muchas mujeres porque así evitan elegir solo una, están fijados en el goce autoerótico que los hace retroceder ante la mujer.

Es importante destacar que no siempre el goce autoerótico lleva al sujeto a la masturbación; sino que este tipo de goce puede producir una inhibición generalizada en la subjetividad del varón, incluyendo la sexualidad. Esto es, en ocasiones se presenta asexualado, manifestando un empobrecimiento significativo en todas las funciones cognitivas, que dan cuenta de un aplanamiento afectivo, efecto de la obturación del deseo que produce este goce y que lleva al sujeto a un aislamiento y a recortar cada vez más el lazo con los otros.

La cobardía

Según el Diccionario de la Real Academia Española, cobarde remite a pusilánime, sin valor ni espíritu para afrontar las situaciones peligrosas o arriesgadas.

Al respecto, Lacan sostiene: “Ciertamente es más fácil para el hombre enfrentar a cualquier enemigo en el plano de la rivalidad que enfrentar a la mujer” (Lacan, 1971, seminario 18, p. 33).

Sostengo que algo del orden de la “cobardía” anida en la subjetividad de los varones que adhieren a la ética del soltero.

Lacan, en *Radiofonía y Televisión* (1977), habla de cobardía moral para referirse a la depresión como una forma de defensa destinada a no asumir el propio deseo y el costo que hay que pagar por ser un sujeto deseante. Discurre acerca de una falta de ética encubierta por un goce sufriente.

Al abordar el tema de la cobardía, Lacan remite a Tomás de Aquino, a Spinoza y al poeta cristiano Dante. Al respecto, por ejemplo, cuando analiza la tristeza, afirma:

...no es un estado del alma, es simplemente una falla moral, como se expresaba Dante, incluso Spinoza: un pecado, lo que quiere decir una cobardía moral, que no cae en última instancia más que del pensamiento, o sea, del deber de bien decir o de reconocerse en el inconsciente, en la estructura (Lacan, 1977, p. 107).

De estos autores rescata el término “acedía” de origen griego, que significa no ocuparse, compatible con el no ocuparse de la propia vida, inmovilizarse como si el tiempo se detuviese; entonces, aparece el rencor, la desesperación, la compulsión al fracaso y la sensación de tedio que se expresa por un aburrimiento crónico y desinterés por la vida. Se conforma un terreno abonado por la pulsión de muerte, comandado por el superyó destructivo que impele al goce; aquí el sujeto se regodea en el sufrimiento, “apoltronándose” en la queja y en la quietud, a fin de evitar –mediante esta inercia sufriente– hacerse responsable de su existencia.

Desde el punto de vista del Psicoanálisis, la cobardía implica una posición porque lo que el análisis busca es que el sujeto se haga cargo de sus elecciones, responsable en lo que atañe a su deseo y su goce, comenzando a transitar por el camino de los interrogantes que le permitan relanzar algo de su deseo.

El patriarcado marcó la subjetividad de los varones ponderando la ostentosa masculinidad fálica, caracterizada por la dominación, el control y el poder, que hace que sea fundamentalmente una masculinidad competitiva, discriminadora, violenta, homofóbica y muchas veces, misógina.

Puede decirse que constituye en sí misma una formación reactiva, un mecanismo de defensa frente a la cobardía, defensa que se manifiesta por el opuesto: arrogancia y desafío. Ambos están marcados en la subjetividad de muchos varones a modo de una impostura machista, en tanto actúan y se naturalizan como escudo defensivo frente al horror de tomar contacto con la propia feminización que es efecto de la bisexualidad psíquica y que se presentifica cuando aparece algo que lo enfrente al no-todo varón fálico.

Por lo tanto, para poder devenir varón, un sujeto precisa tener tramitado el horror a la propia feminidad y a la posición infantil que lo hace pasivo y débil, que lo lleva muchas veces a fijarse en una posición cobarde y masoquista, que también es necesario atravesar para permitirse ejercer el oficio de artesano de su propia masculinidad.

Hasta aquí he analizado los principales elementos implicados en la adquisición de la propia masculinidad; en el próximo capítulo, entonces, abordo la segunda dimensión en estudio: el proceso de devenir padre.

III. Paternidad

¡Padre! Un simple sustantivo de algunas letras
colocado en el origen de algo inagotable.

(Julien, 1993)

El tema del padre es inagotable, pues drenan de él múltiples significaciones siempre inacabadas, que se entran en la subjetividad de los varones y que conllevan las marcas de la época.

Según el Diccionario de la Real Academia Española el término padre deriva del latín paternitas-atis, que es la cualidad del padre, implica estado y cualidad del hombre por el hecho de ser padre. También hace referencia al tratamiento que dan algunos religiosos a sus superiores.

Desde el punto de vista jurídico se relaciona con la responsabilidad parental, que puede ser natural cuando refiere a un hijo biológico, o jurídica cuando incluye la adopción.

La paternidad es un concepto dinámico pues va cambiando a lo largo del tiempo y difiere según el contexto sociocultural desde el que se lo analice. Realizar un breve recorrido histórico permite apreciar la evolución de este concepto.

La dimensión del padre en la obra de Freud

En referencia al mito de Edipo ya aparece la figura paterna en Layo, padre que será asesinado por su hijo Edipo, quien además cometerá incesto al casarse y engendrar hijos con su madre, Yocasta. Aquí el deseo parricida y el

deseo incestuoso se relacionan con la ley y la castración, articulándose la teoría el Complejo de Edipo con el complejo de Castración en forma indisoluble, pues no se puede hablar de uno sin hacerlo del otro.

A lo largo de su obra Freud nos muestra la importante incidencia del padre en sus historiales clínicos y en muchos de sus escritos: Pegan a un niño (1919/1986); Tótem y tabú (1913/1986); Dostoievski y el parricidio (1921/1986); El malestar en la cultura (1930/1986); Moisés y la religión monoteísta (1939/1986) y en sus casos paradigmáticos, como el caso Dora (1905/1987), el caso Juanito –Análisis de la fobia de un niño de cinco años– (1909/1986), El “Hombre de las Ratas”. A propósito de un caso de neurosis obsesiva (1909/1986), el “Caso Schereber”. Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Demencia Paranoide) descrito autobiográficamente (1911/1986), el de la joven homosexual –Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina – (1920/1984), entre otros.

En El malestar en la cultura, Freud (1930/1986) sostiene que en los hijos aparece un sentimiento de arrepentimiento, que es el resultado de la ambivalencia afectiva entre el amor y odio dirigidos hacia el padre:

Los hijos lo odian, pero también lo aman; satisfecho el odio tras la agresión, en el arrepentimiento por el acto salió a la luz el amor, por vía de identificación con el padre, instituyó el superyó, al que confirió el poder del padre a modo de castigo por la agresión perpetrada contra él. (...) Y como la inclinación a agredir al padre se repitió en las generaciones siguientes, persistió también el sentimiento de culpa cada vez que una agresión era sofocada y transferida al superyó (Freud, 1930/1986 pp. 127-128).

Todo sujeto para devenir varón tendrá que “curarse” de su padre, es decir, deberá elaborar esta relación ambivalente cargada de odio y de amor hacia el padre, ese hombre tan particular, hacia el cual el hijo levanta monumentos, idolatrándolo, para luego –con un gran martillo– comenzar a destruirlo, tal vez porque se sintió defraudado por no recibir de él todo lo que imaginariamente esperaba.

Seguidamente surge la culpa, los sentimientos de soledad y orfandad; comienza, entonces, de nuevo a construir un monumento a su padre. A muchos hombres se les pasa la vida en este proceso de constante construcción y

destrucción, en el que amor y odio se perpetúan restando energía psíquica a ese varón, lo que le impide reinventarse como varón, salir de la queja, la parálisis y la repetición. Esto sólo podrá lograrlo si elabora el duelo por el padre que hubiese querido tener y aceptar a este que tiene.

Este punto siempre aparece en el análisis de los varones, no solo porque lo actualizan a nivel de la transferencia, sino porque se observa cómo repiten en el vínculo con la mujer y con los hijos esa ambivalencia de amor y odio que tuvieron y tienen con su padre, generando relaciones sufrientes, dolorosas y hasta enloquecedoras.

El padre desde Lacan

Lacan, en el Seminario IV (1956-7/1996) se plantea la cuestión del padre con el caso Dora y especialmente con el caso de Juanito. Desarrolla la temática en el Seminario V (1957-8/ 1999) nos habla así de la posición del padre:

La posición del padre como simbólico no depende del hecho de que la gente haya reconocido más o menos la necesidad de una determinada secuencia de acontecimientos tan distintos como un coito y un alumbramiento. La posición del Nombre del Padre, la calificación del padre como procreador, es un asunto que se sitúa a nivel simbólico (Lacan, 1957-58/ 1999, p.186).

Es en este seminario donde articula la función del padre, del significante Nombre del Padre, con el concepto de ley, lo que da cuenta de un padre simbólico:

Según Julien (1993, p. 40) es la madre la que auspicia el lugar al padre, cuando sostiene: “No hay verdadera autoridad paterna sino aquella que se recibe de una mujer”. Se postula aquí que, gracias a la madre, el nombre del padre no queda forluido, lo que implica la inscripción en el niño de una autoridad paterna.

Aquí se está planteando al padre como quien tiene que cumplir una función simbólica, no siendo la ley, sino ejerciendo la ley que prohíbe el incesto.

Si esa función interdictora no se diera, el deseo de la madre se presentaría en forma voraz, insensata, caprichosa y desenfrenada.

A partir de este aspecto es que, algunos analistas sostienen que la madre es de alguna manera alienadora y enloquecedora, porque su deseo es un capricho sin ley o, más bien, regido por la ley omnímoda del primer tiempo del Edipo; esa ley omnipotente, omnipresente y omnisapiente. Teniéndolo en cuenta es que señalan el carácter regresivo del camino hacia la madre, pues implica fijación y repetición. Desde Freud se puede pensar que el niño busca encontrar esa identidad de percepción y a ese Otro inolvidable de los primeros cuidados, búsqueda justificada por el estado de indefensión y prematuridad con la que nace el cachorro humano. Por otro lado, afirman que el camino hacia el padre es progresivo, ya que, al representar la ley de la prohibición del incesto, se inscribe la castración simbólica, significada como la ley del no-todo (cfr. *infra*), que posibilitará la circulación del deseo en el hijo.

Es la función paterna lo que hará que un significante del nombre del padre adquiera un poder nominante” (Foulkes, 1993, p. 26). Es decir que un padre al nombrar y al nominar abre un espacio simbólico en el hijo y de esta manera lo incluye en el vínculo de filiación.

Según Lacan (1957-58/1999, p. 172): “El padre existe incluso sin estar”. Esta aseveración da cuenta de que el padre es un “operador” que cumple una función simbólica en la subjetividad de cada uno, más allá de quién lo encarna; aquel que lo encarna deja sus marcas en el niño.

Silvia Bleichmar (2009) nos advierte de la importancia de no soldar la ley al padre, evitando también soldar el deseo materno a la voracidad narcisista que hace del hijo un falo para gozar. Estas soldaduras son efecto de un estructuralismo mal entendido, que según la autora:

...estaría dejando afuera el inconsciente parental, la presencia del adulto hombre o mujer, deseos incestuosos, mortíferos, de rivalidades cruzadas, de homosexualidades encubiertas, sometimientos masoquistas o intentos de dominio sádico, en fin... Todo lo que sabemos que los seres humanos guardan sea en lo más recóndito de sí mismos –como hubiera afirmado Freud– o en la superficie (Bleichmar, 2009, pp. 53-54).

A partir de esta afirmación es posible pensar que no se puede soldar autoridad y ley, pues el padre no es la ley, es un simple portador, pero no Amo, pues él también debe someterse a la ley; solo desde esta concepción se podrá ejercer la autoridad.

Por su parte, Rabinovich (1995) da cuenta de que el Nombre del Padre funciona como un operador lógico dentro de la estructura del lenguaje; por lo tanto, para ella no se trata de un sujeto sino de una función incognoscible e impronunciable. Pareciera entonces, a mi juicio, que la autora en este último aspecto se está refiriendo a lo real del padre, que encierra algo del goce imposible de acceder.

Según el Diccionario de la Real Academia Española, operador es la persona o técnico encargado de hacer que funcionen ciertos aparatos; desde esta perspectiva podría pensarse que el padre es un operador encargado de que funcione adecuadamente el aparato psíquico del hijo varón.

Otra definición está relacionada con el médico cirujano: el que opera; en este caso, el padre funcionaría como cirujano que realiza el corte necesario en tanto interdicator en la relación madre-hijo, favoreciendo la inscripción de la represión secundaria, desmalezando el terreno feminizante abonado por la madre, lo que permitirá abrir caminos a las diversas masculinidades.

Ahora bien, el corte que realiza el padre, en alguna medida, está auspiciado por la madre y nunca es un corte perfecto y eso tendrá sus efectos en la construcción de la masculinidad del hijo.

El padre es alguien que nombra y en el acto de nombrar al hijo, lo ubica simbólicamente, lo registra en la filiación y lo engarza a modo de un eslabón en la cadena generacional.

Michel Tort –en su libro *Fin del dogma paterno* (2005/2008)– cuestiona a Lacan cuando coloca sobre el padre el poder omnipotente de ejercer la función simbólica y sostiene que esta concepción lacaniana del padre se desprende del patriarcado masculino y dominante que responde a una época; pero marca a su vez que este poder patriarcal está decayendo, para dar espacio a las nuevas modalidades de ejercer la paternidad ligadas a las perspectivas de género, de lo que se desprende además que para el autor la función paterna es una construcción socio-histórica y política.

¿Qué significa para el hijo tener un padre?

Desde la perspectiva edípica, el padre se manifiesta como privador: es decir, priva a la madre y priva al hijo con la ley del incesto; aparece como amo y en tanto tal, es digno de ser amado por el hijo. Para Freud, cuando declina el complejo de Edipo, este amor al padre produce una identificación con él, siendo luego el superyó el heredero del Edipo.

Julien (1993) sustenta otra faceta del padre privador, que aparece como creador del hijo, siendo responsable de lo que el hijo sea o no sea. Según el autor, esto da lugar a los reproches que se dirigen al padre, tales como: “Siendo vos mi creador, ¿por qué me hiciste tan fallado? No me amaste lo suficiente”. Dado que no hay respuestas, pues se trata de un real imposible, hay que elaborar un duelo por este padre no incondicional y solo se elabora pasando por el odio. Esto nos lleva a la versión real del padre:

El padre real para el hijo es el hombre de una mujer. (...) El hijo tiene un padre real en la medida en que este hombre ha hecho de una mujer, de esta a la que yo llamo mamá, la causa de su deseo y el objeto de su goce (Julien, 1993, p. 46).

Este padre real en tanto agente de castración, interpone una pared que impide al niño conocer el goce de esta mujer que es su madre y de este hombre que es su padre, es un goce prohibido para el niño, que abre el abanico de su fantasma, el que tendrá que ver con las más frondosas imaginерías sobre el deseo del Otro. Un padre ético jamás se prestará a exhibirse desnudo y ello va más allá de su desnudez física, significa también no mostrar (en algo) la desnudez de su goce:

Noé, labriego, comenzó a plantar una viña, se embriagó y se desnudó dentro de su tienda. Cam, padre de Canán, vio la desnudez de su padre y habló con sus hermanos, que estaban afuera. Sem y Jafet tomaron un manto y poniéndoselo sobre sus hombros retrocedieron de espaldas a su padre y cubrieron su desnudez con el rostro vuelto, no vieron la desnudez de su padre (Génesis IX, 20-23, en Julien, 1993, p. 11).

El padre real es el que Cam, el hijo, vio en su desnudez de padre ebrio y adormecido en su lecho. El hijo sabe y quiere compartir su saber con sus hermanos Sem y Jafet. Pero, estos recubren al padre

con una capa retrocediendo... para no ver nada. Y Noé al despertar los bendecirá, no sin maldecir a Cam... el que pretendía saber (Julien, 1993, p. 48).

Al igual que en el mito de Adán y Eva, parece ser que el padre Dios prohíbe un saber, un saber sobre el sexo y sobre el goce. La posición de Cam es la misma que la de Eva, ambos incitan a los otros a acceder a un saber prohibido, con el consecuente castigo.

Respetar el velo, el manto que cubre la desnudez del padre, es respetar la ley de la represión, que permite acotar el goce, instalar el pudor y abrir el camino al deseo.

Colocar el manto sobre la desnudez del padre, implica –entre otras cosas– aceptar que no se puede conocer todo, que hay saberes imposibles, como el saber sobre nuestro origen: ¿Cuál fue el deseo que se jugó en nuestros padres como pareja, y en cada uno de ellos como sujetos, cuando nos trajeron a este mundo? Al respecto, señala Berenstein (2001, p. 20): “Una de las preguntas fundamentales del sujeto humano es sobre su origen, e inevitablemente este es un saber de otros. El origen es lo que los otros dicen que es el origen”.

Como el deseo es inconsciente, nuestro padre tampoco puede acceder a él, solo puede dar cuenta de los anhelos y circunstancias familiares y externas, “decires, expectativas, temores, rechazos” que oficiaron de escenario a nuestra aparición en escena. Este es el material con que cada varón cuenta para construir su mito individual, que va a configurar una masculinidad particular, teniendo en cuenta que siempre hay algo de lo no dicho, que ejerce su eficacia.

Lo descrito presentifica nuestra falta en ser, nuestro ser en falta, siendo esta falta la que permitirá que cada varón construya su masculinidad y su paternidad. De hecho, hay argumentos que nos preexisten y que nos demarcan roles por jugar y destinos signados por la repetición. Está en cada uno de los varones aceptar con valentía el desafío de escribir su propia historia. Ello ocurre cuando ese hijo tuvo un padre que lo amó y lo habilitó, más allá de sus fallas... Ello ocurre cuando ese hijo tuvo un padre que lo amó y lo habilitó.

El padre y las nuevas configuraciones familiares

En la actualidad postmoderna se manifiestan nuevos modelos de parentalidad –familias ensambladas, monoparentales, homoparentales y coparentalidad– que aparecen como opciones, que rompen con el monopolio del matrimonio tradicional.

Respecto de la procreación, si bien nunca fue un hecho “natural” como en los animales, la ciencia comenzó a ocupar un lugar protagónico, con la procreación artificial: donantes de espermia y de óvulos, así como gestación subrogada y embriones crio-preservedos, dan cuenta de nuevas formas de parentalidad que no están soldadas a lo biológico, al sexo, ni al género.

La conocida frase “*mater certissima, pater semper incertus est*”, ya no tiene validez en la actualidad; en muchos países son los contratos los que controlan la donación de ovocitos fecundados, el “alquiler de vientres” y la donación de espermia¹⁴.

¿Hasta qué punto la ley que intenta regular estos intercambios que escinden y cosifican la subjetividad de los participantes, se muestra inconsistente a la hora de responder a las demandas de maternidad, de paternidad y a los derechos del niño de conocer sus genitores? Estas preguntas nos atraviesan como sujetos y como sociedad, abriendo profundas cuestiones éticas.

Ahora bien, cualquiera sea la familia –clásica, homoparental o monoparental– y cualquiera sea el método utilizado para traer un hijo al mundo, es necesario que haya un espacio regulado por la alteridad, donde el deseo y el amor puedan alojar a ese niño como hijo.

Siguiendo las enseñanzas de Freud y de Lacan, que nos dicen que por formar parte del tejido simbólico que constituye el malestar de la cultura en la que vivimos, la maternidad y la paternidad no son hechos biológicos, naturales, cabe sostener que somos todos adoptados por un padre y una madre que se prestan a cumplir esa función.

14 En este punto cabe la pregunta: Estos contratos, ¿pueden tomar matices perversos? Por estos oscuros callejones circula “El poderoso caballero, Don dinero”, que hace que se tomen partes del cuerpo, material genético y funciones reproductivas de los sujetos como si fueran objetos del gran mercado de consumo en el que estamos todos inmersos.

Ser padre no puede ser determinado absolutamente por la ley externa, pues se trata de un acto que puede tener consecuencias positivas o negativas; se podría sostener que cualquiera puede cumplir con esa función, pero los resultados pueden variar según quién la ocupe y cómo lo haga. Es aquí donde entra a jugar el deseo, un deseo que no es anónimo, ni universal, sino ese deseo particular y enigmático de cada padre en tanto operador protagonista que interviene en la constitución subjetiva del hijo y donde está presente además el deseo de la madre.

Volviendo a la antigua expresión “madre certísima, padre incierto”, considero que hoy, a partir de los nuevos métodos de reproducción humana, la incertidumbre envuelve tanto a la paternidad como a la maternidad; sin embargo, sobre la paternidad flamea siempre la bandera de una mayor incertidumbre.

Sostengo que el padre es incierto por estructura, más allá de lo biológico; es incierto en su lugar, en su función ya que nunca sabe cómo va a operar, qué tan presente o ausente estará, qué tan acertado o desatinado será su accionar y cuáles serán los efectos que tendrá sobre la subjetividad de su hijo, que solo se conocerán a posteriori.

Cabe aclarar que el padre siempre será un referente presente en la vida de todo sujeto, por las marcas positivas que posibilitan al hijo varón o por sus marcas negativas que dejan cicatrices de un daño psíquico, muchas veces irreversible.

La función paterna desde el Psicoanálisis vincular

Desde la clínica psicoanalítica de las configuraciones vinculares, Gutman y Gaspari (1996), partiendo de los conceptos de Berenstein (1996) profundizan sobre la noción de función paterna.

Para estos autores el lugar del hijo, es un efecto del interjuego de deseos de la pareja de los padres; la paternidad se funda en un acto de inscripción del niño como hijo, donde recibe un nombre: “(...) por este acto un hombre que se propone ‘padre’, deviene tal por el reconocimiento de otro autorizado que lo ‘dice’, que lo ‘ nombra’ ‘padre’ de ese niño” (Gutman y Gaspari, 1996, p. 130).

En esta aseveración es dable observar el peso de lo simbólico, del lenguaje en tanto nombra y de un ritual, que implica un “acto”, que en nuestra cultura acaece a partir de la inscripción en el registro civil; se registra que este niño –llamado, por ejemplo, Juan– es hijo de este hombre, llamado Juan Carlos Pérez. De esta manera se legaliza un vínculo paterno-filial a partir del cual el niño llevará el apellido del padre.

Este proceso tiene sus consecuencias en la subjetividad del niño, pero eso no implica necesariamente que tenga un padre desde el punto de vista psicoanalítico, pues ese hombre tendrá que devenir, en tanto llegar a ser, padre de ese hijo y, como todo lugar es dinámico, se puede perder y volver -o no- a recuperar.

Gutman y Gaspari (1996, p. 129) sostienen que: “La función paterna será el articulador en la dinámica familiar del tabú del incesto”. De ello se desprende que el tabú del incesto es lo que separa la naturaleza de la cultura, permitiendo, además, articular la regulación familiar y el ordenamiento social, que se realiza a través de las cuatro interdicciones de la función paterna:

- Al hijo: No te acostarás con tu madre.
- A la mujer-madre: No reincorporarás tu producto.
- A la mujer: No regresarás a quien fue tu dador.
- A él mismo: No retendrás a tu hijo para ti.

Cabe recordar que Berenstein y Puget (1997) abordan la dimensión de lo intersubjetivo y lo transubjetivo¹⁵, complejizando el análisis al incluir la función Avuncular, que significa tío materno y que hace referencia a la función del dador de la mujer, presente en la tercera interdicción.

Este Avínculo puede tener dos posiciones: como testigo de alianza que favorece la exogamia y auspicia la operatoria de la función paterna, o como Baluarte narcisista que perpetúa la endogamia, favoreciendo el fracaso de la función paterna. En esta teoría el bien escaso era la mujer fértil; mientras que

15 Berenstein propone un modelo de aparato psíquico como producto de un triple registro, organizado en zonas diferentes, que denomina *espacios psíquicos* y que refieren al tipo de representación mental que el yo establece con su propio cuerpo –*espacio intrasubjetivo*–, con cada uno o varios otros –*espacio intersubjetivo*– y con el mundo circundante –*espacio transubjetivo*–.

en la actualidad un varón productivo y deseante, dispuesto a formar una familia, puede considerarse un bien escaso.

Ahora bien, la cuarta interdicción – “No retendrás a tu hijo para ti” – alude al narcisismo del padre, en tanto detenta la posesión del hijo y de la hija. Aquí se puede encontrar una relación con la posición del padre padrone del patriarcado ancestral, que se sentía dueño y señor de sus hijos, pudiendo disponer de su destino.

Para Gutman y Gaspari (1996), la función paterna no está soldada al padre ni al hombre concreto, sino que puede circular y ser ejercida desde otras posiciones, imprimiéndole particularidades a la dinámica familiar.

Esta cuarta interdicción implica, además, que para que exista exogamia, el padre tiene que renunciar al hijo varón y ceder a la hija mujer, para favorecer el intercambio. La endogamia familiar y el narcisismo paterno hacen que estos no sean procesos sencillos.

Retener al hijo varón tiene como efecto una marcada dificultad para realizar la separación, la discriminación sexual, trayendo aparejada una negación de la muerte, pues el padre se torna una figura dadora omnipotente y omnipresente. Este es uno de los rostros del padre en su posición de goce.

Fue Kafka (1952/2006) en “Carta al Padre”¹⁶ –texto que considero que todos los analistas varones deberíamos leer–, quien manifestó de forma dramática y sufriente esa relación ambivalente, cargada de amor y de odio, que se actualiza en la relación entre el hijo y su padre:

En aquel entonces hubiera necesitado un estímulo, pues en verdad ya me sentía reducido por tu aspecto físico. Recuerdo, por ejemplo, cuando nos desnudábamos en una caseta de baño. Yo falco, débil y angosto, tú, fuerte, grande y ancho. En esa caseta me sentía miserable y no solo frente a ti, sino ante el mundo entero, porque eres para mí la medida de todas las cosas (Kafka, 1952/2006, p. 18)¹⁷.

16 Escrita en 1919, como la mayoría de sus escritos, fue publicada póstumamente, en 1952.

17 Quizás aquí subyace esa ligadura erótica de la que habla Gérard Pommier (2015), pues Kafka compara su cuerpo raquítico con el cuerpo robusto y atlético de su padre.

El padre para el hijo opera como el referente principal, por semejanza o por oposición, por amor o por amor defraudado que se manifiesta en odio, pero siempre el padre es la medida de todas las cosas. En este sentido, siempre será la brújula hacia la cual el hijo dirigirá su mirada atenta, buscando orientarse en un camino posible hacia alguna forma de masculinidad.

Franz Kafka escribe un texto que está cargado de reproches y demandas de amor a un padre patriarcal que muestra cómo, desde esa posición absolutista, se transmite la masculinidad de padre a hijo, cuando expresa que “(...) solo puedes criar a un niño como tú mismo has sido criado: con fuerza, alboroto e iracundia y esto te parecía más adecuado aún para el caso, ya que querías hacer de mí un muchacho fuerte y valiente” (Kafka, 1952/2006, p. 16).

Detrás de esta acusación se puede escuchar la impronta de la repetición, en la que el padre reitera un patrón, que vivió con su padre y ahora actualiza con su hijo, buscando además con su fuerza sofocar todo esbozo de debilidad feminizante, para hacer de su hijo un muchacho viril y valiente.

Pommier (2015) toma el texto de la Carta al Padre de Kafka para ejemplificar que muchos varones prefieren odiar al padre como si éste los hubiera torturado, antes de reconocer el riesgo de feminización efecto de haber caído en el amor al padre seductor.

En nombre del padre, del hijo y del hombre

Un Dios se encuentra en lo real. Como todo real es inaccesible, esto se señala por lo que no engaña, que es la angustia. (...) Abraham se presentó allí por algo, Dios le dio un hijo, después le dio la orden de conducirlo hasta el lugar de una misteriosa cita, y allí el padre les ató las manos a los pies, como a un cordero para sacrificarlo. (Lacan, 1963/2011, pp. 92-93)

En este relato se puede observar que el acto del padre, Abraham, de ofrecer a su hijo amado Isaac como sacrificio aparece como una forma de responder a un imperativo de obediencia absoluta e incuestionable a un Dios padre omnipotente, haciendo de su hijo un objeto de goce, que evidencia el costado perverso del padre.

A su vez el padre es un “regulador del goce del hijo”; esto es, si el Nombre del Padre es insuficiente o falla en demasía, más expuesto está el hijo a la muerte, la que puede ser articulada con los tres registros: simbólico, imaginario y real.

En la muerte simbólica, las fallas importantes en la inscripción del nombre del padre en el psiquismo del hijo, traen aparejada una pobreza simbólica, que hace que el hijo varón no cuente con los recursos simbólicos necesarios para hacer frente a las distintas exigencias del mundo externo.

El déficit simbólico puede estancarlo en un pensamiento concreto, lo que acarrea problemas intelectuales que le dificultan estudiar, haciendo un síntoma en esta área; se acomoda a esa masculinidad de tipo básica, concreta, mediocre, sin ambiciones y sin vuelo intelectual, que lo lleva a transitar una vida rutinaria, sin cuestionamientos existenciales, sin proyectos propios, con vínculos escasos y vulnerable a ser arrastrado por las masas. Este tipo de varón tendrá acotadas posibilidades de establecer vínculos profundos con su mujer y con sus hijos, ya que su estrechez mental le impide transitar por esos caminos.

En la muerte imaginaria, el déficit del nombre del padre, en tanto simbólico, produce una restricción del registro imaginario en el psiquismo del hijo, lo que empobrece y entorpece los caminos por donde circula el deseo. Por ello, podrá generar una masculinidad temerosa, poco creativa y con una sexualidad pobre, estructurada y muchas veces inhibida por la escasez de fantasías, siendo estas las que constituyen el mar abierto por donde nada libremente el deseo.

En la muerte real -o lo real de la muerte-, una falla importante del nombre del padre, deja abierto el espacio a la pulsión de muerte en sus variadas expresiones, desde el pasaje al acto en los homicidios, suicidios o accidentes aparentes que constituyen suicidios encubiertos, hasta las adicciones y las distintas enfermedades psicosomáticas que se instalan en el cuerpo del varón, a veces de modo permanente. Ello se produce por ir más allá del límite, ese límite que el nombre del padre como significante ordenador no pudo inscribir con eficacia, o lo hizo insuficientemente, en el psiquismo de su hijo.

Lo contrario de la muerte es la vida y el padre constituye la brújula que señala el norte en la vida de su hijo en tanto sujeto deseante.

La influencia del entorno sociocultural, junto con la permanencia de algunos ideales de masculinidad hegemónica, dejan a los varones expuestos a exigencias innecesarias que compelen a la competitividad y al exitismo, cuyos altos niveles de aspiración pocas veces se alcanzan o se sostienen en el tiempo. Esto incita marcados niveles de frustración, aislamiento y soledad, circunstancias que propician la emergencia de las pulsiones tanáticas que se manifiestan en diversas formas de agresividad: hacia las mujeres, hacia sí mismo y hacia los hijos.

En la agresividad hacia la mujer, el varón proyecta su propia debilidad y allí la ataca. Esta violencia de género también aparece cuando se siente no aceptado, no amado ni deseado, es objeto de críticas y le muestran que no es necesario económicamente. Muchas de estas mujeres toman decisiones autónomas, se autoabastecen porque trabajan, aman a otro hombre o simplemente deciden estar solas y prescindir del hombre.

Este escenario es vivido por algunos varones como una ofensa a su virilidad y una herida narcisística, que despierta una marcada agresividad que en muchos casos produce un pasaje al acto, asesinando a la mujer. Momento acéfalo de un puro real en el que irrumpe la cruda pulsión de muerte, sin que pueda ser acotada por el registro simbólico ni imaginario. La idea que comanda es: la mato y me mato en ella; desalojado de su subjetividad, pero con toda la responsabilidad subjetiva, que legalmente lo hace sujeto de sus actos. Al respecto, encontramos opiniones contrapuestas; por mi parte, sostengo que se debe tener en cuenta la responsabilidad del sujeto que realiza un acto.

La agresividad hacia sí mismo se puede manifestar en la adhesión a creencias religiosas, políticas o científicas, que funcionan como dogmas que enarbolan verdades absolutas e incuestionables, con el costo psíquico y vincular que ello supone, al no aceptar que otros piensen diferente. La autoagresión también se observa en los excesos y adicciones, muchas veces encubiertas o minimizadas en relación con el alcohol, el tabaquismo, las drogas, los psicofármacos, el exceso de trabajo, las conductas sexuales promiscuas y sin cuidados, la falta de controles médicos, la falta de adherencia a los tratamientos médicos y psicológicos, dificultades con la autoridad, lo que produce la pérdida del trabajo, conductas violentas en el tránsito o peleas callejeras, que constituyen formas de exponerse a graves riesgos y que con frecuencia constituyen una búsqueda inconsciente de autoagresión.

Esta agresividad también se manifiesta hacia sus hijos, sujetos vulnerables y débiles, con los que se suele actualizar “el horror de lo vivido”, cuando fueron niños, con sus propios padres.

Esta violencia hacia los hijos se despliega en el maltrato físico –que llega en ocasiones al filicidio– y/o psicológico en el que, con los golpes, se entremezclan amenazas e insultos degradantes.

Otra forma de violencia extrema y patológica es el abuso sexual, violación o la entrega de los hijos a un escenario de prostitución.

Los padres separados o divorciados, en ocasiones, pueden ejercer una modalidad bastante común de violencia que consiste en utilizar a sus hijos como meros objetos de información, buscando conocer aspectos de la vida de su ex-mujer, con la finalidad de ejercer control, extorsionando a sus hijos con regalos, sometiéndolos en una escena de secretos y complicidad o haciéndolos sentir culpables del infortunio de su padre ubicado en el lugar de víctima.

Algunas veces, estos padres divorciados abandonan física, afectiva y económicamente a sus hijos, emigrando a otros lugares con paradero desconocido, o dibujan números con ingresos insuficientes e irreales, o se declaran insolventes y desocupados como una forma de castigar a la madre de sus hijos, pero a sabiendas de que castigan también a sus propios hijos.

El efecto del castigo del padre, una lectura psicoanalítica

El ser objeto que causa el deseo en el Otro, es un momento necesario y constitutivo de la subjetividad, sobre todo del neurótico. Después el niño se corre de ese lugar, tomando su cuerpo como si fuera un objeto. Aquí aparece el onanismo, que primero puede tomar cualquier zona erógena –la zona oral, por ejemplo, en el placer del movimiento de succión–, luego esta actividad se centra en el pene significado como falo y pasa del lugar de ser el falo de la madre, a tener el falo. Esta actividad que produce placer también genera culpa, porque priva a la madre del falo que él era para ella. Este goce, según Pommier (2015), produce culpa y temor a la pérdida del amor de la madre. Por ello, se despierta la necesidad de castigo y es aquí donde aparece en es-

cena el padre como fustigador, siendo sus golpes los que alivian la culpa de la masturbación.

Estos golpes no tienen que ser concretos; pueden surgir de la imposición de las normas, pues cada vez que un niño llora porque se le prohíbe algo, está recibiendo uno de esos golpes.

Pommier (2015, p. 115) sostiene: “De todo ello se desprende el engranaje articulado de los fantasmas fundamentales: el niño golpeado, el fantasma de seducción y el fantasma parricida. (...) Las tres fantasías están asociadas entre sí”. Cabe aclarar que al final de este circuito de fantasmas, el autor agrega la culpa y luego se reinicia nuevamente el circuito con el niño golpeado.

A veces los golpes son reales y aquí el castigo es vivido como la consecuencia de haber cometido una falta mayor, relacionada con el incesto.

Como ya afirmaba Freud (1919/1986) en “Pegan a un niño”, esta acción correctiva y fustigadora de parte del padre causa excitación en el hijo, generando el fantasma de seducción del padre, quien a través de sus palizas produce la erección del niño e instaura una corriente masoquista.

Esta violencia padecida por el niño de parte del padre, aunque sea erotizante, hace surgir las ansias de venganza, lo que pone en emergencia el fantasma parricida: matar y castrar a ese padre incestuoso, denuncia que sus golpes lo excitaban y lo seducían; por eso, hay que matarlo.

Este padre seductor divide al sujeto entre pasivo y activo, provocando una tensión entre lo masculino y lo femenino.

El varón trata de afirmar su virilidad reaccionando contra la seducción paterna y esto lo hace intentando seducir a una mujer, es decir, realizando en forma activa lo que él vivió en forma pasiva. “Lo pasivo o lo activo de la pulsión (autoerótica) transita de serlo a tenerlo, que luego se subjetiviza en la relación hombre/mujer” (Pommier, 2015, p. 115).

De esta manera vemos que el varón busca repetir –en forma activa con una mujer– lo que él vivió en forma pasiva con su padre. “Un hombre amará a una mujer que se asemeje al personaje femenino que él fue para su propio padre (...). Un hombre amará a una mujer solo en la medida en que, tomando un atributo del padre, se muestre virilizada” (Pommier, 1995, p. 177).

A partir de esta aseveración se puede pensar que el varón heterosexual elige a una mujer que posea un rasgo de su padre. En consecuencia, la elección va más allá de la clásica fórmula edípica, que sostiene que el varón opta por una mujer que responda al modelo de su madre.

Pommier plantea, además, que el erotismo masculino se caracteriza por la bisexualidad, en tanto es un momento genético inevitable de la sexualidad masculina causada por el amor al padre y que se relaciona con el polimorfismo perverso. “Amado será el hombre, aunque la mujer pueda provocar el deseo” (Pommier, 1995, p. 178).

De esta manera el autor plantea que un varón solo llegará a la heterosexualidad si pasa primero, como camino obligado, por la homosexualidad ya que inicialmente estará fijado en el amor al padre; luego, es necesario que el hijo perciba que el padre goza de su madre, constituyendo la causa del deseo del padre y recién después, podrá recibir las insignias de virilidad que lo harán imitar al padre. Se advierte, entonces, que la heterosexualidad es un proceso más complejo en el varón que en la mujer.

La mirada del padre y su incidencia en la masculinidad del hijo y la feminidad de la hija

Para ambos sexos el haber sido seducido por el padre, acarrea consecuencias distintas; pero tienen en común que ambos quieran luego seducir a otros.

Respecto a la masculinización del hijo, se ha observado que es necesario pasar indefectiblemente por la seducción del padre, donde se inscribe primero el fantasma del niño golpeado, fustigado por el padre, que produce un masoquismo excitante y homoerótico que es efecto de la seducción paterna; luego, aparecen las ansias de matarlo, fantasma parricida que surge no solo porque el padre es su rival en relación con la madre, sino porque primero fue objeto pasivo de su seducción; finalmente, aparece la culpa y se renueva el circuito.

Todo este arduo proceso constituye la ambivalencia amor-odio que los varones manifiestan hacia su padre. En la conciencia se observa la alternancia entre el amor, admiración e idealización y momentos de odio, crítica despia-

dada y desprecio hacia ese mismo padre al que en otras ocasiones mostró un respeto venerable.

Probablemente sería beneficioso que un padre pudiese tolerar que este proceso se desplegara, sabiendo esperar, siendo cauteloso y prudente, controlando sus reacciones frente a las insolencias de su hijo –lo que implica que le ponga límites y que se los ponga a sí mismo–, aportando además una mirada posibilitadora sobre él, para que se vaya actualizando la potencialidad viril que hay en su hijo.

Al mismo tiempo, el padre tiene que tramitar la envidia que su hijo le despierta, que suele estar velada bajo el manto de su orgullo narcisista (“de tal palo, tal astilla”). Con frecuencia los padres envidian en sus hijos principalmente su juventud, su inteligencia, su cuerpo –muchas veces más espléndido y saludable que el suyo cuando era joven–; también, su sensualidad, su sexualidad impetuosa, atrevida y vigorosa, frente a la pérdida de su potencia y de su apetito sexual. Se trata, entonces, de otra ambivalencia: del padre hacia su hijo. En este sentido, “(...) el modo como el padre ponga en juego su propia falta contribuirá a tejer la trama del destino del sujeto” (Fryd, 2007, p. 92).

Esta afirmación de Fryd nos remite a reflexionar sobre la importancia del padre como operador psíquico, en tanto se presente como no-todo, como sujeto deseante, que tiene una causa que encausa su deseo; lo que va a posibilitar una constitución subjetiva deseante en el hijo y en la hija.

Sabemos que el padre despierta en el hijo esos fantasmas masoquistas, de seducción erótica, parricidas y sentimientos de culpa. Si les sumamos la función paterna de implementar la ley del incesto –diciéndole al hijo: “no te acostarás con tu madre” y a la madre: “no reintegrarás tu producto” y a sí mismo: “no retendrás a tu hijo para ti”, que se relaciona con ese efecto seductor y de dominación que ejerció sobre su hijo–, vemos que es muy difícil como padre no fallar en alguno de estos aspectos. Dichas fallas suelen tener sus consecuencias en la virilidad del hijo: “Si hay un cambio en la virilidad, este cambio será correlativo a la falla, a la debilidad de la función paterna, donde el padre no se ubica con su diferencia” (Fryd, 2007, p. 97).

Estos cambios en la virilidad del hijo puede ser variados: varones que necesitan afianzar su virilidad ejerciendo violencia y dominación sobre las mujeres –a veces mediante una conducta hipersexual compulsiva con diferentes

mujeres–; otros que muestran síntomas de impotencia en sus diversas presentaciones; los hay timoratos, sometidos y con compulsión al fracaso, que parecen haber quedado fijados en el masoquismo, sujetos crónicamente golpeados por las distintas circunstancias de la vida: mujeres infieles o violentas, hijos crueles o indiferentes, jefes tiranos y despiadados, compañeros de trabajo hostiles y descalificantes.

Otros efectos de la posición paterna pueden observarse en la bisexualidad y en la homosexualidad transitoria o permanente de algunos varones, las que –sin ser consideradas patologías– manifiestan su particularidad, como todas las formas de masculinidad que deben ser atendidas en el caso por caso.

El padre también tiene su incidencia en la hija, en la medida en que la mirada del padre es la que feminiza a la hija en tanto mujer, pues ejerce sobre ella ese efecto seductor intrínseco al lugar paterno.

Una mirada seductora del padre que promueve los encantos de su niña produce en ella un efecto fascinante por lo que se volverá hiperfemenina y seductora; ello se refuerza cuando el padre se muestra celoso de cualquier joven que se le acerca, como si su hija fuese su mujer. Es que, en realidad, es “su mujer”, la mujer que hay en él, su feminidad inconscientemente reprimida que se encarnó narcisísticamente en su hija. No obstante, cabe aclarar que también se juegan los deseos incestuosos hacia ella.

Esto tiene un costo para la hija, pues dirá Pommier (2015) que la niña que sigue siendo la mujer del padre, nunca podrá ser la mujer de otro hombre:

El exceso de feminización de una “mujer toda mujer” la lanzaría a una pasividad completa respecto del padre y la joya marcada por esta ultra feminidad es la frigidez siempre próxima al suicidio (...). Esta feminidad total fascina al mismo tiempo que provoca rechazo en diferentes grados (Pommier, 2015, p. 93).

Suele acontecer también que el padre no mire a la hija o le sea indiferente; entonces, la niña perderá el interés de elaborar su femineidad y puede tomar el camino de la virilización. Dicho camino, en algunos casos, puede llevarla al lesbianismo si la madre la sedujo en lugar del padre; en otros, seguirá siendo heterosexual pero andrógina y masculinizada a condición de que elija varones feminizados. “De tal suerte que lo excitante de la relación llega a ser probar

cuál de los dos amantes es el hombre y esto constituye una solución a las angustias de la bisexualidad” (Pommier, 2015, pp. 116-117).

Están también esas hijas que, sin ser hiperfemeninas, permanecen enamoradas de su padre, incapaces de poder percibir en él un error, ya que siempre tienen una respuesta para justificar a ese padre idolatrado, frente al cual ningún hombre puede competir. Muchas de estas hijas renuncian a su sexualidad, a sus proyectos personales y se transforman en acompañantes y cuidadoras incondicionales de estos padres hasta su última morada, funcionando como verdaderas Antígonas.

De lo expuesto se desprende el peso que tiene la mirada del padre sobre los hijos.

Muchas mujeres y hombres hacen elecciones “terribles” de pareja en cuanto a lo patológico, cargadas de hostilidad, pérdidas e infortunios como una forma inconsciente de castigar al padre. Cabe entonces la pregunta: ¿por qué habría que castigar al padre de ese modo?

Las respuestas pueden ser diversas; por ejemplo: porque no respetaste mi alteridad, solo proyectabas tu narcisismo en mí; porque me abandonaste; porque me exigiste sin considerar mis deseos y mis limitaciones; porque me sobreprotegeste, acentuando mi inseguridad y mis dificultades de adaptación; en definitiva, porque no me diste las herramientas para poder ser y elegir en la vida. Los motivos se sintetizan, entonces, en el hecho de que la paternidad está atravesada por la inconsistencia, que hace que en ocasiones pueda sostenerse, o caerse de esa posición. Esta inconsistencia hace oscilar entre la debilidad, el abandono y el autoritarismo, por un lado y la protección, el afecto y la contención, por el otro.

El deseo de ser padre

Para algunos autores, como Pommier (2015), el deseo de tener un hijo implica el deseo de duplicarse, de “hacerse de” un clon narcisista. A partir del fantasma del parricidio, aparece el deseo de un hijo como una forma de saldar la deuda con el padre al que se le deseó la muerte.

Desde la perspectiva transgeneracional, el hijo viene a intentar pagar una deuda en relación con sus abuelos, ya que el padre intenta purgar el ansia amorosa e incestuosa con respecto a su madre y a su vez, pretende saldar la deuda con ese padre incestuoso que lo erotizó y que, por eso, condenó a muerte. “Creo que hay un punto que sí es transhistórico, lo que Bettelheim llamó ‘los niños del sueño’, y consiste en la idea de que los hijos vienen a reparar las imposibilidades de sus progenitores” (Bleichmar, 2014, p. 133).

En la citación precedente se puede advertir que una de las causas inconscientes que llevan a un hombre a querer tener hijos, es la búsqueda de reparación, pues en el vínculo paterno-filial siempre se produce un daño que afecta a ambos y que se relaciona directamente con la ambivalencia amor-odio, constitutiva de este vínculo, que expresa el deseo parricida por parte del hijo y el deseo filicida por parte del padre, que se suceden de una generación a otra. De ahí la búsqueda del hijo para que repare en el aquí y ahora lo que fue dañado y velado allá y entonces.

Desde esta perspectiva considero que uno de los avatares que tiene que atravesar un varón para acceder a la paternidad, es transitar el duelo del vínculo que tuvo con su padre, de lo que pudo tramitar y de lo que quedó como resto, a veces inaccesible –al que quizás pueda tener algún acercamiento al abordarlo en un análisis personal–.

En algún lugar el fantasma omnipotente de la procreación, o de la crianza de los hijos, que tiene que ver con tener hijos para librarlos de los males que padecemos y no hay nadie que no críe a los hijos (...) tratando de no hacer las barbaridades que hicieron las generaciones anteriores. Haciendo otras, no importa, pero tratando de no hacer aquellas cosas que hicieron con él (Bleichmar, 2014, p. 133).

En esta afirmación de Silvia Bleichmar, se manifiesta nuevamente una ilusión reparadora, que busca subsanar las heridas sufridas en aquella relación paterno-filial; de esta forma, el sujeto en posición de padre, tratará de evitarle al hijo los sufrimientos que experimentó en su historia con sus propios padres.

Sin embargo, en otras ocasiones, la compulsión a la repetición insiste y ésta lo lleva al padre –por acción u omisión– a la repetición. Recordemos que desde el psicoanálisis se sostiene que se repite lo que no se elabora; de ahí la importancia de que cada padre se interpele a sí mismo cada tanto: ¿Qué estoy

haciendo con mi hijo? Pregunta que actuará como un regulador del vínculo padre-hijo y que se multiplica en otras preguntas ¿Qué estoy haciendo como padre?, ¿qué pretendo de mis hijos?, ¿qué quiero transmitirles?, ¿por qué actúe de esta manera?

De esto se desprende que el lugar y función del padre, sea quien fuese el adulto responsable que la ejerza, funciona como regulador del goce, en tanto proveedor no solo económico ni afectivo, sino proveedor de “normas” que, aunque estén sujetas a revisión, tienen que ser sostenidas con consistencia, siendo ésta posición la que en muchos casos permite acotar las compulsiones en el hijo, que se le presentan como imperativos de un goce autodestructivo del que le cuesta salir.

Considero que “responsabilidad paterna” se da cuando un sujeto que pretende sostener su lugar de padre se hace responsable, en tanto sus actos tienen consecuencias directas o indirectas sobre sus hijos. Esta necesidad de “responder responsablemente” va más allá de la moral y las buenas costumbres, pues se trata de una implicación ética que lejos está de ser kantiana, pues sabemos que el lugar del padre no es un trono firme y seguro, sino que está impregnado de caídas y recuperos.

¿Qué envidia el varón?

Freud, en “Análisis terminable e interminable” (1937-39/1986), plantea que el obstáculo para la cura es lo que él llama la roca viva, que sería el temor a la castración en el hombre y la envidia del pene en la mujer.

Las teorías de género cuestionan esta posición por considerarla propia de una masculinidad hegemónica falocéntrica, heteronormativa, homofóbica, dominante, violenta y competitiva, derivada del patriarcado, desde donde se sostiene que la envidia del pene es muchas veces más visible en los varones que en las mujeres.

Son los hombres los que envidian y desean el pene de otro hombre en tanto falo, lo puesto en valor, pero no de cualquiera, solo de aquel que detenta las características de la masculinidad hegemónica, fálico-narcisista, centrada en el poder y el control.

Por lo general, en el varón tiene mucho peso la pulsión escópica, pues el hombre mira el pene de otro hombre, la mirada es la brújula del deseo, metaforizada y desplazada en el brillo fálico que detentan algunos varones, que se muestran con mujeres bellas, exitosos profesionalmente o en el área deportiva, ostentosos de sus recursos económicos, consistentes intelectualmente y que, además, ocupan lugares de poder; por eso, son envidiados.

Es importante destacar que estos varones envidiados son solamente meros representantes del padre, aquel que según Pommier (2015) erogenizó y sedujo el cuerpo del niño, como parte del proceso de masculinización; el hijo espera, entonces, que el padre le entregue las insignias, los dones, que lo hagan un varón “dotado” para poder brillar fálicamente en el mercado de los sexos.

Ahora bien, este proceso de masculinización es siempre inacabado; por ello, el hijo se siente frustrado por este padre, emergiendo el fantasma parricida y la consecuente culpa que genera, hasta que, con los años, en el mejor de los casos, se dé cuenta de que, si el padre no da, no es porque no quiere, sino porque no tiene o porque no sabe ni puede, es decir que el hijo pueda ir aceptando la castración y la inconsistencia del Otro encarnado en su padre.

Así como la teoría psicoanalítica habla de la envidia del pene en la niña, refiere también a la envidia de los varones de la capacidad femenina de embarazo, parto y lactancia. Freud (1911/1986) lo menciona en el caso Schreber; pero allí se trata de una psicosis.

Meler (2009) señala que Melanie Klein, Emilce Dio Bleichmar y Nancy Chodorow, sostienen que el niño debe realizar un duelo por no poder ser madre, proceso que acaece a través de la sublimación y el deseo de penetrar y explorar el cuerpo materno, que daría lugar a la pulsión epistemofílica con fines útiles para la sociedad.

Es interesante observar que muchos hombres experimentan el síndrome de Couvade, que significa incubar, síndrome descrito por el Dr. Arthur Brennan (cfr. Brennan et al., 2007) que localiza en los países desarrollados. Señala que un 80% de los varones, cuando sus esposas están embarazadas, manifiestan síntomas de embarazo empático, que consisten en aumentar de peso, tener mareos, náuseas y vómitos.

Considero que la descripción precedente es compatible con un síntoma histérico, producto de una identificación con la mujer embarazada, efecto de un fantasma inconsciente de índole bisexual; equivaldría a preguntarse: ¿Por qué ella puede estar embarazada y yo no?

Desde mi perspectiva, sostengo que otro de los avatares que debe atravesar el sujeto para ser padre es elaborar el duelo de no poder engendrar en su cuerpo un hijo, ni engendrarse a sí mismo (ello lo hace “no-todo”), lo que trae como consecuencia lógica reconocer una alteridad: que está en este mundo gracias a otros, sus padres, y que para reproducirse necesita de otro cuerpo y que ese cuerpo es de una mujer, que causó su deseo.

Como mencioné las nuevas formas de procreación –ovodonación, criopreservación, subrogación, etc.–, a las que ya hiciéramos referencia, pueden aparecer como intentos renegatorios de esta imposibilidad estructural de los varones. Estrategia a veces perversa que cosifica a los actores en cuestión, pues tejidos, células, alquiler de vientre y material genético circulan como partes necesarias, con valor de mercancía, para que la ciencia médica reproductiva responda a la demanda del varón que dice: “Quiero un hijo sin tener relaciones sexuales con una mujer”. Esta ilusión se ve aún más reforzada cuando algunos hombres expresan el ferviente deseo de tener un hijo varón.

El padre soltero

Muchos varones son discriminados cuando deciden tener hijos solos, por ovodonación, alquiler de vientre o adopción. Cada vez son más los casos de varones que optan por esta configuración familiar denominada monoparentalidad.

Los prejuicios y críticas que se manifiestan en nuestra cultura hacia este tipo de paternidad, tienen que ver con que, en el imaginario social, la crianza de los hijos por parte de la madre es concebida como “natural”, no así por parte del varón. Como se sabe, no hay nada de natural en la filiación, pues no hay instinto materno ni paterno en que basarse.

¿Qué sucede con esos varones que quieren ser padres sin pasar por el encuentro sexual con una mujer, sin pagar el alto costo -para algunos- de enfrentarse al deseo y al goce femenino?

Algunos viven una clara posición homosexual y no quieren verse privados de la experiencia de tener un hijo. Otros son heterosexuales, pero tienen serias dificultades para sostener un vínculo gratificante y estable con una mujer. Aquí la ciencia, con las nuevas formas de procreación, aporta una respuesta a varones solteros homo o heterosexuales que quieren ser padres y les asiste el derecho a serlo.

Al respecto, caben dos preguntas: ¿Por qué estos varones toman la decisión de ser padres solos? Y, ¿por qué no acceder a esta posibilidad, si es su derecho?

Considero que el deseo del hombre de tener un hijo, está estrechamente asociado a la necesidad de afianzar su masculinidad, su narcisismo, su fertilidad, su potencia sexual, su necesidad de trascender, de reparar inconscientemente lo que fue dañado allá y entonces en su propia experiencia como hijo, de paliar su soledad y de no sentirse excluido socialmente de la posibilidad de ser padre.

En relación con el por qué no acceder a esta posibilidad si estos hombres son sujetos de derecho y como tales, tendrían derecho a ser padres, dado que en la actualidad ello no está claramente regulado (cfr. Fernández, 2015), los que pueden buscar respuesta en otros países.

En esta problemática, la premisa indiscutible es “el bien superior del niño”: un niño necesita ser amado y cuidado, lo que puede hacer un padre soltero. No obstante, es importante acercarnos a las motivaciones inconscientes que llevan a un varón a tener un hijo solo y su grado de salud mental, análisis igualmente válido para los casos de adopciones hetero u homosexuales o de hijos biológicos de parejas heterosexuales.

Recordemos que un padre es un sujeto, que realiza el acto en posición de amo, de tomar a ese niño, nombrarlo y reconocerlo como su hijo, comenzando a entamar un tejido simbólico, basado en el amor, el cuidado y el respeto por la alteridad de ese hijo.

Ello es posible cuando el padre puede cumplir su función y está atento al acecho de un fantasma filicida, lo que logra haciendo una renuncia pulsional, evitando tomar a ese hijo como objeto de goce, como un fetiche cosificado, que viene a “taponar” su soledad y a darle un sentido a su vida.

Cuando un padre puede tramitar esos cuestionamientos, cualquiera sea su género, su orientación sexual o su estado civil, se preserva la dignidad subjetiva del hijo.

Desde el psicoanálisis se sostuvo que la función del padre es la de realizar un “corte” entre la madre y el hijo, para que este no quede fijado en el lugar del falo de la madre. Sin embargo, es importante tener en cuenta que este corte también lo debe realizar el padre en su vínculo con su hijo, posibilitando de esta manera una subjetividad autónoma, con mayores grados de libertad. Se instala por esta vía una singularidad que le da características específicas al vínculo que se va desarrollando entre ese padre y ese hijo, que será cualitativamente distinto del que pudiera establecer con otro hijo o hija.

Para terminar este apartado, tomaré las palabras de una de las pacientes pioneras del psicoanálisis, Ana O: “Si hubiera justicia en este mundo, esa sería que las mujeres hicieran las leyes y los hombres trajeran los niños al mundo” (Berta Pappenheim, Frankfurt, 1922, en Foulkes, 1993, p. 25).

El padre es no-todo

1. El hombre, en cuanto padre, tiene que dar prueba, en un momento dado, de que posee cabalmente aquello de lo que todo hombre está desprovisto.
2. El padre, en cuanto hombre, nunca puede aportar otra prueba que dar aquello de lo que está desprovisto. (Dor, 2004, p. 32).

Este objeto del que se está desprovisto, en cuanto se lo cree tener y por lo tanto se teme perder, es el falo, considerado el significante de la falta y, por ende, del deseo, pues en la realidad nadie lo tiene ni lo es.

Esta afirmación del padre no-todo, es derivada de la lógica de la sexuación de Lacan, en la que el “no-todo” está del lado femenino y puede ser pensado

también del lado masculino, pues allí solo uno le dice “no” a la castración. Y es el padre de la horda primitiva.

El padre no-todo, permite diversas posibilidades de lectura:

El padre es no-todo padre, ya que a veces puede funcionar como la madre del niño, como hermano, como abuelo o como hijo de su hijo.

En el primer caso encontramos a esos padres “maternizados”, no porque realicen tareas domésticas, sino porque suelen tener marcadas dificultades para poner límites al deseo materno, a mujeres omnipotentes y fálicas a las que admiran o temen, pero terminan sometiéndose como un hijo más. Es aquí donde el padre aparece como hermano de su hijo, en una situación de simetría y en ocasiones de rivalidad fraterna, luchando por obtener un lugar de privilegio frente a la mirada de esa madre todopoderosa.

Otras veces, padres significativamente mayores que sus esposas –algunos solterones crónicos que se emparejaron tarde u hombres que vienen de segundas o terceras nupcias– de pronto se encuentran con hijos pequeños que podrían ser sus nietos o, inclusive, tienen nietos de similar edad. Estos padres mayores funcionan muchas veces como abuelitos de sus hijos: a veces dándoles todos los gustos, sin poder decirles “no”; otras veces mostrándose viejos y cansados, sin mucha energía para seguirle el ritmo a esos pequeños revoltosos.

También conocemos los padres que funcionan como hijos de sus hijos, hombres débiles y timoratos que, así como se someten a su mujer, se someten a este hijo que muchas veces funciona como un déspota tirano.

- El padre es no-todo varón, pues siempre tiene un costado femenino, que suele ocultar detrás de una posición patriarcal, machista y autoritaria. Dicho costado con frecuencia aparece a través de arrebatos femeninos, posiciones seductoras desde donde busca llamar la atención, ataques histéricos y representaciones escénicas innecesarias. Cabe recordar que el padre en tanto varón, ha tenido que tramitar su masculinidad atravesando la femineidad que es intrínseca a este proceso.

Esta feminidad puede aflorar en manifestaciones positivas, como la empatía con su hija, la calidez y la ternura con su hijo, la transmi-

sión de la valoración de lo estético y el cuidado de la imagen y del propio cuerpo, tan asociados en nuestra cultura al género femenino, aunque esta postura ha ido cambiando.

- El padre es no-todo adulto, porque muchas veces funciona como un niño, caprichoso, berrincher, inseguro y dependiente afectivamente, rompiendo la diferencia generacional con su hijo. Hay padres que presentan el síndrome de “Don Fulgencio, el hombre que no tuvo infancia”, el que, si bien muestra un aspecto positivo, porque torna lúdico y divertido el vínculo con su hijo, otras veces presenta una faceta paterna cargada de inmadurez, ingenuidad e inconsistencia, que no es lo que un hijo demanda de un padre. Además, cabe recordar que para Freud en el adulto siempre quedan vestigios del niño perverso polimorfo que fue.
- El padre es no-todo racional, ya que suele reaccionar con impulsividad, inadecuación y con conductas descontextualizadas, de las que emana una emocionalidad discordante, que manifiesta fallas en su lógica, que deja a su hijo en un estado de cierta vulnerabilidad y desconcierto, pues no sabe cómo puede reaccionar este padre impredecible.

La contrapartida positiva de esta posición no racional, es que muestra un padre desestructurado, que se habilita a sí mismo y habilita a su hijo a sentir y a expresar sus sentimientos y emociones, pero en contacto con la realidad, inaugurando un espacio de contención mutua, donde no solo el padre contiene al hijo pues, muchas veces, los padres necesitan ser contenidos por sus hijos.

- El padre es no-todo sano, dado que evidencia en diferentes áreas de su subjetividad algo de lo enfermo, física o psíquicamente, que impacta fuertemente en la subjetividad de sus hijos, pues lo muestra vulnerable y necesitado. Muchos hijos toman una postura negadora de esta situación, porque necesitan albergar en su interior esa imagen paterna todopoderosa.
- El padre es no-todo exitoso, aun aquellos padres que se esfuerzan celosamente por sostener una posición encumbrada de poder y brillo fálico, se muestran fracasados, impotentes e ineficaces para resolver, con solvencia, situaciones cotidianas que lo atañen y

quedan expuestos frente a su hijo, como carentes de recursos adaptativos ante las diferentes circunstancias.

- El padre es no-todo sapiente, pues no son raras las veces en que este padre aparece sin respuestas frente a las preguntas de su hijo o con respuestas bizarras o erróneas. Sabemos desde el psicoanálisis que, si hay algo que ama el neurótico es el saber y desde pequeño necesita depositar en un otro ese saber, y qué mejor que la figura de un padre para encarnarlo. Este proceso de idealización marca el camino del amor del hijo hacia el padre, pero –como el padre carece de un saber absoluto– sobreviene la desilusión y en ocasiones el odio y la descalificación, porque se siente defraudado. Lacan señala que “(...) el verdadero sentido de la paternidad implica un no-saber acerca de la naturaleza de la generación, es decir, acerca de la relación paterno-filial” (Lacan, 1973, Sem.11, p.224).
- El padre es no-todo deseo, un padre deseante está atravesado por la falta, que es la que instaura el espacio para la búsqueda, poniendo en movimiento el deseo. Esta versión del padre es la que estimula que el hijo sea un sujeto deseante, si el padre lo habilita para ello. Pero, en todo padre hay un costado oscuro relacionado con el goce perverso, que hace de este padre en ocasiones un ser siniestro, que toma a sus hijos como objetos o meros instrumentos, despojándolos de su subjetividad deseante. Este es el costado perverso del padre, caracterizado por el narcisismo tanático, que le impide respetar la alteridad y dignidad subjetiva de su hijo.

El varón, cuando es padre, en ocasiones suele actualizar lo peor, lo ominoso (Freud, 1919, vol. XVII), lo que conforma lo familiar inquietante, que se traduce en los aspectos sádicos, eróticos y masoquistas, que fueron reprimidos en la relación con su propio padre y que se actualizan en el vínculo con su hijo varón, donde se manifiestan mociones homosexuales reprimidas, pues se corporiza imaginariamente el clon narcisista, presentificando la seductora imagen del niño perverso polimorfo que él mismo fue.

Como defensa de esta situación, puede aparecer el costado sádico del padre que, con una actitud de exigencia y la imposición de lí-

mites correctivos, encubre el maltrato físico y psicológico que muchas veces bastardea la subjetividad del hijo.

En relación con su hija mujer rechaza y agrede en ella sus pulsiones incestuosas y sus aspectos femeninos no aceptados en él y también proyecta en ella lo no tramitado con otras mujeres significativas en su historia –lo vivido con su madre, abuela, hermanas y esposa–. De esta manera, esa pequeña Antígona carga sobre sus hombros la “mochila” de su padre, generándose así un vínculo sufriente comandado por el goce de cada uno, pues se trata de un goce intransferible e incognoscible.

- El padre es no-todo Amo, amo en tanto padre idealizado, un ser sublime y superior caracterizado por la capacidad de poner y sostener los límites a sus hijos, esposa y a sí mismo. No obstante, en la dialéctica hegeliana aparece el esclavo, posición que también a veces ocupa el padre. Aquí el padre le muestra al hijo que es esclavo: de la avaricia, del trabajo, de una ideología religiosa, científica o política a la que adhiere en forma irracional y dogmática sin posibilidades de cuestionamiento. También puede mostrarse esclavo oral: del cigarrillo, del alcohol, de la comida y de las drogas. Esclavo de la promiscuidad sexual, del juego compulsivo o de un deporte de riesgo.

El padre es no-todo, pero a su vez es un poco de todo esto. Teniendo en cuenta que en el inconsciente no existe el “no”, el padre para el hijo es todo, pues es un padre idealizado; por eso, el odio y el autocastigo como una forma de castigar al padre, cuando se muestra castrado, impotente y sin respuestas. Esto es, la paternidad está signada por la “inconsistencia” que es más difícil de tolerar que la castración del padre, según queda de manifiesto en la siguiente afirmación de Fischman y Hartmann (1995, p. 68):

(...) la inconsistencia, que es aquello que hay de radical en la barra sobre la A mayúscula, enfrenta al sujeto a una soledad de difícil consuelo; el Otro no puede dar cuenta de todo lo que dice o hace, porque, incluso, puede ser que ni sepa qué, y cómo, lo dijo e hizo.

Las carencias paternas

El desarrollo precedente revela que ese padre-no todo es un padre en falta, un padre carente, incompleto, pero de cuya carencia en sí difícilmente podremos dar cuenta. “En lo que se refiere a la carencia del padre, quisiera simplemente hacerles observar que nunca se sabe de qué carece el padre” (Lacan, 1957 -58/1999 Sem. 5, p.172). Esta una de las aristas de lo real del padre, lo imposible de saber, un saber que se hace inaccesible al hijo pero que tiene incidencia en su subjetividad.

Por ello, muchos hijos “tapan” de diferentes modos esta carencia paterna: la niegan, interponen un velo para no ver, idealizan al padre, encarnan esa carencia, esa falta en sí mismos a modo del histérico que se identifica con ese padre carente e impotente para seguir sosteniéndolo -en algún lugar- como todopoderoso y completo.

Otra forma de velar la carencia en el padre es la agresión abierta o asolapada, con críticas lapidarias o subestimaciones que van de la ironía a la indiferencia, pasando muchas veces por la agresión física que, además de expresar un franco deseo parricida, es una forma de castigar a un padre castrado, manifestando de esta manera su férrea resistencia a aceptar que el padre es carente.

Respecto de la normalidad del padre, Freud (1905/1976 vol. VII, p. 204) afirmaba: “Los padres neuróticos tienen caminos más directos que el de la herencia para transferir su perturbación a los hijos”.

Si se parte de la premisa que no existe la normalidad y, por lo tanto, tampoco existen padres normales, queda claro que los padres pueden tener, en distintos momentos, y bajo diferentes circunstancias, funcionamientos neuróticos, psicóticos y perversos, más allá de su estructura psíquica, que impactan de particular modo en cada hijo y en cada momento de su vida.

De esta manera, cada hijo-hija va a formarse un registro distinto de una misma conducta del padre, que hace referencia a cómo irrumpen e impactan en el psiquismo de cada uno estas carencias paternas, dejando huellas diversas: en algunos quedan como heridas crueles abiertas y sangrantes que permanecen doliendo a lo largo de la historia; en otros hijos, estas huellas podrán ser resignificadas y capitalizadas como material constructivo de su masculinidad siempre y cuando se pueda aceptar lo que Lacan llama la castración del Otro,

que encarna el padre y la inconsistencia del mismo. “El padre, el Nombre del Padre, sostiene la estructura del deseo junto con la de la ley –pero la herencia del padre, Kierkegaard nos la designa: es su pecado” (Lacan, 1964/1995 Seminario 11, p. 42).

Se puede concluir, entonces, que es imposible que el padre no transmita “algo de su pecado” a su hijo; siempre hay una herencia psíquica. Lo importante es que este hijo pueda cuestionarse qué le fue transmitido a modo de marca paterna, con la que tendrá que luchar para evitar repetir, o que tomará como insignia identificatoria (que le delegó el padre) puesta en valor, para apostar con estos recursos simbólicos a elegir e inventar, no sin tropiezos, a modo de ensayo y error una nueva forma de ser varón y padre.

El amor del padre y el amor hacia el padre

El amor de los padres no siempre está presente y cuando está, puede darse en diversos grados:

1. Los padres pueden no amar a su hijo/a y demostrárselo.
2. Los padres pueden no amar a su hijo/a y ocultárselo.
3. Los padres pueden amar a su hijo/a, pero no darle señales de ese amor, que sería, por ejemplo, hacerle pequeños regalos y, sobre todo, dirigirlle palabras cariñosas que declaren ese amor (los regalos a veces intentan reemplazar la palabra, con lo que se recae en el caso 2).
4. En un grado superior, los padres pueden amar a su hijo/a y mostrarle signos de ese amor.
5. También pueden amarlo, mostrarle signos de amor, pero impedir el contraamor, prohibiendo las actividades fuera de la familia.
6. Por último, pueden amarlo, mostrarle signos de amor y autorizar la acción exogámica (el paraíso).

En función de estas seis posibilidades, se produce una fijación más o menos intensa en la estructura, vale decir, una inhibición mayor o menor de la acción (Pommier, 2015, p. 195).

Considero significativa la referencia que hace a Fromm (2014) al señalar que el amor paterno significa el aprendizaje del camino al mundo, la conquista de lo que está más allá, representa la ley, el orden y las cosas hechas por el hombre. A diferencia del amor materno que se considera incondicional, el amor paterno es condicional, depende de los méritos del hijo; la ventaja es que se puede hacer algo para conseguirlo (al amor del padre hay que conquistarlo), lo negativo es que no se cuenta con garantías, puede perderse o no ganarse nunca. A partir de esto es que puedo considerar que el amor del padre es reusable, aunque es posible observar que el amor de la madre también puede ser reusable, pues el manto de incondicionalidad que recae sobre ella tiene que ver con un imaginario social.

El amor del padre es reusable, condicional en tanto selectivo; es decir, un padre puede amar a un hijo o no amarlo, otras veces puede ofender su don de amor a un hijo y no a otros y ese amor será efectivo solo bajo ciertas condiciones.

A veces, ello marca la diferencia con el amor materno que culturalmente está teñido, por lo general, de un manto de incondicionalidad, si bien es cierto que no se ama a todos los hijos de la misma manera; también una madre puede no amar a su hijo:

Un padre puede amar a un determinado hijo y la madre puede, al mismo tiempo, no amar a ese hijo, (...). El resultado dependerá de una relación de fuerzas y ninguno suple al otro. El amor del padre no sucede al amor de la madre, sino que puede ser o no contemporáneo (Pommier, 2015, p. 197).

Parece ser que un hijo para ser “amable” en tanto digno de ser amado por el padre, deberá cumplir con ciertas condiciones implícitas e inconscientes, que se relacionan con acceder a ser el depositario de ciertos ideales y mandatos paternos, originados en el narcisismo paterno y en la trasmisión y pertenencia a un linaje.

Estos mandatos e ideales narcisísticos conllevan incrustado el malestar de la sexualidad, encubierto a través de las insignias de virilidad, que incluye en muchos casos la hegemonía masculina, el exitismo y la productividad. También transmiten la posición y los puntos oscuros que este padre desarrolló en su vínculo con las mujeres; entre ellas, su propia madre, su hermana o amiga

y la madre de su hijo. Además, comunican las marcas positivas y negativas que se inscribieron en él, como hijo frente a su propio padre, donde aparece el vínculo ambivalente de amor-odio, bajo el cual yacen deseos parricidas y eróticos reprimidos.

Todo eso transmite un padre: pulsión de muerte, bajo la forma de mandatos imperativos que inhiben y paralizan; sus fracasos, que empujan al hijo a circuitos de repetición, de fracasos donde enajena su subjetividad; pero, también, ideales posibilitadores y productores de subjetividad masculina, que le permiten al hijo abrir nuevos caminos por donde realizarse parcialmente como sujeto deseante, abriéndose a la incertidumbre de descubrir nuevas formas de ser varón.

Ahora bien, ser elegido por el amor del padre no es sin consecuencias, como tampoco lo es no ser amado por él.

Algunos hijos no amados por el padre caen en un funcionamiento melancolizado, con compulsión al fracaso y a ser rechazados por los demás ya que se identifican con un resto o un desecho, pudiendo encontrar la muerte en adicciones y otras conductas autodestructivas –le gritan al padre: “Esto es lo que hiciste de mí por no amarme” –.

Otros hijos no amados por el padre asumen una posición desafiante de superación y competencia, llegando a triunfar sobre él y –al matarlo simbólicamente– despliegan ese deseo parricida que fue el motor de esa venganza por su desamor. En estos casos se pueden observar dos destinos posibles: desde esa posición triunfante castigan al padre con el odio, el olvido y la indiferencia o se transforman en cuidadores y proveedores económicos y de atenciones de estos padres abandonicos, pasando a funcionar como el padre de su padre ubicado ahora en el lugar de hijo débil y vulnerable –equivale a decirle: “Yo te voy a enseñar cómo se ama a un hijo” –.

Es importante recalcar que en todas estas -y otras posibilidades- entra en juego, además del amor del padre, la presencia o ausencia del amor de la madre.

En muchos análisis de varones suele aparecer la pregunta: ¿Quién soy para él, ¿qué significado para mi padre? Aquí no hay respuesta y ello es lo intolerable para el neurótico. Tolerar el tránsito por este camino lleno de dudas e incerti-

dumbres es lo que permitirá a un varón llegar a posicionarse como padre de sus hijos, de uno por uno, pues con cada hijo se es padre de diferente manera en cuanto el deseo, que es inconsciente, también es singular y enigmático con cada uno de ellos.

En relación con lo que desean los padres de sus hijos, acuerdo con Silvia Bleichmar (2009) cuando expresa que los hijos siempre son otros; otros en tanto buscan diferenciarse de sus padres y no responden a las expectativas de los mismos en su forma de vivir, en sus elecciones de pareja, de trabajo o de no trabajo; ello los hace dependientes y vulnerables a los ojos de los padres, quienes entonces se preguntan: ¿En qué me equivoqué como padre?

Por otro lado, y en forma equivalente, se podría pensar que para los hijos los padres también somos otros; ya no somos los héroes omnipotentes de su niñez y con los años, nos vamos mostrando cada vez más limitados física o psíquicamente y dependientes afectivamente de ellos. De esta manera vemos como la relación paterno-filial está signada por la insatisfacción y la des-ilusión, de unos y de otros, con la esperanza que en ese vínculo se haya alojado además algo del orden del amor.

Para muchos padres jóvenes los hijos constituyen una carga afectiva y económica, una limitación a su libertad, a sus decisiones, pues se sienten condicionados por estos hijos que trajeron al mundo, producto tal vez de elecciones de pareja equivocadas, teniendo que resignar tiempo y esfuerzo en función de su prole.

Cuando pasan los años la situación se revierte, pues los padres envejecen y con frecuencia constituyen una pesada carga para sus hijos difícil de tolerar, con todo el costo vincular que esto implica. Se invierte la posición activo-pasiva que se planteó, a propósito de subrayar la dependencia del cachorro humano del adulto que lo asiste y sin el cual no podría vivir.

Antes no existían ni las guarderías ni los geriátricos, pues los niños y los viejos eran cuidados dentro del hogar. En una sociedad capitalista donde varones y mujeres tienen que producir y consumir, no hay tiempo para el cuidado de los pasivos: niños pequeños y adultos mayores. Este escenario ya está naturalizado; no obstante, a veces se instala la culpa, que con mayor o menor celeridad es racionalmente erradicada: “Es el lugar adecuado para ellos, están bien cuidados”.

Se podría pensar, entonces, que la familia como institución ya no es el lugar de contención que planteaba Chesterton (en Ayllón, 2011, p. 160): “El lugar donde nacen los niños y mueren los hombres, donde la libertad y el amor florecen, no es una oficina ni un comercio ni una fábrica. Ahí veo yo la importancia de la familia”.

El padre muerto

“La vida de los hijos implica necesariamente la muerte de sus padres (...). En tanto educan a su hijo, los padres preparan su propia muerte humana o histórica y pasan voluntariamente del presente al pasado” (Kojève, 1982, pp. 85-86).

En este párrafo Kojève toma algunos conceptos de Hegel que le permiten mostrar de qué modo el advenimiento de un hijo anticipa la muerte de los padres.

En función de la relación concreta entre el hijo y el padre, Joël Dor, retomando a Freud, da cuenta de la deuda que el hijo tiene para con el padre y que se ve reflejada en la siguiente afirmación: “En relación con esta deuda retrospectiva el padre muerto adquiere un poder mucho mayor del que había poseído en la vida” (Dor, 2004, p. 33).

En muchas ocasiones para el hijo varón la muerte del padre, en el mejor de los casos, lo lleva a comenzar un duelo, proceso a través del cual empieza a revisar su relación con él; a modo de fotografías de lo pasado con su padre, emergen imágenes y recuerdos cargados de afecto, alegrías y angustias.

Estas fotos constituyen “la presencia de una ausencia”, pues muestran la imagen de personajes y situaciones que ya no están, pero en la realidad psíquica del hijo permanecen vigentes y con vida. Es la realidad clínica la que manifiesta que muchos padres, una vez muertos, tienen más presencia en la vida psíquica del hijo que cuando estaban vivos, sobre todo si ese hijo varón ya es padre.

Se actualizan recuerdos gratificantes y traumáticos, también se suele experimentar nostalgia, por lo perdido, auto-reproches, sentimientos de culpa por lo que no hice con él, o por lo que hice mal.

Otras veces se experimenta cierta extrañeza en relación con este padre, porque –aunque convivió con él– siente que nunca lo conoció, o solo conoció una parte de él.

Cuando un sujeto puede enfrentar la muerte del padre, se da un paso muy importante: la elección de ser varón y ser padre. Enfrentar esa ausencia de garantías y derroteros que implica la presencia de un padre, lleva al hijo varón a masculinizarse y en el futuro a ser padre, pues tendrá incorporada en su subjetividad esa brújula en tanto operador simbólico que es el padre, aunque ya no esté en la realidad.

Ese operador puede fallar, de hecho, siempre falla en algún momento, porque –como se dijo– no existen garantías absolutas en nada ni en nadie; por ende, el hijo frente a las fallas del operador deberá realizar los ajustes necesarios. Por su parte, el padre también tiene su propio GPS que construyó en relación con su propio padre –allá y entonces–, quizás con elementos más rudimentarios, pero no por eso menos eficaces. Entonces, también tendrá que revisarlo cada tanto, sometiéndolo a cuestionamientos y ajustes reparadores para que tenga una funcionalidad adaptativa a la época actual. Cuando este dispositivo no se adapta a la realidad social actual, los padres toman actitudes y expectativas descontextualizadas con respecto a sus hijos, en tanto estos lo perciben como un dinosaurio anquilosado y detenido en el tiempo, relatando reiteradas veces, a modo de reproches y ejemplo moral, sus experiencias como hijo, los sacrificios de su juventud y la historia con su propio padre, que ya nadie quiere escuchar.

Si tomamos el artículo de Freud (1937/1976) “Construcciones en el análisis”, se observa que allí el maestro menciona que la tarea del analista debe ser la de un arqueólogo: “A partir de unos restos de muros que han quedado en pie levanta las paredes (...). A partir de unos restos ruinosos restablece los que otrora fueron adornos y pinturas murales” (Freud, 1937/1976, vol. XXIII, p. 261).

De la misma manera sostengo que todo hijo, aun aquel que no conoció a su padre, necesita realizar el “acto” de construir, reconstruir o inventar en su psiquismo un padre, a veces buscando padres sustitutos: “Solo es acto el del hombre” (Lacan, 1964/1995, Sem. 11, p. 58). Este acto de construir o inventar un padre, lo realiza revisando y actualizando algunos recuerdos, experien-

cias, imágenes o dichos familiares que le llegan y se inscriben en él, que le posibilitan resignificar lo vivido; es decir, darle un nuevo sentido, perdonarlo y perdonarse, aceptarlo y aceptarse para recrear ese referente –que oficia de muro y apoyatura simbólica, imaginaria y real– que incide en la constitución de la subjetividad masculina y en la asunción de la paternidad.

Cada varón necesita ejercer el acto de construir un padre cuando se siente interpelado por una demanda de su hijo, o una conducta preocupante que este presenta; es ahí donde el padre tiene que inventarse así mismo, esta invención va de la mano de la capacidad de autocuestionamiento, en la que pueda preguntarse sobre su posición como padre, sobre sus presencias, sus ausencias y sus incidencias sobre la subjetividad de su hijo/a, interrogantes que actuarán como reguladores del vínculo padre-hijo.

De lo expuesto se desprende que el padre de la horda primitiva, ese padre del goce terrible, omnipotente y tirano, tiene que morir simbólicamente en cada sujeto que pretenda devenir varón y padre.

IV. Homoparentalidad

“Lo más importante no es lo homoparental o lo heteroparental, sino la capacidad de ser padre. Eso es lo que cuenta, la capacidad de amar al niño, de educarlo para que pueda devenir un sujeto”.

Joyce Mc Dougall
(Rotemberg y Agrest Wainer, 2010 p. 7)

Se trata de una cuestión compleja y muy debatida, pues implica la homosexualidad y las diferentes concepciones que se han elaborado sobre ella a lo largo de la historia: desde su esplendor en la época de Platón con el auge del amor griego, pasando luego por las distintas miradas psicopatológicas que la consideraban una enfermedad, una perversión, la moral victoriana que la condenaba por considerarla una degeneración y desde los discursos religiosos una práctica sexual antinatural, como si hubiese algo de natural en la sexualidad humana, hasta la actualidad con el logro de la regulación legal de estos vínculos, que abre brechas a un reconocimiento social un tanto menos resistente.

Todo esto constituye el tejido simbólico de cada época, que enmarcó y enmarca los temores y prejuicios, que atraviesan el tema de la homosexualidad y por consiguiente, el de la homoparentalidad, por lo que se requiere estar muy atentos a la hora de trabajar con esta temática, sin un entusiasmo proselitista, ni una mirada prejuiciosa y descalificante, pues eso nos alejaría del abordaje ético que la realidad actual merece.

Así como es pertinente hablar de masculinidades y paternidades, este criterio se hace extensivo para hablar de homoparentalidades y de la po-

sición homosexual que lleva implícito este concepto, pues hay distintas homosexualidades.

Desde el punto de vista psicopatológico, podemos referir a homosexuales neuróticos, psicóticos y perversos; el mismo criterio rige para los heterosexuales.

Lo que está puesto en cuestión es el clásico y tradicional par binario: hombre-mujer que se constituye en padre-madre. La sociedad posmoderna, globalizada, ha impuesto nuevas marcas a la constitución de las diferentes familias, puesto que el avance científico-tecnológico, con las nuevas formas de engendramiento, ha producido cambios importantes.

Existe una diversidad de posibilidades en relación con la homoparentalidad, que implican la intervención de un tercero; las distintas opciones pueden ser éstas:

- En una pareja de varones homosexuales, uno de los miembros constituyó anteriormente una familia heterosexual, donde tuvo hijos con una mujer, hijos que en la actualidad pueden convivir o pasar fines de semana con la pareja homosexual del padre.
- Una pareja de mujeres realiza un tratamiento de fertilización con un donante de semen; puede darse la variante de que una de las mujeres aporte el óvulo pero el embarazo transcurra en el cuerpo de la otra.
- Una pareja de mujeres de la cual una aporta el óvulo asociada a una pareja de hombres de la que también uno de ellos aporta el semen.
- Una pareja de hombres en la que la donante del óvulo es la hermana de aquel miembro que no aportó el semen y que, además, es la que lleve adelante el embarazo.
- Una pareja de varones que adopta un niño.
- Un varón homosexual sin pareja que adopta un niño.
- Un varón homosexual sin pareja que realiza un tratamiento de reproducción con una donante de óvulo y el alquiler de vientre de otra.

- Una mujer lesbiana sin pareja que realiza un tratamiento de reproducción con el semen de un donante, proceso en el que interviene su propio cuerpo con su material genético o hace intervenir el cuerpo de otra mujer, con las variantes que esto posibilita.

Como puede observarse las posibilidades son muy variadas, complejizándose el análisis de cada una de ellas de acuerdo con los sujetos intervinientes.

Es importante detenerse aquí, pues no es lo mismo tomar o comprar el material genético de un desconocido que permitir la implicancia de la subjetividad de aquel que interviene en la procreación de un niño, por lo que se involucra en su historia y muchas veces construye un vínculo con él. Ello nos lleva a preguntarnos: Esa criatura, ¿cuántos padres o madres tiene?

Es importante considerar que el vínculo paterno-filial, incluyendo la homoparentalidad, es una relación que se crea, que se va construyendo en el devenir del tiempo, en la que se juegan los tres registros (que desarrollaremos infra): Lo imaginario, lo que cada varón imaginaria de su rol paterno, donde interviene su propia y particular historia con su padre y lo que imaginaria acerca de lo que será su hijo/a en el futuro y cómo lo será.

La relación padre-hijo es básicamente simbólica, ya que se da la transmisión de ideales y significaciones que intervienen en la construcción de la masculinidad, pues el vínculo filial involucra a un varón hetero u homosexual en posición de padre de un niño, quien en dicho vínculo pasa a ocupar el lugar de hijo. Ello implica un respeto por la alteridad del otro y por la diferenciación generacional, al mismo tiempo que da cuenta de una nominación simbólica instituyente y constitutiva de la subjetividad de ese niño, ahora convertido en hijo y de ese adulto varón, ahora convertido en padre.

Cabe aclarar que en este vínculo también está presente el registro de lo real, que es el punto ciego, lo inaccesible de saber, es ese vacío en el que se aloja el deseo y el goce, Eros y Tánatos.

Lo real lleva incrustada la pregunta inconsciente “¿Qué lleva a un varón a querer ser padre?”.

Se puede considerar que, en la paternidad heterosexual, se presenta un goce que se juega en relación con la filiación. Cabría, entonces, la pregunta: ¿Cuál es ese goce del que los homosexuales no quieren quedar afuera?

Con relación a la pareja de hombres homosexuales que desean ser padres, algo del amor al padre se actualiza en esta búsqueda, que no se calma solamente con encontrar un partenaire del mismo sexo. Remite a lo que señala Pommier (2015): reencontrar en otro hombre a ese padre erótico que dejó huellas, signos que tienen que ver con precepciones primitivas reprimidas, como imágenes, olores, sonidos, tono de voz, calor y textura de la piel.

La búsqueda de la homoparentalidad, tal vez, no sea tan distinta de la búsqueda de la paternidad heterosexual, que tendrá que ver con procurar la reparación y con el intento de reencontrarse con ese padre amado, pero ahora desde otro lado: amando a un hijo.

En el caso de varones homosexuales, muchos de ellos en su imaginario desearon ser padres, pero por su condición sexual veían obstaculizada esta posibilidad, por lo que debieron elaborar un duelo sobre la no descendencia, conformándose con ser el “tío solterón”, el “padrino” y de esa manera cumplían las ansias paternas con hijos prestados.

La implementación de la ley del matrimonio igualitario y de la adopción homoparental, junto con los avances científico-tecnológicos, abren un espacio simbólico en el contexto sociocultural donde empezó a alojarse (no sin costo) esta forma de parentalidad.

La homoparentalidad carga con fuertes prejuicios sociales, que señalan que estos padres homosexuales van a pervertir al hijo/a, la clínica como objeto de demuestr que se pervierte a un hijo cuando se lo toma como objeto de goce, entiéndase esto por el abuso sexual, maltrato físico o psicológico, y esto puede pasar en una familia heteroparental como homoparental.

En relación a esto considero que todos los sujetos hemos pasado, en tanto hijos, por ser objetos de goce del Gran Otro encarnado muchas veces en la madre, padre o sustituto; pues cuando Lacan habla de los tres tiempos del Edipo, en el primer tiempo lógico el niño es ubicado como el “falo” de la madre, si bien es un proceso de libidinización y narcización necesaria para que el niño viva, en ese momento está como objeto de goce de la madre y

eso deja una huella psíquica, un lugar cargado de erogenización que tentará al sujeto a volver a ocupar, en algún momento de su vida. La cuestión sería no quedar fijado en ese lugar.

En relación con la homoparentalidad hay un planteo ético que nos interpela, pues hasta qué punto este varón homosexual, quiere un hijo narcisísticamente para sí –que en algunos casos favorecería la fantasía de autoengendramiento– sin que ninguna mujer pueda reclamar la maternidad del niño. La división de partes y funciones de cuerpos femeninos (ovodonación por una mujer y el alquiler de vientre de otra mujer) está regulada a través de un contrato que, por lo general, se realiza en otro país. Previamente, son seleccionadas las características físicas, etnia, color de ojos, antecedentes de enfermedades genéticas y psiquiátricas, algo parecido a un menú a la carta, en el que alguna cosificación de la subjetividad del otro se juega, seguramente con su consentimiento informado y en muchos casos por una retribución económica.

Esto también puede suceder del lado de la mujer que recibe el espermatozoides de un donante seleccionado mediante un catálogo que brindan los especialistas.

A partir de lo expuesto, es que sostengo la importancia de que estos casos de pretendidos padres biológicos o adoptivos, hetero u homosexuales, cuenten con un espacio de análisis psicoanalítico o psicoterapéutico, que les permita profundizar en el anhelo de ser padres. Sabemos por experiencia clínica, que hay poca demanda para la apertura de estas indagaciones; en ocasiones solo vienen a buscar un certificado como un requisito más, pues la premura del mercado los acecha a la adquisición de un niño adoptado, biológico o biotecnológicamente fabricado. Luego, si hay un auténtico deseo, este niño pasará a ocupar el lugar de hijo.

Lo que necesita un niño es el amor de un adulto varón o mujer que lo aloje como objeto de deseo (y no de goce), esto hará de ese niño un hijo de un padre o madre, a través del acto simbólico de filiación posibilitando así el desarrollo psicoafectivo de ese hijo.

De la misma manera se puede pensar que a la paternidad se la ejerce, en tanto función, no se la posee en tanto lugar seguro; también produce verdades que el mismo padre desconoce y produce un orden particular en el psiquismo del hijo, en su género, siempre en interacción con la madre.

Lo que sí puede hacer un padre, es posibilitar en el hijo una subjetividad deseante, que se irá desarrollando a través del tiempo en esa relación dialéctica entre padre e hijo donde ambos se van re-conociendo, es decir, volviéndose a conocer, pues siempre el padre es otro y el hijo también.

Esta irrupción del otro como distinto, en ocasiones es percibida como violenta y despierta violencia, desencadenando una puesta en escena a modo de un ring, donde el goce del padre y del hijo, ponen de manifiesto fantasmas inconscientes de filicidio y de parricidio, que siempre estarán al asecho.

Por ello, considero que un padre debe correrse de ese lugar de saber y poder omnipotente, ubicarse en el lugar de la “Docta ignorancia” y a partir de allí tolerar la incertidumbre que implica la paternidad, la capacidad de asombro frente a las mostraciones de los hijos, algunas sintomáticas que nos provocan angustia, otras aparecen como logros socialmente valorados que nos llenan de orgullo, pero siempre –tanto en unas como en otras– está presente el narcisismo paterno.

Ese narcisismo hace de escollo a la hora de preguntarse: ¿Qué es ser padre para mí? ¿Qué se supone que debe hacer un padre frente a determinada situación con su hijo/a?, respuestas que no yacen escritas en un manual ni se encuentran asistiendo a una escuela para padres.

Algunas respuestas posibles, tentativas y transitorias, podrán construirse en un análisis terminable o interminable de un sujeto que pretende detentar el lugar de padre, pues allí tendrá que revisar su propia novela familiar. ¿Qué padres tuvo? ¿Cuántos padres tuvieron? ¿Cuál fue su posición frente a ellos? ¿Qué marcas le dejaron? Pregunta esta última de particular relevancia porque siempre los padres marcan, por presencia o por ausencia y esto ocurre tanto en padres heterosexuales como homosexuales.

Estas experiencias significativas para cada uno constituyen “la otra escena; esa escena fantasmática que se repite en el aquí y ahora con el hijo. Cierto es que, como en toda repetición nunca se repite lo mismo, siempre está presente la diferencia y es ahí donde debemos apostar para hacer de la paternidad una experiencia inventiva, novedosa y por qué no, reparadora.

Cuando se habla de reparación se hace alusión a restaurar algo dañado; la paternidad no es una experiencia inocua, es imposible no salir en algún punto dañado como hijo y también como padre.

Considero que esta reparación implicaría un proceso de “re-significación”, es decir, darle una nueva significación a lo vivido. De esta manera tendremos un sujeto capaz de aceptar y asumir con responsabilidad su historia.

En relación con la homoparentalidad es importante recordar que la homosexualidad es una de las vicisitudes que hacen a las diferentes masculinidades, siendo la homoparentalidad también una vicisitud más de la paternidad.

Terminaré con una cita de Zabalza (2012, pp. 38-39):

(...) padre antes que nada es un lugar, un intervalo, una pausa, una síncope, un desvío, un quiebre, una escansión, una hiancia, un corte, un no que propicia el deseo y encausa el erotismo, un saber hacer en los bordes, una formación de compromiso allí donde –tal como la detumescencia– porque algo no fue, el amor es convocado.

Considero que un sujeto solo puede ser padre desde el punto de vista ético (que no es el de la moral) en la medida en que pueda, desde su deseo, transmitirle al hijo, un saber hacer con su goce, con su deseo, en definitiva, con la ley del no-todo, que le permita desarrollar una subjetividad responsable.

V. Colofón

La indagación: “Avatares del sujeto en el proceso de devenir varón y padre”, comprendió el análisis de cinco casos de sujetos varones con diversidad sexual que habían estado en análisis.

Previo consentimiento informado, se administraron entrevistas en profundidad con dos disparadores: hablemos de mujeres, y hablemos de paternidad.

Desde la pregunta principal de investigación acerca de los avatares (o sea, vicisitudes, cambios, obstáculos) que tiene que atravesar un sujeto para devenir varón y padre, se implementaron entrevistas cuyos resultados, se confrontaron con la teoría psicoanalítica.

Se destaca que las dimensiones teóricas encontradas en los casos clínicos que, analizados, pueden ser consideradas como aquellos avatares que tiene que atravesar un sujeto para devenir varón y padre. Son las siguientes:

- Masoquismo.
- Cobardía.
- Goce autoeórtico.
- Negación y Fantasma Bisexual.
- Culpa por el fantasma parricida y filicida.

Para poner de manifiesto cada una de las dimensiones enunciadas, se abordó primeramente su conceptualización desde el Psicoanálisis y luego se las ejemplificó con viñetas de cada uno de los casos trabajados.

En relación a la pregunta de investigación: ¿cuáles son los recursos simbólicos con los que debe contar un sujeto para devenir varón y padre?, se desprendieron las siguientes tres dimensiones:

- La capacidad de duelar y de reparar.
- La tramitación de la culpa, efecto del fantasma parricida y del fantasma filicida.
- La capacidad de introspección y de invención.

Dado que la paternidad no está soldada a la masculinidad –podrá compartir algunas dimensiones, pero también tendrá otras– el sujeto deberá contar con otros recursos simbólicos para devenir padre.

De la interpretación de los resultados, se desprende que lo particular es que ninguno de los cinco casos se sintió suficientemente amado por el padre; esto puede haber incidido en el proceso de masculinización puesto que en todos ellos el malestar se instaló en la relación frente a la mujer y a la pareja. Algo de lo singular del goce y del deseo de cada uno se jugó en ese terreno. Se destaca que, si bien pudieron mencionar algunas características positivas en sus padres, hicieron hincapié en las marcas negativas que dejaron en ellos.

Lo relevante es que la mayoría –salvo uno de ellos, que todavía no es padre– mantiene un vínculo relativamente sano con sus hijos, de lo que se deduce que el rol de padre se ha visto más preservado que el lugar de varón.

Aunque el rol de varón y el de padre no están soldados, pudieron interrelacionarse, dado que un padre siempre transmite y un padre con una masculinidad devastada o muy fallida, aporta significaciones con las que los hijos construyen una particular imagen de él, que incidirá directa o indirectamente en su propia subjetividad. Por ello, se sostiene en esta investigación que es imposible no salir afectado por el hecho de tener un padre.

Bibliografía

- Alizade, A. M. (1993). La Mujer y la sangre. *Revista de Psicoanálisis* (3), 527-533. Buenos Aires; APA
- Alizade, A. M. (2004). Enigma de Mujer/ Enigma de la Creación. *Imago Agenda*, 81. [Http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?id articulo=623]
- Alizade, M. (2010). Homoparentalidades. En: E. Rotenberg, y B. Agrest Wainer (Comps.). *Homoparentalidades. Nuevas Familias* (2ª ed.; pp. 77-83). Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Ayllón, J. R. (2011). *Introducción a la ética: historia y fundamentos*. Madrid: Palabra.
- Berenstein, I. (1996). *Familia y enfermedad mental*. Buenos Aires: Paidós.
- Berenstein, I. (2001). *El sujeto y el otro: de la ausencia a la presencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Berenstein, I., y Puget, J. (1997). *Lo vincular: clínica y técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, S. (2006). *Paradojas de la sexualidad masculina*. Buenos Aires: Paidós Psicología Profunda.
- Bleichmar, S. (2009). *La Subjetividad en Riesgo*. Buenos Aires: Topía Editorial.
- Bleichmar, S. (2014). *Las teorías sexuales en psicoanálisis. Qué permanece de ellas en la práctica actual*. Buenos Aires: Paidós Psicología Profunda.
- Brennan, A., Ayers, S., Ahmed, H., & Marshall-Lucette, S. (2007). A critical review of the Couvade syndrome: The pregnant male. *Journal of Reproductive and Infant Psychology*, 25(3), 173-189. Doi: 10.1080/02646830701467207. [http://openaccess.city.ac.uk/2005/]
- Burín, M. y Dio Bleichmar, E. (Comps.) (1996). *Género, Psicoanálisis, Subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Burín, M., y Meler, I. (2009). *Varones. Género y subjetividad masculina* (2ª ed.). Buenos Aires: Librería de Mujeres Editoras.
- Castillo, I., y Aisa, C. (2010). *Manual de género para niñas, niños y adolescentes (mayores de 12 años)*. Buenos Aires: Centro Cultural de España en Buenos Aires.
- Castoriadis-Aulagnier, P. (2007/1975). *La violencia de la interpretación* (7ª reimp.). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Cazotte, J. (1985/1772). *El diablo enamorado*. Madrid: Siruela.

- Ceccarelli, P. (2010). Configuraciones edípicas contemporáneas: reflexiones sobre las nuevas formas de paternidad. En: E. Rotenberg, y B. Agrest Wainer (Comps.). *Homoparentalidades. Nuevas Familias* (2ª ed.: pp. 139-150). Buenos Aires: Lugar Editorial.
[<https://cdigital.uv.mx/bitstream/123456789/29839/1/FranciscoContrerasSanchez.pdf>]
- Diccionario de la Real Academia Española (1970). Madrid: Espasa Calpe.
- Diccionario MAGISTER (1966). Buenos Aires. Argentina: Editorial Sopena.
- Dor J. (2004). *El padre y su función en Psicoanálisis*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Fernández, A.M. (2009). *Las lógicas sexuales: Amor, Política y Violencias*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Fernández, A. M. (2012). El orden sexual moderno y las diversas sexualidades. *Revista Actualidad Psicológica*, 411, 11-20.
[www.bibliopsi.org/.../Revista%20el%20orden%20sexual%20moderno%20-%20.pdf]
- Fernández, A. M. (2015). Amores diversos: saberes, poderes y placeres. En: H. GonzálezTorralbo (Comp.). *Diversidad familiar, cuidados y migración. Nuevos enfoques y viejos dilemas* (pp. 277-308). Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado.
[<http://www.anamfernandez.com.ar/2016/02/29/capitulos-de-libros-2015-amores-diversos-saberes-poderes-y-placeres/>]
- Fernández, A. M. (2016). Com-posiciones actuales de las identidades sexuales. *Revista Nomadías*, 22, 9-28. Doi: 10.5354/0719-0905.2016.45133
[<https://nomadias.uchile.cl/index.php/NO/article/view/45133/47214>]
- Fischman, M. y Hartman, A. (1995). *Amor, sexo y... fórmulas*. Buenos Aires: Manantial.
- Foucault, M. (2006/1977). *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
[<https://www.ivanillich.org.mx/Foucault-Castigar.pdf>]
- Foucault, M. (2011). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Foulkes, E. (1993). *El saber de lo real. Una reflexión sobre la clínica de la psicosis y el fenómeno psicossomático*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Freud, S. (1986). *Obras completas* (2ª ed.). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- _____ (1986-99). *Publicaciones pre psicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud. Volumen I*.
- _____ (1986/1897) Carta 79. Volumen 1.
- _____ (1990/1899). *La interpretación de los sueños II. Volumen V*.
- _____ (1905/1901). *Fragmento de análisis de un caso de histeria (caso "Dora")*. Volumen VII.

- _____ (1905/1901). Tres ensayos de teoría sexual. Volumen VII.
- _____ (1908). Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad. Vol. IX.
- _____ (1909). Análisis de la fobia de un niño de cinco años (caso del pequeño Hans) y A propósito de un caso de neurosis obsesiva (caso del “Hombre de las Ratas”). Volumen XII.
- _____ (1911/1910). Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente (caso Schreber). Volumen XII.
- _____ (1912). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. Vol. XII.
- _____ (1912). Contribuciones para un debate sobre el onanismo. Volumen XII.
- _____ (1914). Recordar, repetir y elaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II). Volumen XII.
- _____ (1913/1912). Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos. Volumen XIII.
- _____ (1913). El interés por el psicoanálisis. Volumen XIII.
- _____ (2014). El Moisés de Miguel Ángel. Volumen XIII.
- _____ (1914). Introducción al Narcisismo. Volumen XIV.
- _____ (1915). Pulsiones y destinos de pulsión. Volumen XIV.
- _____ (1917/1915). Duelo y melancolía. Volumen XIV.
- _____ (1918/1914). De la historia de una neurosis infantil. “El hombre de los lobos”. Volumen XVII.
- _____ (1919). Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales. Volumen XVII.
- _____ (1919). Lo Ominoso. Volumen XVII.
- _____ (1920). Más allá del principio del placer. Volumen XVIII.
- _____ (1920). Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina. Volumen XVIII.
- _____ (1922). La cabeza de Medusa. Volumen XVIII.
- _____ (1923). El Yo y el Ello. Volumen XIX.
- _____ (1924). El problema económico del masoquismo. Volumen XIX.
- _____ (1924). El sepultamiento del complejo de Edipo. Volumen XIX.
- _____ (1925). La Negación. Volumen XIX.
- _____ (1925). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. Volumen XIX.
- _____ (1928/1927). Dostoievski y el parricidio. Volumen XXI.

- _____ (1930/1929). El malestar en la cultura. Volumen XXI.
- _____ (1931). Sobre la sexualidad femenina. Volumen XXI.
- _____ (1932). Conferencia 33. La Femenidad. Volumen XXII.
- _____ (1937). Análisis terminable e interminable. Volumen XXIII.
- _____ (1937). Construcciones en el análisis. Volumen XXIII.
- _____ (1939/1934-38). Moisés y la religión monoteísta. [Volumen XXIII.
- Fromm, E. (2004). El arte de amar. El amor entre padres e hijos. (2º Edición, p. 57) Madrid: Paidós
- Fryd, A. (2007). Otra vez el padre. Cinco momentos en la obra de Lacan y sus resonancias en la clínica. Buenos Aires: Grama ediciones.
- Garcés, G. (2014). Hacete hombre. Historia personal de la masculinidad. Buenos Aires: Marea Editorial.
- Gerez Ambertín, M. (1993). Las Voces del Superyó. Buenos Aires: Letra Viva.
- Gerez Ambertín, M. (1999). Imperativos del Superyó. Casos clínicos. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Gerez Ambertín M. (2004). Culpa, Responsabilidad y Castigo en el Discurso Jurídico y Psicoanalítico (Volumen III). Buenos Aires: Letra Viva.
- Gerez Ambertín, M. (2005). Sacrificio y paradojas de los Nombres del Padre. *Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental*, VIII (4), 596-616. [<http://www.scielo.br/pdf/rlpf/v8n4/1415-4714-rlpf-8-4-0596.pdf>]
- Glocer Fiorini, L. (2010). Parentalidad en parejas homosexuales. En: E. Rotenberg, y B. Agrest Wainer (Comps.). *Homoparentalidades. Nuevas Familias* (2ª ed.; pp. 47-56). Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Gómez Gómez, E. (1993). Género, mujer y salud en las Américas. Washington: Organización Panamericana de la Salud-Organización Mundial de la Salud.
- González, R. (2001). Esterilidad sin causa aparente: una mirada desde el psicoanálisis. (Tesis de Maestría). Facultad de Psicología. Universidad del Aconcagua. Mendoza. Argentina.
- González, R. (2009). De las familias a la pareja. En: Séptimas Jornadas Anuales de Investigación de la Universidad del Aconcagua, Mendoza. Argentina
- Gosende, E. (2004). Accediendo al género masculino. Dimensiones históricas, hermenéutica, reflexiva y política de la masculinidad. *Subjetividad y Procesos Cognitivos*, 5, 159-198. [<http://dspace.uces.edu.ar:8180/xmlui/handle/123456789/267>]
- Gutman, J., y Gaspari, R. C. (1996). Función paterna. Dos modalidades de circulación: renuncia y cesión. En: I. Berenstein, G. K de Bianchi, R. C Gaspari, S. K de Gomel, J. Gutman, S Matus, y M. C Rojas. *Familia e Inconsciente* (pp. 128-150). Buenos Aires: Paidós.

- Jodelet, D. (1986). La representación social: fenómenos, concepto y teoría. En: S. Moscovici (Dir.). *Psicología Social. Vol.2, Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales* (pp. 469-494). Barcelona: Paidós.
- Julien, P. (1993). *El manto de Noé. Ensayo sobre la paternidad*. Buenos Aires: Alianza Editorial.
- Kafka, F. (2006[1952]). *Carta al Padre*. Buenos Aires: Bureau Editor S.A.
- Kojève, A. (1982). *La Idea de muerte en Hegel*. Buenos Aires: Leviatán.
- Lacan, J. (1977). *Radiofonía y Televisión*. Barcelona: Anagrama.
- _____ (1985/1975). *Escritos 1: Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- _____ (1985/1975). *Escritos 1: La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- _____ (1985/1975). *Escritos 1: Acerca de la causalidad psíquica*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- _____ (1985/1975). *Escritos 1: Intervención sobre la transferencia*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- _____ (1985/1975). *Escritos 1: Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- _____ (1987). *Escritos 2: La significación del falo*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- _____ (1987/1960). *Escritos 2: Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- _____ (1988/1974). *Intervenciones y textos*. Buenos Aires: Manantial.
- _____ (1986). *Seminario 2: El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- _____ (1996/1956). *Seminario 4: La Relación de Objeto*. Buenos Aires: Paidós.
- _____ (1999). *Seminario 5: Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.
- _____ (1988/1959). *Seminario 7: La Ética en Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- _____ (2007/1962). *Seminario 10: La Angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- _____ (1987/1964). *Seminario 11: Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- _____ (1992/1969-1970). *Seminario 17: El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- _____ (2014/1971). *Seminario 18: De un Discurso que no fuera del semblante*. Buenos Aires: Paidós.
- _____ (1981/1973). *Seminario 20: Aun*. Buenos Aires: Paidós.

- _____ (1974/1975). Seminario 22. RSI. Versión crítica. Buenos Aires: Escuela Freudiana de Buenos Aires. [<http://www.e-diciones-elp.net/images/secciones/epub/RSI.pdf>]
- _____ (2011/1963). De los Nombres del Padre. Buenos Aires: Paidós.
- Meler, I. (2009). La masculinidad. Diversidad y similitudes entre los grupos humanos. En: M. Burín, e I. Meler (Comps.). Varones: género y subjetividad masculina (2ª. ed.; pp. 71-127). Buenos Aires: Librería de Mujeres Editoras.
- Moscovici, S. (2002). La representación social: un concepto perdido. En: Taller Interactivo: Prácticas y Representaciones de la Nación, Estado y Ciudadanía en el Perú. Lima: IEP, Instituto de Estudios Peruanos. [aprendeenlinea.udea.edu.co/.../representacion_social_un_concepto_perdido_moscovi...]
- Nasio, J. D. (Dir.). (2001/2000). Los más famosos Casos de Psicosis. Buenos Aires: Paidós.
- Pérez Nasser, E. (2010). Dificultades y contradicciones en la configuración de las identidades masculinas de tres generaciones de hombres de la Sierra Norte de Puebla: Estudio de casos (Tesis de Doctorado). Universidad Complutense de Madrid. España. [<https://www.google.com.ar/?gferd=cr&ei=tjnmU6>]
- Platón (1983). El Banquete –Fedon – Fedro. Barcelona: Ediciones Orbis.
- Pommier, G. (1995/1989). El orden sexual. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Pommier, G. (2009/2004). Cómo las neurociencias demuestran al psicoanálisis. Buenos Aires: Letra Viva.
- Pommier, G. (2015/2010). ¿Qué quiere decir “hacer” el amor? (2ª ed.). Buenos Aires: Paidós.
- Rabinovich, D. (1995). Lectura de la Significación del Fallo. Buenos Aires: Manantial.
- Rascovsky, A. (1981). El Filicidio: la agresión contra el hijo. Buenos Aires: Paidós – Pomaire.
- Rodríguez, B. (1996). El hijo inconcebible. Buenos Aires: Tekné.
- Rodríguez, B. (2005). La femineidad y sus metáforas. Sirenas y Amazonas. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Rodríguez, B. (2011). Prostitución: Del Tabú a la Banalidad. Mercados del amor. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Rosenberg, M. (1996). Género y sujeto de la diferencia sexual. El fantasma del feminismo. En: M. Burín, y E. Dio Bleichmar (Comps.). Género, Psicoanálisis, Subjetividad. Buenos Aires: Paidós.
- Rotenberg, E. (2010b). Nuevas cuestiones ponen en crisis viejas teorías. Entrevista de Eva Rotenberg a Silvia Bleichmar. En: E. Rotenberg, y B. Agrest Wainer (Comps.). Homoparentalidades. Nuevas Familias (2ª ed.; pp. 91-98). Buenos Aires: Lugar Editorial.

- Roudinesco, E. (2005). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Schneider, M. (2003). *Genealogía de lo masculino*. Buenos Aires: Paidós.
- Stoller, R. J. (1968). *Sex and Gender: The Development of Masculinity and Femininity*. London: Karnac Books.
- [<https://books.google.com.ar/books?id=N20pcltSHUgC&printsec=frontcover&hl=es#v=onepage&q&f=false>]
- Tort, M. (2008[2005]). *Fin del Dogma Paterno*. Buenos Aires: Paidós.
- Tort, M. (2016). *Las Subjetividades Patriarcales. Un psicoanálisis inserto en las transformaciones históricas*. Buenos Aires: Topía.
- Verhaeghe, P (2005) *El amor en tiempos de soledad*. Buenos Aires. Paidós.
- Volnovich, J. C. (2010). *Ir de Putas. Reflexiones acerca de los clientes de la prostitución (2ª ed. corregida y aumentada)*. Buenos Aires: Topía.
- Zabalza, S. (2012). *Neoparentalidades: el porvenir de la diferencia*. Buenos Aires: Letra Viva.

Sobre el autor

Mario José Roberto González

- Licenciado en Psicología. FP-UDA.
- Posgraduado en Psicoanálisis de pareja, familia y grupo.
- Magister en Psicoanálisis. FP-UDA.
- Doctor en Psicología. FP-UDA.
- Docente de la diplomatura en Psicología. IUB.
- Docente de Técnicas Proyectivas. IUB.
- Docente titular de Psicología de pareja, familia y grupo. FP-UDA.
- Docente titular de Teoría Psicoanalítica III.
- Docente titular de Clínica Psicoanalítica.
- Docente de la Maestría en Psicoanálisis.
- Director y jurado de tesis de grado y posgrado.
- Director de doctorados. FP-UDA.
- Psicoanalista dedicado a la clínica en el ámbito privado.



El desafío de ser varón y padre en la actualidad



El presente texto es una adaptación basada en la tesis doctoral del autor, que fue abordada desde la teoría psicoanalítica atravesada por la perspectiva de género.

Desde la clínica emergen cuestiones acerca de ¿Qué es ser varón en la actualidad? ¿Por qué tanta dificultad para responder como tal ante la mujer, la pareja y frente al sostenimiento de vínculos afectivos, familiares y laborales?

En relación a la paternidad, se analiza el tema de la caída del padre, de su inconsistencia a la hora de cumplir con sus funciones.

El psicoanálisis apunta a la singularidad del sujeto del inconsciente, caracterizado por un modo de goce y de deseo que es singular y único.

Esto hace pensar en el devenir de distintas masculinidades y paternidades, algunas en concordancia y otras alejadas de la heteronorma.



UNIVERSIDAD DEL
ACONCAGUA

ISBN 978-987-4971-57-9



9 789874 971579